



Elmar Altvater

Redescubrir a Marx

Una Introducción a la Crítica de la economía política.

Traducción de Dorothea Hemmerling Galuschka

Elmar Altvater es catedrático jubilado de ciencias políticas. Es miembro del Consejo Consultivo Científico de Attac Alemania. Su último libro es *'Der große Krach' oder die Jahrhundertkrise von Wirtschaft und Finanzen, von Politik und Natur*, Münster, 2010.

¿Por qué impulsar este libro en el marco de Marx200?

Marx200 es un proyecto impulsado por la Rosa Luxemburg Stiftung (RLS) en el mundo, va encaminado a la recuperación de la memoria de Karl Marx a casi dos siglos de su nacimiento. Este *Marx*, ¿quién es y por qué es tan importante? En el año 2017 también se cumplen 150 años de la primera edición de *El capital* de Karl Marx, un libro que cambió por completo las perspectivas de la economía, una crítica fundamental al sistema de producción capitalista. Por primera vez en la historia las relaciones sociales dependían efectivamente de la forma de producción.

Marx habló del fetiche de la mercancía, la acumulación del capital, documentó por primera vez la dominación de la clase burguesa sobre la clase trabajadora, así como de las contradicciones del propio sistema que al final llevaría a impulsar una revolución socialista radical en 1917 y a un cambio social prometedor.

¿Es posible que la clase trabajadora y explotada salga de la trampa del capitalismo, que se libere y que ejerza sus derechos de manera constante? ¿Cómo podemos cambiar la forma de producción para que sirva a la mayoría? Estas son sólo algunas de las preguntas que se plantean en el proyecto Marx200.

Sobre todo se muestra la vigencia del proyecto marxista y su validez hoy en día. Marx200 pretende abrir un debate plural y profundo, reivindicar lecturas e interpretaciones diferentes de Marx que nos aporten para el análisis político de nuestro presente.

La lectura de Marx sirve para la formación y la praxis política, también aporta para comprender profundamente las contradicciones del sistema capitalista. Por otro lado, el proyecto de Marx200 se propone documentar prólogos, epílogos, interpretaciones, versiones y reacciones que ha habido en todo el mundo acerca del marxismo.

Así que no queremos esperar hasta que se cumplan doscientos años del nacimiento de Marx en el 2018, buscamos fomentar nuevas lecturas y debates profundos a los que nos invita el desafiante proyecto *Marx200*.

Oficina de la RLS en México 2017.

Elmar Altvater

Redescubrir a Marx

Una Introducción a la Crítica
de la Economía Política

Traducción de Dorothea Hemmerling Galuschka

Elmar Altvater

Redescubrir a Marx

Una Introducción a la Crítica de la Economía Política

Título original en alemán: *Marx neu entdecken. Das hellblaue Bändchen zur Einführung in die Kritik der politischen Ökonomie*

D.R. 2012, VSA: Verlag, Hamburg

Iniciativa de la traducción al español: **Dr. Enrique Dussel Peters**

Centro de Estudios China-México, Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)

Torge Löding: Rosa Luxemburg Stiftung (RLS)

Coordinación General: **Clara Meyra y Tannia Falconer** *RLS-México.*

Rosa Luxemburg Stiftung.

Calzada General Pedro Anaya 65, Colonia San Diego Churubusco,

Delegación Coyoacán, C.P. 04120, Ciudad de México.

D.R. de la traducción: **Dorothea Hemmerling Galuschka**

Corrección de estilo: **Liliana Julieta Esparza Ortiz**

Diseño y formación: **Estudio Wipana**

Impreso en México, Visión Impresa.



marx²⁰⁰
<https://marx200.org/>

Esta publicación es financiada con recursos de la RLS con fondos del BMZ.



Esta obra se encuentra bajo Licencia Internacional de Creative Commons

4.0: Atribución-Licenciamiento Recíproco.

Los contenidos de este libro se pueden reproducir y compartir por cualquier medio, siempre y cuando se respete su autoría, se den los créditos corres-



pondientes y se cite esta licencia.

Esta edición es de distribución gratuita, queda prohibida su venta.

Índice

¡Atención! Marx regresa	17
El sentido de lo posible	19
Utopías concretas, explexo y serendipias	21
“No hay nada más práctico que una buena teoría”	24
A gritos y sombrerozcos	26
1. El análisis del modo de producción capitalista comienza con la forma de la mercancía	29
Mercancía y célula madre	29
Valor de uso y valor	30
2. La dualidad del trabajo es el eje en torno al cual gira el análisis político-económico	35
Trabajo, reproducción y educación	38
Trabajo concreto y abstracto: el Marx ecológico	40
3. Por qué sobreviene el crac cuando entran en conflicto la acumulación monetaria y la real	45
El carácter fetichista de la mercancía y del dinero	45
¿Qué funciones tiene el dinero?	47
El plusvalor en la producción y el enriquecimiento en la circulación	49
Expropiación en el capitalismo impulsado por el sector financiero	50

4. Las crisis: una recurrente “tempestad del mercado mundial”	53
Las crisis son la agudización de las contradicciones del modo de producción capitalista	54
Fuerza productiva versus fuerza de consumo	56
El verdadero límite del capital es el propio capital	59
5. Un sistema que socava los “manantiales de toda riqueza”: la tierra y el trabajador	63
La cuestión de la naturaleza en la obra de Marx o el metabolismo social	65
Las fuerzas destructivas del capitalismo	66
En un principio las barreras naturales retroceden y después regresan	68
6. Aceleración y expansión: cómo se da el acondicionamiento de espacio y tiempo en el capitalismo	71
El delirio del crecimiento	73
Las luchas por los tiempos y los conflictos socioterritoriales	75
7. La formación de la fuerza de trabajo en el capitalismo	79
Una nueva industria de comercialización educativa	80
El ciclo trágico del cerdo	81
Cualificación y complejidad del trabajo	82
El fetiche del capital humano	83
8. Relaciones de género o “trabajo de tiempo parcial para todos” (con Dagmar Vinz)	87

9. ¿Capitalismo o economía de mercado?	
Una vieja pregunta exige nuevas respuestas	95
Sólo mediante la confrontación política podría	
llegarse a una economía de mercado social y ecológica	97
El dinero del mercado	98
El mercado como lugar de coordinación	
de la producción basada en la división del trabajo	99
10. Capitalismo en plural y “marxismo plural”	103
Muchos caminos conducen al capitalismo	104
y más allá de él	104
Marx, ¿un teórico de la modernización?	105
Marxismo en plural	107
11. La teoría marxiana del Estado y para lo	
que puede servir hoy en día	111
Poder económico y político, la violencia y el Estado	111
Los déficit de la “derivación del Estado”	113
El Estado no es un contenedor de poder	115
Sin el Estado no se puede	117
El Estado en el pluriverso de los Estados-nación	118
12. El mercado mundial capitalista	
y los conflictos imperiales	121
Desde sus inicios, el capitalismo es un sistema	
capitalista mundial	122
Acumulación en la “superficie esférica limitada”	
del planeta Tierra	125
Los conflictos de la globalización imperial	127

13. Antagonismos de clase, la distinción, trabajadoras en conflictos laborales	129
Lucha de clases desde arriba...	130
...y conflictos laborales desde abajo	133
14. El buen vivir en el “socialismo verde”	139
El movimiento real y a escala mundial	141
No hay vida justa en la vida falsa	143
La fuerza de la solidaridad cooperativista	145
La economía del buen vivir	147
El socialismo verde del siglo XXI	148
Bibliografía	151

¡Atención! Marx regresa

Fritz Reheis (2012: 9), en su libro sobre Marx remite a sus lectores al año 1989 cuando Norbert Blüm, entonces ministro de trabajo de la República Federal de Alemania, exclamó ante los trabajadores de los astilleros de Gdansk: “Marx ha muerto, Jesús vive”. Desde luego, Reheis es quien mejor lo sabe, tal como lo anuncia en el título de su libro *Wo Marx recht hat* [Donde Marx tiene razón]. A Norbert Blüm le vendría bien el verso “*derminso izrror*” del conocido poema *lichtung* de Ernst Jandl.¹ Muchas de las personas que después del fin del socialismo realmente existente aclamaban la “victoria en la Guerra Fría” y el “fin de la historia”, quienes trataron a Marx como a un perro muerto y se montaron en su juega posmoderna, ahora se muestran más bien compungidas y un tanto reflexivas. Por ejemplo, Klaus Schwab, ni más ni menos que el presidente ejecutivo del Foro Económico Mundial de Davos, cuestiona el modelo empresarial del organismo al que preside, cuando concluye: “El sistema capitalista ya no tiene cabida en el mundo” (*Financial Times Deutschland*, 26 de enero de 2012).

Entonces, ¿para qué se necesita un Foro Económico Mundial donde los poderosos de la política, la economía y los medios pueden intercambiar información de modo informal en rondas de *small talk* y *big talk* sobre “el mejor de todos los mundos posibles” en aras de sus propios negocios, si el quehacer capitalista ya no tiene cabida en el planeta? En eso, los representantes del sistema capitalista han perdido el optimismo que los ha inspirado

¹ Ernst Jandl (1925-2000) fue un poeta austriaco conocido por su poesía concreta en la que experimentó con poesía visual y sonora. El verso “*derminso izrror!*” es de su poema *lichtung*. La siguiente traducción de José Luis Reina Palazón fue publicada en la revista alemana *Kulturaustausch*, Nos. II y III, 2011 (Nota de la T.) :

Izdirección

algunos opinan
 izquecha y derierda
 no se pueden
 confuinder.
 ¡derminso izrrror!

desde el inicio de ese sistema. Bernard de Mandeville, en su “Fábula de las abejas” del año 1714, sólo podía sentir ironía por el optimismo ingenuo, pero poderoso desde el punto de vista histórico, por esa “exuberancia irracional”, como la denominó unos 300 años después Alan Greenspan, presidente del Sistema de Reserva Federal estadounidense: vicios privados se transforman bajo mano en beneficios públicos. Ya en aquel entonces fue motivo de risa y hoy en día son pocos que se lo creen. Asimismo, de la “hipótesis de la eficiencia de los mercados” según la cual los mercados financieros liberalizados aumentan la eficiencia económica y el bienestar, ahora casi nadie quiere saber nada porque, de lo contrario, también el o ella tendría que recurrir a la teoría de los mercados eficientes para interpretar la miseria de la crisis financiera en Grecia, Islandia o España.

Ante semejantes insolencias implícitas, no es de extrañarse que aun entre el 1% de quienes lucraban con la crisis -esta cuantificación proviene del movimiento *Occupy* sin que su veracidad pueda verificarse-, Marx suscitara interés. Esto es algo que es fácil de satisfacer, aun cuando no pueda prescindirse del esfuerzo individual en lo que atañe a una lectura diligente obligada.

Una manera no tan adecuada de apropiarse de Marx la registra Gideon Rachman, comentarista de política exterior del diario británico *Financial Times*, en su libro que lleva el interesante título *Nullsummenwelt* [Mundo de suma cero]. Comenta que después de la quiebra de Lehman en septiembre de 2008, el presidente conservador francés Sarkozy se dejó retratar ostensiblemente leyendo *El capital* de Marx. Al menos los poderosos coquetean con Marx, aunque no se informa si el retratado ha aprendido algo de la lectura. También al ministro alemán de Hacienda de la Gran Coalición,² Peer Steinbrück, de repente “ciertas partes del pensamiento marxiano” no le parecían tan mal durante el “abismo” que se abrió en el desastre financiero de 2008 (Rachman, 2012: 14). O sea, en 1989 se despidió a Marx, pero

2 Gobiernos de coalición que se forman con base en un acuerdo entre los partidos más grandes con el fin de así alcanzar la mayoría parlamentaria. Desde el año 2014, y anteriormente de 2005 a 2009, la gran coalición entre el Partido Socialdemócrata (SPD) y el partido conservador Unión Cristianodemócrata (CDU), junto con su partido hermano la Unión Socialcristiana en Baviera, integra el gobierno alemán (Nota de la T.).

veinte años más tarde regresa y despierta la curiosidad de los poderosos, a quienes, en su tiempo, había criticado enérgicamente desde su teoría. ¡Qué más podría ser motivo para volver a descubrir la obra de quien antaño había sido proscrito!

El sentido de lo posible

Después de la caída del Muro de Berlín, de la desaparición de la Unión Soviética y de la resurrección de Jesús, atestiguada por Norbert Blüm, el diario conservador *Frankfurter Allgemeine Zeitung* (FAZ, por sus siglas en alemán) publicó en el invierno 1992/1993 una serie de artículos con el título de *What's Left?*. Todo indicaba que ya no había quedado nada de la izquierda, y pasar revista a sus restos parecía ser oportuno. No obstante, dos décadas después uno de los editores del FAZ, Frank Schirrmacher (15 de agosto y 1º de noviembre de 2011), y hasta el biógrafo de Margaret Thatcher, Charles Moore -a quien Schirrmacher se refiere profusamente-, plantean, ante la grave crisis del capitalismo, la pregunta de si la izquierda quizá siempre ha tenido razón al criticar la sociedad capitalista. Francis Fukuyama, quien después del derrumbe de la alternativa sistémica real-socialista en el año 1989, proclamara con triunfalismo el “fin de la historia”, cita -al surgir la crisis capitalista- en sentido aprobatorio la portada de la revista *Newsweek* del 6 de febrero de 2009: *We Are All Socialists Now*. ¡Y eso desde el país del *Tea Party*! De nuevo, Ernst Jandl: *Derminso izzror!* Los Estados que intervienen con sumas que alcanzan billones, sólo aportan tanto dinero porque quieren proteger de la quiebra a los bancos y otros especuladores. Se recurre al Estado porque todavía tiene fondos que no se han perdido en especulaciones. Son los impuestos de millones de personas que ahora se usan para rescatar al 1% de los millonarios y, con ellos, al sistema capitalista de sí mismo, para impedir posibles inclinaciones socialistas entre el 99% de la llamada sociedad mayoritaria. *We Are All Socialists Now* en el sentido de anunciar medidas encaminadas hacia un Estado social o, incluso, al socialismo, es un grandioso malentendido. El miembro del partido conservador bávaro Unión Socialcristiana (CSU, por sus siglas en alemán), Peter Ramsauer, en su carácter de ministro federal de Obras Públicas, ya lo había corregido de forma descarada cuando propuso deshacerse de las estatuas de Marx y Engels en el distrito berlinés *Mitte*

para dejarlas en “una especie de depósito de residuos socialistas”.

Pero la sugerencia de Fukuyama, por lo menos, da a entender que el “fin de la historia” de ninguna manera es el fin de todo. La sociedad actual todavía tiene mucho potencial aún no aprovechado, que aparece al abrir un espacio para que pueda fluir el “sentido de lo posible” (Robert Musil) y se conserve la curiosidad. Las posibilidades de realizar algo es tarea de la praxis política. Le precede el análisis teórico con el que debe identificarse la ley que “rige el movimiento de la sociedad moderna”, como Karl Marx escribe en el prólogo al primer tomo de *El capital* (Vol. 1: 8).³ Hay tiempos en que el mundo cambia muy rápido por medio de la praxis social, de modo que también el análisis teórico tiene que seguir ese ritmo. Si no lo logra, se vuelve obsoleto y llega un momento en el que ya no está a la altura de los tiempos y se vuelve aburrido, porque ya es anodino.

De eso pueden sacarse dos conclusiones. En primer lugar, una teoría nunca está acabada: de ahí que siempre sea necesario seguir trabajando en ella igual que en los sitios de construcción de las catedrales góticas que permanecen en calidad de obras por siglos, mientras que se va reparando, protegiendo y desarrollando cuidadosamente la edificación. De igual forma, la obra marxiana es una especie de “sitio en construcción”. Si no se sigue trabajando en él, se desmorona. La teoría marxiana vive cuando se practica y morirá si se cubre de polvo dentro de los libros de pasta azul oscuro⁴ en los estantes. Así que, en segundo lugar, no se aconseja guardar las grandes teorías como la de Marx en el baúl de los viejos recuerdos del siglo XIX. Ante el “carácter inhumano” del capitalismo moderno -en palabras de Ernst-Wolfgang Böckenförde, especialista en derecho constitucional y de 1986 a 1996 juez del Tribunal Constitucional Federal de Alemania- y un mundo financiero que después de la quiebra del banco Lehman Brothers en septiembre de 2008 quedó en escombros y sólo se puede levantar de las

3 Cf. la bibliografía para la forma que se emplea para citar de *El capital* y de otras obras de Marx publicadas en español (Nota de la T.).

4 El autor se refiere a la obra reunida de Marx y Engels, publicada en la República Democrática de Alemania por la editorial Dietz Verlag en volúmenes de pasta dura de color azul oscuro y que la misma editorial sigue publicando, hoy Karl Dietz Verlag Berlin, en la misma presentación (Nota de la T.).

ruinas involucrando a los Estados en el embrollo del que son responsables, fue necesario rehabilitar al teórico del “socialismo científico”, a quien ya se había enviado a los recintos museológicos. Es por eso que Böckenförde opina que “es imposible sustraerse de la actualidad del pronóstico de Marx” (*Süddeutsche Zeitung* del 14 de abril de 2009). El término pronóstico como una especie de extrapolación desde el pasado hacia el futuro posiblemente da lugar a malentendidos, ya que olvida el presente. Y es aquí, en éste donde actúan las personas y donde mediante la práctica llegan a arrancarle lo posible a las relaciones petrificadas. Quien pronostica o planifica algo, también es, como lo dice Bertolt Brecht, responsable de su realización, de poner en práctica lo posible.

Utopías concretas, expleto y serendipias

Es por eso que el renovado interés en Marx y su teoría -es decir, en su *Crítica de la economía política*-, por parte del 1% que reina y lucra puede entenderse, de hecho, como un desafío para que el restante 99% emprenda el viaje de exploración. Pero no sólo se trata de “redescubrir” la *Crítica de la economía política* de Marx, como lo señala el título del presente volumen, dado que Marx concibió *El capital* también como un “proyector” en los debates políticos, o sea, como el “misil más temible que se haya lanzado jamás a la cabeza de los burgueses (incluidos los terratenientes)”. Así lo escribe Marx en una carta del 17 de abril de 1867 a Johann Philipp Becker en Ginebra (MEW⁵ 31: 541). Michael Heinrich (2008) subraya que si bien es cierto que esta postura determinante en lo concerniente a la praxis política contiene, al mismo tiempo, la amenaza de usar los conocimientos obtenidos políticamente, no cambia en nada el *ethos* de Marx. Hasta cierto punto Marx argumentó, al igual que lo hizo Niklas Luhmann años después: en el sistema científico rigen reglas y medios de comunicación que no son los mismos que rigen el sistema político y económico, y los que todas las personas que se sirvan de métodos científicos deban observar. De ahí que para alguien como “el cura” y plagiaro Robert Malthus, “este miserable”

5 MEW = Marx-Engels-Werke = Obras de Marx y Engels (Nota de la T.).

(*Teorías sobre la plusvalía II*: 101), Marx sólo sentía desprecio: “Pues bien, para mí, quien no cultiva la ciencia por la ciencia misma (por muy erróneamente que pueda hacerlo), sino por motivos exteriores a ella y tratando de acomodarla a intereses que le son extraños y que nada tienen que ver con ella, merece el calificativo de ‘vil’”.

La *Crítica de la economía política* debe entenderse en doble sentido como un sistema científico para comprender el complejo conformado por la economía, la sociedad y la política dentro de la formación social capitalista y que, a la vez, debe fortalecer la praxis del cambio social. Sin embargo, la praxis transformadora de la sociedad precisa, además, ideas en lo que se refiere a las metas que pretenden alcanzarse, mismas que no solamente se derivan de lo analizado, cuyo objeto siempre ha surgido en el tiempo transcurrido entre el pasado y el presente. Asimismo, se necesitan utopías concretas y esto sucede cuando el futuro es viable, cuando puede ser creado en el tiempo que transcurre entre los *futuros* (en plural) cercanos o lejanos porque está implícito en la realidad social. Lo implícito se explicita: del “implexo” (Dath y Kirchner, 2002) al “exploxo”.

No hay que imaginárselo como un proyecto planificado de antemano, casi como una conspiración. Uno de los fundadores de la sociología funcionalista estadounidense, Robert King Merton, retomando un cuento tradicional persa sobre los asombrosos descubrimientos de los tres príncipes de Serendip, hoy Sri Lanka, lo denominó “serendipia”, o sea, cuando se busca algo que se sabe que ahí está, pero se encuentra algo de cuya existencia no se tenía conocimiento y se está contento de haberlo hallado. Es una experiencia de la vida diaria: se buscan los huevos de Pascua en el jardín,⁶ mas no se encuentran porque están muy bien escondidos, pero en la búsqueda aparece inesperadamente el reloj de pulsera que ya se había dado por perdido. O cuando se busca una información en Internet, pero la red sólo remite a otros sitios que son irrelevantes en lo que atañe a la información buscada, pero en su lugar aparecen nuevos y sorprendentes conocimientos que ni se han buscado. Serendipia también es el “hallazgo afortunado” que se men-

6 Alusión a una tradición alemana en los días de Pascua cuando los niños y niñas buscan huevos, a menudo de chocolate, que los adultos han escondido en el jardín de la casa o dentro de ella (Nota de la T.).

ciona en la teoría de la regulación. La complementariedad y la consistencia de los elementos que componen una sociedad compleja únicamente son posibles como consecuencia de una constelación de casualidades o coincidencias afortunadas (Lipietz, 1985: 115). Es decir, la utopía concreta no es un derivado de las condiciones actuales. Alberga sorpresas que pueden resultar ser “felices hallazgos”.

Así como el aprecio renovado por Marx se debe a las crisis y las malas experiencias durante las mismas que ha tenido el 1%, entre el 99% es el interés político lo que ha reactivado este interés en Marx y ha llevado a que se formen círculos de lectura para estudiar y debatir sobre su obra principal: *El capital*. Para responder a este interés se están exigiendo seminarios en las universidades en los que esta obra forme parte de las lecturas. Estos seminarios se organizan a veces formalmente dentro de las actividades normales de la universidad y a veces de manera autónoma por iniciativa de las y los estudiantes, ya que no quieren llenarse únicamente con la teoría neoliberal dominante, sino conocer toda la gama de la economía política y “ascender” a la *Crítica de la economía política*. En lugar de que la lectura de *El capital* se limite únicamente a ser una asignatura filológica, debería ampliar los conocimientos para analizar las tendencias actuales de crisis y, al mismo tiempo, servir para comprender en la práctica las posibilidades implícitas en la realidad social. De ahí que la explicación tenga dos lados: por uno, el desarrollo conceptual, a veces también la derivación de aquellas categorías con las que nos podemos “ubicar” en la realidad social; y, por otro, la explicación de lo que “aún” es utópico desde el “ya” implícito en la realidad de las complejas formaciones sociales del capitalismo.

El análisis de las tendencias del desarrollo social, económico y político, sus contradicciones, crisis y conflictos es, por lo tanto, necesario y se requieren conceptos que también sirvan para la praxis política. Ésa es una razón de por qué en el presente pequeño volumen se retoman temas políticos de la actualidad para interpretarlos con base en las categorías de la *Crítica de la economía política*. Los conceptos marxianos sirven cuando se usan para referirse de manera crítica al pensamiento contemporáneo, para el análisis actual de la crisis económica y financiera, de la relación entre la acumulación real y los mercados financieros, que aparentemente han llegado a operar de forma autónoma, de los cambios en el trabajo y las relaciones de género hoy en día, del papel que desempeña el sector de la educación y

formación en las sociedades modernas, de la crisis de la relación social con la naturaleza, de cómo funciona el mercado global, el papel del Estado en el proceso de reproducción capitalista y en el proceso de dominación social o de las perspectivas de un “socialismo verde”. Se demostrará que Böckenförde tiene razón al opinar que es imposible sustraerse de la actualidad del pronóstico de Marx. Son considerables los conocimientos que se obtienen en el curso del “análisis concreto de relaciones concretas” (Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)*, Vol. 1: 5-15), así como la fuerza para formular estrategias políticas y empoderarse para la praxis política.

“No hay nada más práctico que una buena teoría”

Esta expresión se adjudica a Immanuel Kant. En el sentido kantiano la teoría marxiana es una buena teoría. Fomenta la comprensión de cómo funciona el modo de producción capitalista, es ilustrativa porque contrarresta la “minoría de edad cuyo responsable es uno mismo” y alienta la praxis política. En consecuencia, es más que justificado que vuelvan a ser editados *El capital* y otros escritos de Karl Marx y Friedrich Engels, y que continúe el trabajo en la MEGA,⁷ aun cuando el precio de cada uno de estos volúmenes de las obras completas sea prohibitivo, de modo que ni siquiera todas las bibliotecas universitarias se puedan permitir una MEGA, o sea, los volúmenes de azul muy oscuro de las obras completas de Marx y Engels. Por consiguiente, el librito de la colección color *azul claro* para la introducción a la *Crítica de la economía política* se propone apoyar la apropiación de la teoría marxiana, mas no puede sustituir la lectura de los escritos de Marx. Se dirige a personas que participan o quieren participar en círculos de lectura de *El capital*.

No siempre es fácil comprender a Marx: son en particular los primeros

⁷ En lengua alemana están disponibles dos ediciones de las obras de Marx y Engels: las llamadas MEW [Marx-Engels-Werke] y la edición histórico-crítica académica de las obras completas de Marx y Engels, abreviada MEGA [Marx-Engels-Gesamtausgabe]. La MEW comprende 44 tomos y de la MEGA se han publicado 65 de los 114 tomos previstos (Nota de la T).

capítulos del primer tomo de esta obra los que causan dificultades. Ni introducciones didácticas a la teoría marxiana en general, ni las que abordan su *Crítica de la economía política*, pueden allanar el terreno. Hace muchos años, yo mismo, considerando las experiencias adquiridas en numerosos seminarios universitarios en torno a esta obra, traté de presentar y explicar por medio de diagramas de flujo la argumentación sumamente compleja en el primer tomo de *El capital*. El resultado fue una obra colectiva entre mi persona, Michael Heinrich, quien aportó una bibliografía comentada relativa a la *Crítica de la economía política* y Rolf Hecker, quien escribió sobre la historia del origen, de la divulgación y edición de los manuscritos económicos y de *El capital*; y yo expuse la argumentación marxiana en el primer tomo de *El capital*; es decir, seguí su disposición de un “todo armoniosamente ordenado” y elaboré gráficas usando para tal fin un programa gráfico extremadamente simple, “Snapgrafx”, que estaba disponible en los años 1990. Petra Schaper-Finkel vinculó estas gráficas a *El capital* en un CD-ROM incluido en el libro, de modo que se podía ir rápidamente de la interpretación al original y viceversa.

Ahora hay introducciones con diseños gráficos más elegantes, por ejemplo, el material educativo *PolyluxMarx* que usa PowerPoint, elaborado en 2012 por un equipo de la Rosa-Luxemburg-Stiftung (www.polyluxmarx.de/es/inicio.html). Desde el punto de vista didáctico es útil, pero desde luego -y eso lo subrayan las autoras y el autor- no puede sustituir el trabajo con el texto mismo de *El capital*; cuya lectura únicamente puede tener buenos resultados y abrir caminos, si es alentada por planteamientos que vienen de la praxis política. Y viceversa: las experiencias de ésta sólo se pueden interpretar y evaluar a la luz de la teoría. En ese respecto la teoría marxiana es de importancia fundamental, sin ser el único punto de referencia.

Marx se propuso, como lo señala en el prólogo a *El capital*, estudiar a fondo la ley “que rige el movimiento de la sociedad moderna”. Para ello se dedicó a hacer extensos estudios literarios y aprendió lenguas extranjeras (aparte de inglés y francés, también italiano y ruso) para poder leer los textos originales. Tampoco le eran ajenas las investigaciones empíricas. Aunque no ha llevado a cabo ningún proyecto original o de “investigación primaria” con recopilación y procesamiento de datos propios, en el curso de sus estudios en el Museo Británico se apoyó en un análisis secundario de

informes parlamentarios y artículos bien investigados, en parte provenientes de “fuentes oficiales que hasta ahora no han sido usadas” (carta a Sigfrid Meyer en Nueva York, MEW 31: 542). En el Museo Británico estudió el pensamiento de su tiempo. A algunos de sus contemporáneos respondió de forma polémica; a otros, incluso, los miró con desprecio. Pero la crítica, aun cuando sea controvertida o desdeñosa, debe ser precisa. Tiene que ser concluyente, de lo contrario no cuenta.

A gritos y sombrerozcos

Esta seriedad, esta pasión de la crítica marxiana ni era ni es algo que puede darse por sentado. Es por eso que al leer publicaciones marxistas puede dar la impresión de arrogancia e intransigencia cuando todos tienen que ajustar cuentas con los demás a raíz de controversias en torno a la interpretación de los textos. De aquí que Oliver Nachtwey, en un suplemento cultural del diario FAZ (18 de enero de 2012), llegara a juzgar de modo demoledor el marxismo alemán al opinar que se dedica a practicar una “escolástica comunista” y a “celebrar liturgias dogmáticas”. Afirma que si bien es cierto que después de 1968 surgió en medio de una “mentalidad creativa de riñas” una “vivaz recepción de Marx”, ésta ha ido decayendo paulatinamente hasta quedar en una “filología esotérica”.

Eso es difícil de digerir, ya que así pueden desdibujarse los contornos y matices. Bien puede ser que el marxismo de Europa central, rico en tradiciones pero seco, realmente se ha marchitado y que en otros lugares de Europa, o en otros continentes, han brotado nuevos manantiales de ideas briosas que, a la vez, riegan y hacen florecer las plantas marchitas del marxismo y de la teoría crítica en Alemania. La esperanza de Nachtwey son los nuevos enfoques de la revista *Historical Marxism*, que se edita en Londres. Sin embargo, subestima los “canales discursivos” informales entre los lugares de los debates marxistas, aunque los recorre hacia arriba y abajo en su barquito de papel. Desde hace tiempo, son precisamente estos canales que lo hacen difícil definir un auténtico marxismo británico, estadounidense, italiano o alemán. Hay muchos marxismos, pero es poco viable clasificar esta pluralidad según particularidades nacionales. Por lo menos debe pensarse en dimensiones continentales y distinguir los espacios lingüísticos.

Además, todas y todos sabemos que los canales discursivos no son aguas

mansas, que tampoco cambian la dirección de su flujo con la marea, sino que presentan un marcado desnivel. De la literatura sobre la globalización sabemos hace mucho que en todo el mundo se interpretan, analizan y debaten textos en lengua inglesa, pero de textos escritos en otros idiomas que la *english lingua franca* sólo se hace parcial y selectivamente, lo que puede dar la impresión de que hubiese un amplio horizonte en una cultura y una perspectiva estrecha en la otra, lo cual no quiere decir que esta visión sea justificada.

También el presente texto debería demostrarlo, en tanto se trata de una serie de artículos publicados originalmente entre la primavera de 2008 y 2011 en la revista bimestral *Marx 21* bajo el cuidado editorial de Tobias ten Brink. Los artículos no podían exceder una determinada extensión, por lo que, en algunas partes, tenían que acortarse y a veces volver a redactarse por razones de espacio. Eso no siempre fue tarea fácil y el apoyo de ten Brink fue fundamental. Dagmar Vinz participó en el octavo capítulo sobre la “reproducción de la capacidad de trabajo”. Es diferente si varios artículos se publican bimestralmente en una revista, repartidos a lo largo de más de dos años, aunque ordenados por temas, o leerlos de corrido metidos entre las dos tapas de un libro. Por ende, este pequeño volumen de la colección de libros de portada *azul claro* contiene algunas partes que difieren de la serie de artículos en la revista.

Tanto la colección como el presente pequeño libro siguen un orden diferente que otras introducciones a la obra marxiana. No es *El capital* marxiano el que se toma como base para plasmarlo didácticamente en otras palabras. Más bien se plantean algunos problemas candentes de la actualidad, en particular lo relacionado con las causas, el desarrollo, las perspectivas y soluciones de la gran crisis, y se trata de debatir estos temas y encontrar respuestas a partir de la teoría marxiana. Para lograrlo debe procederse de una forma similar a la de Marx en su tiempo: ahondar en las interpretaciones comunes, y también en las no tan conocidas, de las tendencias de crisis. Por lo demás, como siempre rige: errores, ambigüedades o malentendidos corren por cuenta del autor.

Elmar Altvater

Berlín, abril de 2012

1. El análisis del modo de producción capitalista comienza con la forma de la mercancía

Inicio de forma muy tradicional con el análisis de la forma de la mercancía. La investigación le precede a la exposición. ¿Pero cómo ordenar el “todo no estructurado”, la “recopilación de material” que es el resultado de las actividades de investigación de tal manera que puedan identificarse las “leyes del movimiento” del modo de producción y relacionar o fundamentar con ellas las estrategias de acción? Al fin y al cabo, Marx redactó *El capital* como una *Crítica de la economía política* fundamental. Como ya se mencionó en la introducción, concibió esa crítica como “el misil más temible que jamás haya sido lanzado en cara de los burgueses” por un intelectual que se propuso la misión de contribuir a la emancipación del proletariado. Desde luego, eso sólo podía lograrse si la crítica era convincente. Pero al mismo tiempo, en lo estético quiso presentar una obra como un “un todo ingenioso”.

Mercancía y célula madre

En el campo de la investigación científica se recopilan hechos e interpretaciones que, para su exposición, deben ser ordenados para formar una serie de pasos argumentativos. En la introducción a los *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)* del año 1857, Marx (Vol. 1: 21) describió esta circunstancia y optó por recorrer el camino de lo particular a lo general, dado que consideró que lo aparentemente concreto se pudiese disolver durante un análisis más profundo en “abstracciones cada vez más sutiles” para que al final quedara sólo “una representación caótica del conjunto”. O sea, lo concreto únicamente es concreto en cuanto “síntesis de múltiples determinaciones, por lo tanto, unidad de lo diverso”, por lo que se trata de identificar esta síntesis de múltiples determinaciones y explicitarla paso a paso.

Es por eso que el primer tomo de *El capital* (Vol. 1: 43) comienza con la oración: “La riqueza de las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista se presenta como un enorme cúmulo de mercancías, y la mercan-

cía individual como la forma elemental de esa riqueza. Nuestra investigación, por consiguiente, se inicia con el análisis de la mercancía”. A diferencia de las sociedades más antiguas, en las que la producción precedía al consumo o uso inmediato de los productos por parte de los productores y, por tanto, se llevaba a cabo en función de eso, en el capitalismo domina la producción de mercancías para el mercado. Al mencionar a la “riqueza”, Marx se refiere directamente a la obra de Adam Smith del año 1776 sobre la “naturaleza y causas de la riqueza de las naciones”: la generación de riqueza o bienestar no es el objetivo en el modo de producción capitalista, sino lo es la producción de mercancías que pueden lanzarse al mercado para cambiarlas por dinero.

¿Pero cómo se puede explicitar esta relación? ¿Cómo procede Marx después de este comienzo? Comienza con el análisis de la mercancía individual y llega hasta las relaciones sociales de clase (en el capítulo LII del tercer tomo de *El capital*). Eso partiendo de que lo particular de la mercancía individual comprende los elementos esenciales de lo general, incluyendo las relaciones de clase de la sociedad capitalista “moderna”, por lo que estas relaciones pueden desarrollarse conceptualmente en el curso del análisis.

Este método suele denominarse “dialéctico”. La teoría moderna de los fractales procede de manera muy similar: todas las macroestructuras pueden representarse en relaciones micro y viceversa. Además, ése es el punto de partida de las investigaciones con las células madre. La complejidad y diversidad de las células somáticas se forma desde la célula madre embrionaria. La “forma elemental” de la riqueza social, la mercancía individual, es algo así como la “célula madre” de la sociedad capitalista moderna. ¿Cómo puede descifrarse la mercancía de tal forma que quede desplegado y transparentado el conjunto del modo de producción capitalista? Por haber planteado estas preguntas la teoría marxiana ha devenido en una teoría sumamente moderna y, a todas luces, superior a las simples suposiciones unidimensionales del neoliberalismo moderno.

Valor de uso y valor

En principio, cada mercancía tiene un lado *cualitativo*. Es valor de uso generado a partir de sustancias naturales con el que pueden satisfacerse necesidades humanas; o sea, la mercancía es -como apunta Marx- una “cosa útil” (ibid.: 43). Se podría hacer de la utilidad el objeto

de reflexión económica; es decir, examinar la relación de los individuos aislados con el mundo de los bienes. Éste es el método de la teoría subjetiva del valor, misma que surgió en la segunda mitad del siglo XIX. Joseph A. Schumpeter (1908) habla del “individualismo metodológico” que, según él, guía la teoría económica moderna. Su instrumento es el análisis marginal que tiene por objetivo construir condiciones individuales y sociales óptimas en la relación entre medio y fin, entre costo y rentabilidad, y entre gasto y beneficio. El Robinson aislado, concebido como *homo oeconomicus*, se encuentra ante el mundo de las cosas como individuo que pondera las cosas, tratando de lograr la máxima satisfacción de sus necesidades con su presupuesto en cuanto a tiempo y/o dinero.

En el supuesto de que todos los actores se comportan así se llega al equilibrio del mercado, ya que ofrecen las mercancías que han producido con base en reglas racionales y producen más mercancías cuanto mayor sea el precio que puedan obtener en el mercado. Asimismo, a menor precio, demandan una mayor cantidad de mercancías. En algún lugar se encuentran la oferta y la demanda, guiadas por una “mano invisible”. El mercado se vacía: se ha alcanzado el equilibrio. Ése sigue siendo el enfoque dominante de la teoría económica que se inscribe en la corriente mayoritaria, mismo que en la actualidad es criticado por la “economía postautista” (www.paecon.net) debido a su monismo teórico, aunque esa crítica no siempre recurre a las conclusiones marxianas. Esta crítica también está expresada en el “Memorándum para una reorientación de la economía” del 13 de marzo de 2012, que se opone al monismo teórico y metódico, y aboga por más pluralismo en la economía, para contrarrestar lo que se ha perpetuado en las universidades e institutos de investigación.

Sin embargo, por dos razones Marx no prosigue esta línea para analizar las acciones racionales individuales y los procesos del mercado. *En primer lugar*, el enfoque individualista del sujeto individual que calcula racionalmente frente al mundo de las cosas constituye una barrera que obstruye el acceso para conocer el carácter social del abordaje práctico de este mundo cosificado. La conducta individual puede analizarse únicamente en su contexto social, igual que la relación con la naturaleza siempre es una “relación social con la naturaleza”. *En segundo lugar*, son las cualidades materiales y energéticas de los valores de uso que proveen “la materia para una disciplina especial, la merceología” (ibid.: 44), pero ésta más bien tiende a distraer

la atención del análisis de la formación social y su dinámica. Hoy somos cuidadosos antes de emitir semejante juicio, pues conocemos la “obsolescencia programada” de los productos que nos venden, el desgaste planificado oculto en estos productos. También conocemos los efectos nocivos para la salud que causan ciertos los alimentos, los juguetes para niñas y niños, o los equipos electrónicos. Y paulatinamente aprendemos a fijarnos en los ciclos de los productos: ¿qué sucede con la chatarra que dejamos, qué puede reciclarse, cómo y a cuánto asciende el gasto energético requerido para eso?

A primera vista parece como si las necesidades de los seres humanos y las cosas con las que pueden satisfacerse en absoluto fuesen socialmente específicas. Pero eso no es así. La necesidad de calmar el hambre puede satisfacerse de maneras muy distintas: con carne o con comida vegetariana, usando cuchillo y tenedor, palillos o los dedos. Por consiguiente, aunque el hambre es hambre, “el hambre que se satisface con carne guisada, comida con cuchillo y tenedor, es un hambre muy distinto del que devora carne cruda con ayuda de manos, uñas y dientes” (Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)*, Vol. 1: 12). La necesidad de tener luz e iluminar la oscuridad puede satisfacerse con una lamparilla de aceite, una vela o un tubo de neón y con muchos otros artefactos luminosos. Por ende, es necesario volverse a plantear preguntas en lo que se refiere a la dinámica del progreso técnico, la fuerza que lo impulsa y la fundamentación social de ésta, así como las preguntas relativas a los usos y costumbres civilizadores o a la formación y deformación de las necesidades individuales a raíz de la publicidad empleada por los productores de mercancías.

Por consiguiente, no ayuda remitir a las necesidades humanas individuales y a las cualidades materiales de los productos para comprender el carácter social de los productos. Más bien, la forma mercantil de los productos -tal como lo señala la primera oración de *El capital*- debe tomarse como el punto de partida del análisis. El producto es mercancía sólo porque se cambia por un producto producido para el intercambio: por otra mercancía. Por ende, la mercancía es valor de cambio o lo tiene. El valor de cambio corresponde únicamente a una mercancía en tanto que y porque esta mercancía está relacionada con otra. La primera adquiere la forma relativa de valor, la segunda lo que Marx denominó forma de equivalente.

En esta última se expresa el valor de la mercancía que se ofrece para el intercambio: la mesa -forma relativa de valor- vale dos sillas -forma de equivalente-. La forma de equivalente ya contiene la forma dineraria: la mesa vale 200 euros. De aquí que en la teoría marxiana el dinero no sea un medio inventado, sino que ya es parte de la forma de mercancía. “En primer lugar, el valor de cambio se presenta como una relación cuantitativa, proporción en que se intercambian valores de uso de una clase por valores de uso de otra clase, una relación que se modifica constantemente según el tiempo y el lugar. El valor de cambio, pues, parece ser algo contingente y puramente relativo, y un valor de cambio inmanente, intrínseco a la mercancía, pues, sería una *contradictio in adiecto*.” (Marx, *El capital*, Tomo I, Vol. 1: 45). De modo que el valor de la mercancía debe considerarse como relación de valor entre ambas mercancías que se intercambian. Cualquier expresión de valor encierra, según Marx, el enigma de la forma de valor y, por lo tanto, finalmente también la del dinero o la forma dineraria. Esta conclusión teórica deriva del análisis de la forma de mercancía. Tiene una consecuencia importante en lo político. A diferencia de lo que a veces se cree, no puede abolirse el dinero sin abolir la forma de mercancía.

De ahí que ya no pueda hablarse de la mercancía en singular cuando se habla de valor de cambio, sino únicamente de las mercancías en plural. Pero cuando se equiparan diferentes mercancías, deben contener también algo idéntico: “[...] el valor de cambio únicamente puede ser el modo de expresión, o ‘forma de manifestarse’, de un contenido diferenciable de él” (ibid.: 45). Pero, ¿qué es lo común que permite equiparar los valores de cambio? Ciertamente podría decirse que ese aspecto común es la “escasez”, la “utilidad”, etcétera. Empero, no es la escasez la que hace que las cosas (y servicios) sean intercambiables. Es por medio del trabajo que deben de elevarse desde la condición de escasas, a la de mercancía intercambiable. La utilidad no es una cualidad de las mercancías, sino de productos o cosas con los que las personas satisfacen sus necesidades, de modo que la utilidad transforma a una cosa en valor de uso, mismo que es la condición para que las cosas siquiera puedan convertirse en mercancías, dado que sólo se intercambia algo que tenga alguna utilidad. Entonces, ¿es el valor de uso lo que tienen en común las mercancías? Es improbable, pues, *en primer lugar*, precisamente de él se abstrae en el proceso del intercambio y, *en segundo*,

no es el hecho de que compartan la cualidad del valor de uso lo que motiva el intercambio, sino lo contrario, es decir, lo que las diferencia.

¿Lo común podría ser la energía (por ejemplo, medida en kilovatio/horas) necesaria para fabricar el valor de cambio? ¿O es el conjunto de los elementos químicos aquello que constituye lo que tienen en común las mercancías y su valor de cambio? Pero lo que tienen en común es justamente lo que abstraería de la forma social del valor, misma que habrá que explicarse, ya que la energía y los elementos materiales son lo que comparten todos los productos en todos los modos de producción. En tanto valores de uso que resultan “constituyen el contenido material de la riqueza, sea cual fuere, la forma social de ésta” (ibid.: 44). Por lo tanto, para Marx es otra la cualidad que encarna lo común de las mercancías y que posibilita el intercambio de equivalentes: es el trabajo que produce la mercancía (capitalista); lo que comparten entre sí las mercancías es su cualidad de “productos del trabajo” fabricados por seres humanos. Es el trabajo que crea los valores.

En el principio está el análisis de la mercancía, el cual nos conduce, en el curso del desarrollo conceptual, al análisis de las relaciones concretas del capitalismo histórico. Aun cuando el capitalismo moderno, globalizado e impulsado por el sector financiero ha engendrado formas de manifestarse completamente nuevas, inexistentes en tiempos de Marx, éstas se encuentran en la mercancía como “forma de célula”, igual que la “célula madre” contiene la gran cantidad de células somáticas que integran la diversidad de los órganos humanos. La investigación con células madre se considera sumamente moderna; la investigación sobre las formas económicas de las células del capitalismo concreto moderno, como anticuado. Ésa es una manifestación de ignorancia o incluso del “fetichismo” del mundo de las mercancías, al que también pueden sucumbir investigadores de las ciencias naturales.

2. *La dualidad del trabajo es el eje en torno al cual gira el análisis político-económico*

Tener que trabajar es la maldición que le ha sido impuesta a la humanidad desde su expulsión del paraíso. Pero el país de Jauja no es ninguna bendición. Sin trabajo no hay posibilidad de autorrealización ni de valor de uso para que puedan satisfacerse las necesidades humanas. Y eso siempre es válido, sin importar cómo esté estructurada o formada la sociedad. Las papas que comemos deben cultivarse; los coches que manejamos deben construirse; los cabellos demasiado largos deben ser cortados.

Sin embargo, no se trata de trabajo sin más, sino de trabajo asalariado en la sociedad capitalista. Y ésta no sólo produce papas y coches; es decir, un valor de uso útil para satisfacer las necesidades humanas, sino mercancías para el intercambio. Las mercancías se producen para el propio “no uso”; esto es, para el uso ajeno. En sus escritos tempranos de los años 1840, Marx llamó a ese hecho la “enajenación” del trabajador (desde luego también de la trabajadora) respecto del producto fabricado y, por ende, también del proceso en el que se fabrica el producto, así como de los demás productores y, entonces, de sí mismo. Más tarde analizó en la *Crítica de la economía política* la enajenación, sobre todo como explotación del trabajador por el capital. Pues, lo que le es enajenado al trabajador, se lo apropia en gran parte el capital. De ahí que Marx planteara la cuestión de clase ya desde el principio de su análisis del trabajo.

Forma y sustancia del trabajo

La cuestión de clase realmente se impone también hoy en día. Unos viven en una cómoda prosperidad, otros con *Hartz IV*,⁸ y eso no se ve. Pero detrás de lo visible a primera vista, está el mundo oculto de las leyes y tendencias que no aparecen en la superficie encrespada y que son difíciles de descifrar. No obstante, es necesario hacerlo para examinar a fondo las relaciones. La dificultad ya comienza con el hecho de que el valor de cambio producido por el trabajo es, como lo expone Marx, una relación de valor privada de sustancia. A una mercancía le corresponde un valor de cambio únicamente en tanto que y porque está relacionada con otra mercancía. Pero, ¡atención! Eso no significa que las mercancías que ahí entran en una relación “privada de sustancia” no sigan existiendo como sustancias de valor sólidas. Pues, en primer lugar, el valor necesita el valor de uso como una especie de “portador” del valor, mismo que -por así decirlo- “se echa al hombro” el valor de cambio. ¿Quién daría dinero por una mercancía si ésta no tuviese un valor de uso como cebolla, crema para el calzado o computadora o lo que sea? En segundo lugar, el trabajo incorporado en la mercancía le confiere sustancia al valor; sustancia que se mide en unidades de tiempo: cuanto mayor sea el tiempo que se gasta en la producción tanto más valor aporta la mercancía al proceso de intercambio; y tanto más será entonces el contravalor de otras mercancías o equivalentes de valor, al fin y al cabo, en la forma de dinero.

8 Esta ley alemana, llamada *Hartz IV*, fusiona los subsidios para personas en situación de desempleo de larga duración, más de 18 meses, y para personas en necesidad de ayuda social con el fin de que puedan satisfacer sus necesidades básicas. Además de que la ayuda prevista no llega más allá de cubrir la subsistencia mínima, la ley obliga, entre otras cosas, a las personas afectadas a aceptar trabajos eventuales de cualquier índole y de muy baja remuneración. Esta ley, en vigor desde el año 2005, forma parte de la Agenda 2010 de carácter neoliberal, que consiste en un paquete de reformas estructurales relativas al mercado laboral y al sistema social. La Agenda 2010, aprobada durante el gobierno formado por una coalición entre el Partido Socialdemócrata de Alemania y el partido de los Verdes, ha minado derechos sociales básicos y precarizado las condiciones laborales. Actualmente alrededor de 8% de la población en Alemania subsiste con *Hartz IV*, con tendencia creciente (Nota de la T).

El dinero parece ser la expresión perfecta de la relación entre las mercancías privada de sustancia. El oro y la plata, e incluso el papel, hoy en día ya han dejado de servir como sustancias del dinero: el dinero existe sin sustancia en forma de bits y bytes. No obstante, el dinero representa un valor intrínseco, sustancial, que deriva del trabajo inherente al valor producido y, por ende, también al dinero. Es una razón de por qué en el sistema marxiano el dinero es en un principio también mercancía, “mercancía-oro”, que funge como equivalente sustancial de valor en una relación de valor privada de sustancia, dado que el oro no cae del cielo ni puede imprimirse sin gran esfuerzo como el papel moneda u “originarse” como los títulos de valor electrónicos.

¿Por qué la moneda-oro hoy en día ya no desempeña el papel que tuvo en los tiempos de Marx? Pues Marx comienza el tercer capítulo del primer tomo de *El capital* (Vol. 1: 115) sobre “El dinero, o la circulación de mercancías” con la oración: “Con el objeto de simplificar, en esta obra parto siempre del supuesto de que el oro es la mercancía dineraria”. Pero ya que el oro es demasiado limitado como valor de uso (hay muy pocos yacimientos en la naturaleza) para que su oferta pudiese ir al mismo paso con el crecimiento infinito de la producción mercantil capitalista, tiende a ser sustituido por signos dinerarios carentes de valor. De ahí que se deban decretar y afianzar reglas institucionales que garanticen el valor intrínseco del dinero. De lo contrario, la falta de sustancia de la relación dineraria trascendería, de cierta manera, en el valor del dinero. Asegurar este valor le corresponde a los bancos centrales modernos. La sustancia del valor debe, entonces, afianzarse políticamente para que sean válidas las formas del valor y del dinero. Si eso no se logra, estamos ante una crisis dineraria y, posiblemente, financiera.

Sin embargo, el trabajo únicamente produce valor y ningún “no valor”, siempre y cuando haya una necesidad social de la mercancía y en las condiciones capitalistas de mercado, eso quiere decir cuando hay una demanda solvente. El trabajo no ha creado algún valor tan sólo porque la mercancía está terminada. Es por eso que tanto la producción como la circulación tienen la misma importancia para la relación de valor; es decir, no únicamente el trabajo socializa. También el intercambio en el mercado es un momento de socialización, puesto que así el producto manufacturado -o sea, la mercancía que se ha producido para ser intercambiada- halla su usuario.

Sin división del trabajo no hay sociedad. Pero es la forma del intercambio que determina su forma, sus contradicciones y crisis, en virtud de que los productos del trabajo vivo circulan como mercancías mediadas por el mercado.

Claro está que la relación social de valor y de dinero no puede aumentar cuantitativamente, aunque con su sustancia eso sí es posible. La sustancia del valor debe producirse y, por lo tanto, la relación social del valor no puede reconstruirse sin recurrir a su sustancia, el trabajo. Dado que la producción es siempre una transformación de la riqueza natural en prosperidad económica, no es posible abstraer de la relación social con la naturaleza. A la inversa, es el trabajo que, al incrementarse la sustancia, reproduce justamente la relación social entre valor, mercancía y capital. En el proceso de reproducción, así lo afirma Marx, se reproduce, por lo tanto, también el trabajador en su posición subordinada al capital: por medio del trabajo del obrero se reproduce la relación de clase y de dominación, sin importar si lo quiere o si está consciente de eso. Ésa es una de las razones porque Marx no usa en *El capital* el concepto de enajenación, sino el de explotación y dominación.

Es por eso que la sociedad capitalista es una sociedad de trabajo y de dinero. La relación de valor se produce y reproduce mediante el trabajo. La producción adquiere su carácter social en tanto que está dirigida al intercambio y que, al fin y al cabo, el intercambio de la mercancía debe lograrse efectivamente. Por consiguiente, el análisis de la forma de valor de la mercancía ha de pasar al análisis del trabajo y del dinero.

Trabajo, reproducción y educación

Hay otra dificultad que es un rompecabezas aun mayor. Pues, igual que el trabajo es poco homogéneo, tampoco los productores individuales son idénticos. Pero el trabajo está sujeto a principios generales en lo que se refiere a su normalización, esto es, a la elaboración de normas (*benchmarking*). Para normalizar el proceso de trabajo se están movilizanddo ejércitos de expertos en racionalización. Asimismo, los valores de referencia fijados por la técnica -por ejemplo, lo que ayer fueron los ciclos de las líneas de montaje, hoy lo son los imperativos de los programas de computación- son, en su calidad de normalizaciones para los asalariados,

valores de referencia que difícilmente pueden cuestionarse. Eso también es importante para las y los estudiantes, ya que tienen que batallar con el proceso de Bolonia,⁹ las plataformas digitales de las universidades, las especificaciones en cuanto al contenido del aprendizaje, así como con los procesos de evaluación y clasificación. De este modo se establece una comparabilidad abstracta. Sin esta capacidad social de abstracción a nadie se le ocurriría encargar estudios PISA.

La media no se calcula a partir de la diversidad de los trabajos, sino que en realidad se obtiene como resultado de los procesos que tienen lugar en los mercados, tanto en el de trabajo como en los de mercancías, donde no se paga más por un pan porque el panadero necesita más tiempo para hornear el pan que su competidor. Actualmente, los trabajadores viven la experiencia del panadero en el ámbito de la competencia global por los salarios, así como por las jornadas laborales y su intensidad. La media baja en razón de la competitividad del lugar de producción; es decir, de la “ubicación”. Pero eso es así desde los comienzos del capitalismo. Sin embargo, en la era de la globalización se trata de una media global y ya no de una local, regional o nacional.

No obstante, en cada sociedad (y en cualquier momento) existe una media social, el “trabajo medio simple”, del que se distinguen los trabajos complejos, que requieren un mayor nivel educativo, ya que crean en el mismo segmento de tiempo más sustancia de valor. La media social está en movimiento. Marx denomina “trabajo complejo” a aquel que contiene un aporte de educación por encima de la media o *un learning by doing*. Se considera que el trabajo más complejo es “trabajo simple potenciado o más bien multiplicado” (ibid.: 54). De aquí que el trabajo no sea homogéneo. Pero

9 El Proceso de Bolonia implantado en casi todos los países europeos a partir de la Declaración de Bolonia firmada en 1999, en la que se estipula la creación de un Espacio Europeo de Educación Superior (EEES), adoptó el sistema anglosajón de titulación, dividido en los grados académicos sucesivos de *bachelor* y *master*. Eso ha sido muy criticado por estudiantes y académicos debido a los nuevos planes de estudio sobrecargados y excesivamente reglamentados. Esta tendencia va de la mano con la mercantilización de los estudios universitarios en función de las necesidades del mundo corporativo y la precarización de las condiciones laborales del personal académico (N. de la T.).

Marx agrega, y eso no siempre se ha comprendido bien, que el resultado del proceso de trabajo -o sea, la mercancía- se equipara a todas las demás mercancías y, por ende, también a los trabajos que las han producido. Sin esta posibilidad de equiparación los productos de los trabajos con diferentes niveles de complejidad no podrían intercambiarse en el mercado. En lo *cuantitativo* el trabajo complejo no se diferencia del trabajo simple, por lo que en lo *cuantitativo* puede reducirse al trabajo medio simple, al gasto fisiológico y productivo “del cerebro, músculo, nervio, mano, etc. [...] La experiencia muestra que constantemente se opera esa reducción. Por más que una mercancía sea el producto del trabajo más complejo, su valor la equipara al producto del trabajo simple y, por consiguiente, no representa más que determinada cantidad de trabajo simple” (ibid.: 54-55). Esta reflexión influye en los planteamientos modernos en torno a la economía de la educación: cuanto más alta sea la calificación, tanto mayor es (en general) el contenido de información técnico-científica en lo que se refiere al proceso y al producto; y, además, tanto más probable es que el trabajo complejo pueda producir un múltiplo del producto de valor a partir del trabajo simple medio; es decir, crecimiento mediante la educación. Pero no hay garantía que así suceda.

Trabajo concreto y abstracto: el Marx ecológico

Conforme se va gastando el trabajo abstracto (en el tiempo) crea la sustancia de valor, de modo que la relación social de valor de ninguna manera carece de sustancia. Simultáneamente, el trabajo se manifiesta de forma concreta: se materializa en un valor de uso concreto, por ejemplo, en guisados de papa o tablets. Esta dualidad en cuanto trabajo concreto y abstracto es el “eje en torno al cual gira la comprensión de la economía política [...]. Todo trabajo es, por un lado, gasto de fuerza humana de trabajo [...] y es en esta condición de trabajo humano igual, o de trabajo *abstractamente* humano, como constituye el valor de la mercancía. Todo trabajo, por otra parte, es gasto de fuerza humana de trabajo en una forma particular y orientada a un fin, y en esta condición de trabajo *útil concreto* produce valores de uso” (ibid.: 51-57).

Si bien es cierto que Marx aborda el lado ecológico del trabajo que produce mercancías únicamente de forma esporádica, el “eje en torno al cual

gira” la economía política y su crítica es único. El ser humano “en su producción [...] sólo puede proceder como la naturaleza misma, vale decir, cambiando, simplemente, la forma de los materiales. Y es más: incluso en ese trabajo de transformación se ve constantemente apoyado por las fuerzas naturales. El trabajo, por tanto, no es la fuente única [...] de la riqueza material. El trabajo es el padre de ésta, como dice William Petty, y la tierra, su madre” (ibid.: 53). Es por eso que deben considerarse las condiciones naturales cuando se habla de “riqueza”. La “ceguera ante la naturaleza” de la economía surge porque la producción de riqueza en la sociedad capitalista vale únicamente cuando se crean valores que pueden transformarse en dinero en el mercado. En la sociedad capitalista se pone valor a la naturaleza, la riqueza natural se transforma en prosperidad económica y esta transformación es destructiva, ya que tan sólo es posible si se arrancan a la naturaleza los recursos minerales o energéticos para someterlos a un proceso de valorización y se destruyen los recursos que no entran en este proceso por ser obstáculos del mismo; o cuando la naturaleza se transforma en parcelas acotadas de propiedad privada mediante enclosures, lo que Marx describe como acaparamiento de tierras en Inglaterra en la época de la acumulación capitalista originaria (cf. capítulo XXIV del primer tomo de *El capital*). El caso es que los intereses económicos son colocados por encima de las condiciones de reproducción y los procesos de evolución naturales.

Es decir, los planteamientos de la teoría marxiana consideran el vínculo entre, por una parte, las relaciones de valor y de dinero; y, por otra, los procesos energéticos-materiales. Pero es necesario seguir desarrollando nuevamente este vínculo, lo que ni es posible en la economía neoclásica ni en el sistema de categorías keynesiano. Eso es un punto de particular relevancia en la teoría marxiana, precisamente ante los desafíos ecológicos actuales.

El “enorme cúmulo de mercancías” -la cantidad de valores de uso con los que pueden satisfacerse necesidades humanas (una vez que han sido desperdadas)- fue producido por trabajo concreto u orientado a un fin. Así como son útiles los valores de uso, también el trabajo para fabricarlos debe ser útil. La diversidad de trabajos útiles (sastres, panaderos, programadores, constructores, maestros y carteros) hace posible esta misma diversidad de valores de uso que se producen con base en la división del trabajo.

Sólo refiriéndose al trabajo concreto puede hablarse de productividad o

fuerza productiva del trabajo, dado que “el mismo trabajo [...], por más que cambie la fuerza productiva, rinde siempre la misma magnitud de valor en los mismos espacios de tiempo. Pero en el mismo lapso suministra valores de uso en diferentes cantidades” (ibid.: 57). De ahí que la productividad del trabajo no influya en la magnitud de valor de una cantidad de mercancías producidas dentro de un determinado periodo. Al aumentar la productividad se necesita menos tiempo para producir una mercancía individual, entonces su valor baja. Eso tiene consecuencias de gran alcance, ya que ahora también pueden abaratare los medios de subsistencia de los trabajadores. Ahora necesitan menos tiempo para su propia reproducción y pueden hacer plus trabajo para los capitalistas.

¿Y qué tiene que ver eso con la cuestión ecológica? En general, la productividad del trabajo puede aumentar únicamente cuando se sustituye el trabajo humano -es decir, trabajo “vivo”- por energías fósiles y los sistemas técnicos (por maquinaria, por trabajo “muerto”) necesarios para su adecuada transformación. Marx describió este proceso de forma grandiosa en el primero tomo de *El capital* (Vol. 2: sección cuarta) en los capítulos sobre la producción del plusvalor relativo. La naturaleza siempre se daña cuando se quema energía fósil. Actualmente -ante la emisión de CO₂ a la atmósfera, el calentamiento de la tierra y la inminente catástrofe climática-, lo sabemos mejor que lo que Marx lo hubiera podido saber en su época.

Hoy en día, algunos ecologistas afirman que en vez de aumentar la productividad del trabajo debería aumentarse la de la energía para hacer frente a los problemas del medio ambiente. Con Marx podemos aprender que la productividad puede aumentarse únicamente si, *en primer lugar*, se reorganiza el proceso de producción y se emplean maquinaria y energía fósil en lugar de trabajo vivo. Por lo tanto, la productividad puede aumentar sólo si tiene lugar un proceso de sustitución: energía fósil en vez de energía biótica. Este proceso altera la relación social con la naturaleza, puesto que pueden aumentarse todos los tiempos. Ésta es la base para incrementar la productividad: en el mismo lapso puede producirse más o la misma cantidad de productos en menos tiempo. Si, *en segundo lugar*, se pretende aumentar la “productividad energética”, también deben especificarse las fuentes de energía que sustituirán a las fósiles y cuáles serán las consecuencias en lo que concierne a la organización social y la relación con la naturaleza. ¿Qué fuente de energía podría arrojar una tasa de retorno energético igual de

alta que la de las energías fósiles? Hasta ahora no hay respuesta a esta pregunta. También Marx abordó en el tercer tomo de *El capital*, en el capítulo V sobre la “Economía en el empleo del capital constante” (Tomo III, Vol. 6: 93-128) lo referente a ahorros de energía y de material. A cualquier capitalista le interesa mantener el adelanto de capital en un nivel mínimo, dado que así puede incrementar la tasa de ganancia. Sin embargo, el “efecto de rebote” actúa de forma contrarrestante: cuando se puede producir más barato, también se consume más. Todavía no se ha respondido la pregunta de si puede darse un proceso de sustitución “posfosilista” dentro del modo de producción capitalista o si más bien ya acabaría por reventarlo.

3. *Por qué sobreviene el crac cuando entran en conflicto la acumulación monetaria y la real*

Se podría explicar la crisis financiera que comenzó en 2008 con *El capital* de Marx? No sería vergonzoso si se tuviese que responder “no”, pues, al fin y al cabo, esa obra fue escrita hace más de 150 años. No obstante, Marx formuló el propósito de estudiar a fondo “las leyes del movimiento de la sociedad moderna”. Por eso, desarrolló conceptualmente el “capital en general”. Si bien es cierto que no pudo anticipar muchas invenciones históricas de los siglos XX y XXI ni adivinar las aventuradas innovaciones financieras en los mercados financieros globalizados, aún hoy en día las categorías marxianas en su contexto teórico son muy útiles para analizar en detalle los fenómenos históricos de la crisis financiera actual.

Las sociedades capitalistas, como ya se demostró, son a la vez sociedades de trabajo y de dinero. Ahora se trata de analizar algunos aspectos de la socialización por medio del dinero. No todos tienen dinero. La sociedad se divide en los que lo tienen y los que no, los *haves* y *haves not*. El dinero ejerce una “restricción presupuestaria dura”, según la terminología de la teoría económica moderna. Obliga al trabajo remunerado, porque sólo con los “frutos del trabajo” pueden pagarse los créditos, que representan inversiones de capital. De hecho, esta obligación se percibe como “coerción material”, como si surgiera del dinero y no del régimen de la sociedad capitalista. Al ocuparse del dinero, no pueden callarse la falsa conciencia, las crisis y los conflictos sociales.

El carácter fetichista de la mercancía y del dinero

Vayamos paso a paso. Ya sabemos que el valor de cambio no es una característica de la mercancía individual como cosa; sino que se deriva de la relación entre las mercancías en el mercado. Suena simple, pero no es tan fácil de entender. “A primera vista, una mercancía parece ser una cosa trivial, de comprensión inmediata”, escribe Marx. “Su análisis demuestra que es un objeto endemoniado, rico en sutilezas metafísicas y reticencias teológicas. En cuanto valor de uso, nada de misterioso

se oculta en ella, ya la consideremos desde el punto de vista que merced a sus propiedades satisface necesidades humanas, o de que no adquiere esas propiedades sino en cuanto producto del trabajo humano” (Marx, *El capital*, Tomo I, Vol. 1: 87).

Empero, la mercancía se produce para el intercambio y en el cambio una mercancía es el equivalente del valor de la otra. De ahí surge la *forma dineraria* de la mercancía. Ahora puede expresarse su valor en dinero, la mercancía recibe un precio. “Pero es precisamente esa forma acabada del mundo de las mercancías -la forma de dinero- la que vela de hecho, en vez de revelar, el carácter social de los trabajos privados, y por tanto las relaciones sociales entre los trabajadores individuales. Si digo que la chaqueta, los botines, etc., se vinculan con el lienzo como con la encarnación general de trabajo humano abstracto, salta a la vista la insensatez de tal modo de expresarse. Pero cuando los productores de chaquetas, botines, etc., refieren esas mercancías al lienzo -o al oro y la plata, lo que en nada modifica la cosa- como el equivalente general, la relación entre sus trabajos privados y el trabajo social en su conjunto se les presenta exactamente bajo esa forma insensata” (ibid.: 92-93).

No son únicamente las mercancías las que entran en una relación social, sino también los poseedores de las mismas. Son sujetos que actúan y, además lo hacen como comerciantes; es decir, como se diría hoy, son actores de los mercados. Pues, las mercancías no pueden llegar solas al mercado para intercambiarse. En su actuar, los poseedores de las mercancías proceden siguiendo reglas predeterminadas: desempeñan sus papeles con las “máscaras que asumen” en el “teatro del mundo de las mercancías”, aunque no alcancen a comprender la relación social. Se comportan de manera funcional en el sentido de que obedecen a coerciones materiales que ellos mismos han fijado. Éste es el carácter fetichista de la mercancía y del dinero. Por ejemplo, aquel material que erigen en patrón dinero es aquel que mejor cumple los requisitos funcionales de la forma dineraria. A saber, el ganado que se usa como dinero en sociedades nómadas; las conchas como dinero en las primeras sociedades; la plata y el oro que fungen como dinero en aquellas sociedades donde el intercambio de mercancías ha devenido en regla; papel moneda o dinero electrónico ahí donde el dinero ya evolucionó a transacciones dinerarias, sin que intervenga dinero en efectivo; y dinero crediticio, donde el fetichismo del dinero ha llegado a su máxima expresión en los mercados financieros globales.

¿Qué funciones tiene el dinero?

La forma del dinero queda determinada de manera más concreta en razón de las funciones que éste ejerce en una sociedad capitalista; las cuales, al ser examinadas, muestran algunas coincidencias aparentes entre el planteamiento de Marx y el de otros autores: el dinero funge como la medida de los valores, como medio de circulación, como tesoro o “medio de conservación de valor”, como medio de pago o dinero crediticio.

Pero el análisis marxiano de las funciones del dinero presenta algunas particularidades. *En primer lugar*, Marx es suficientemente previsor y agrega una función que deriva de la naturaleza de la economía capitalista global dado que, más allá de la circulación dentro de los Estados-nación, el dinero funge como dinero mundial. La ley del valor, como escribe en el primer tomo de *El capital*, actúa “de forma modificada” en el mercado mundial. De entrada, eso se debe a que la categoría de dinero mundial no tiene sentido hasta que llega al mercado mundial y donde, aun en un sistema con patrón oro, los tipos de cambio son importantes, así lo afirma Marx en el tercer tomo de *El capital*. *En segundo lugar*, el análisis de las formas, el de las actuaciones y funciones se ubican en un contexto social general no contemplado en otros planteamientos teóricos. A Marx no le vienen a la mente ocurrencias como la idea neoliberal del helicóptero que arroja dinero a la circulación para que luego la cantidad de dinero determine los precios; o sea, él no pudo más que burlarse de la “teoría cuantitativa” del dinero, que en su época solía tener ocurrencias similares, aunque todavía no había helicópteros. *En tercer lugar*, el análisis de las funciones del dinero remite a la relación entre la circulación real y la monetaria. El dinero se constituye en la medida de los valores reales y les confiere la expresión del precio. El dinero hace circular el mundo real de las mercancías, pero también puede establecerse independientemente de él en forma de tesoro y medio de pago. De ese modo puede parecer como si la esfera monetaria se desprendiese de las esferas reales de la producción y del intercambio de mercancías. Durante meses y años pareciera como si las ventas de acciones, las cotizaciones de los títulos, los réditos, en apariencia, podrían crecer independientemente de cualquier restricción real. Por temporadas, los mercados financieros se expanden, y a una velocidad que no puede lograrse en la economía real.

Sin embargo, el espacio y el tiempo entran en juego, y con ello la historia, el desarrollo y las crisis. Nadie tiene que gastar enseguida y en el

mismo lugar el dinero que se ha ganado. Las cadenas de pago pueden interrumpirse si las ventas y las entradas de dinero obtenidas de las mismas no son seguidas por egresos sino que, en cambio, el dinero es usado para inversiones en los mercados financieros. Se vende, pero los ingresos no se usan para comprar en los mercados de mercancías, sino que se “atesoran” o, lo que hoy en día es más probable, se invierten en fondos especulativos. Entonces existe la posibilidad de que surja una crisis. La teoría del dinero de Marx es, por lo tanto, en su esencia una teoría de las crisis.

En cuarto lugar, el análisis del dinero conduce, en lo metódico, forzosamente a aquella categoría que ocupa el lugar central a partir del capítulo IV de *El capital*: el dinero se transforma en capital. “[...] dinero. Ese producto último de la circulación de mercancías es la primera forma de manifestación del capital” (ibid.: 179). Aquí la exposición se rige por los tres pasos mercancía-dinero-capital. De ahí que el capítulo IV ya no trate del valor, sino de la autovalorización de éste en cuanto capital. Si en el comienzo y al final de los actos de intercambio está el dinero, es evidente que eso sólo tiene sentido si se produce un incremento cuantitativo: una suma de dinero adelantada D recibe un incremento d , de modo que el resultado es una mayor suma de dinero D' : esto es, $D + d = D'$.

El proceso del ciclo mercancía-dinero-mercancía, examinado hasta ahora, encuentra “su medida y su meta [...] en un objetivo final fuera de éste: el consumo, la satisfacción de determinadas necesidades. Por el contrario, en la compra para la venta, el principio y el fin son la misma cosa, dinero, valor de cambio, y ya por eso mismo el proceso resulta carente de término [...] Al finalizar el movimiento, el dinero surge como su propio comienzo [...] La circulación del dinero como capital es [...] un fin en sí, pues la valorización del valor existe únicamente en el marco de este movimiento renovado, sin cesar. El movimiento del capital, por ende, es carente de medida” (ibid.: 185-186). El objetivo final de la transacción no es el valor de uso, sino el valor de cambio. “[...] la circulación del dinero como capital principia en la compra y finaliza en la venta” (ibid.: 181), y en la venta debe ingresar más que lo gastado en la compra. El contenido objetivo de aquella circulación desmedida se convierte en el fin subjetivo del *capitalista*, quien “funciona [...] como capitalista, o sea como capital personificado, dotado de conciencia y voluntad” (ibid.: 186-187). Va en pos de un “afán absoluto de enriquecimiento” (ibid.: 187). Una necesidad limitada deviene en ava-

ricia ilimitada, que de forma escandalosa pudo desfogarse en los mercados financieros liberalizados del siglo XXI.

El plusvalor en la producción y el enriquecimiento en la circulación

Pero surge la pregunta de dónde realmente proviene el plusvalor, pues partiendo del intercambio de equivalentes un D adelantado no puede transformarse en un D' cuantitativamente mayor. “Donde hay igualdad no hay ganancia” (ibid.: 193), así cita Marx al economista italiano del siglo XVIII, Ferdinando Galiani. Si bien es cierto que el incremento de dinero D' parece nacer en la circulación, o hasta en la naturaleza del dinero, únicamente puede haberse producido por medio de trabajo real en el proceso de producción real. Aunque a los trabajadores y trabajadoras, en general, se les restituye -en las respectivas condiciones históricas- el valor de su fuerza de trabajo en la forma del salario, el valor del producto de su trabajo es mayor. Los trabajadores y trabajadoras que venden su fuerza de trabajo entregan plustrabajo, se les explota. En las secciones subsiguientes de *El capital*, Marx se ocupa del modo en que se organiza este proceso de explotación y de las “leyes del movimiento” a las que está sujeto. El incremento D' del dinero se constituye en tanto plusvalor en el principio que mueve el modo de producción capitalista en su evolución histórica.

Eso, bajo el supuesto de que el poseedor de dinero en su calidad de comprador encuentre en el mercado al trabajador en calidad de vendedor; o sea, la mercancía fuerza de trabajo, que luego produce el plusvalor. El sujeto histórico del “obrero libre en el doble sentido” tiene que ser “propietario libre de su capacidad de trabajo, de su persona” (ibid.: 204). No puede ser un esclavo o un siervo feudal. Por otra parte, el trabajador libre también debe estar, a la vez, libre de medios de producción ya que, de lo contrario, no estaría obligado a vender su fuerza de trabajo en el mercado laboral. “Para la transformación del dinero en capital el poseedor de dinero, pues, tiene que encontrar en el mercado de mercancías al obrero libre; libre en el doble sentido de que por una parte dispone, en cuanto hombre libre, de su fuerza de trabajo en cuanto mercancía suya, y de que, por otra parte, carece de otras mercancías para vender, está exento y desprovisto, desembarazado de todas las cosas necesarias para la puesta en actividad

de su fuerza de trabajo” (ibid.: 205). De ahí que la libertad tenga un lado positivo y uno negativo.

La doble libertad del trabajador es el resultado del desarrollo histórico, que se examina con más detalle en el capítulo XXIV del primer tomo de *El capital* sobre la acumulación capitalista originaria. En todo caso, ya desde aquí hay que señalar que “las categorías económicas [...] llevan la señal de la historia. En la existencia del producto como mercancía están embozadas determinadas condiciones históricas” (Marx, ibid.: 206), y también la violencia empleada para conformar las figuras capitalistas. Eso es válido para la mercancía, para el tesoro, para el dinero y, finalmente, para el capital y su contraparte, la fuerza de trabajo.

Cuando se intercambian equivalentes no se genera plusvalor. Eso es la esencia de la arriba citada afirmación de Galiani, porque “la circulación o el intercambio de mercancías no crea ningún valor” (ibid.: 199). Pero Marx cita lo que dijo Benjamin Franklin: “La guerra es robo; el comercio, [...] fraude” (ibid.: 200). Y, en efecto, el capital mercantil histórico se ha servido de ambos métodos con el fin de sacar de la circulación al plusvalor por medio del intercambio de no equivalentes. Después de todo, eso es una forma de expropiación.

Expropiación en el capitalismo impulsado por el sector financiero

De ahí derivan conclusiones importantes para analizar al actual “capitalismo impulsado por el sector financiero”. Los rendimientos que se exigen en los mercados financieros globales ni pueden producirse realmente. Las innovaciones financieras en los mercados liberalizados han contribuido a que se desatara la competencia de tal manera que los rendimientos fueron subiendo cada vez más. Por temporadas, esos rendimientos son generados mediante la apropiación de valores en la circulación, mediante saqueo. La avaricia de los poseedores de activos monetarios o de determinados fondos es tan grande que se destruye despiadadamente la base productiva de una economía. Esta tendencia ha sido criticada usando la metáfora del “buitre”. Eso es correcto en cuanto a que el “afán absoluto de enriquecimiento” o la avaricia empujan a los actores en los mercados financieros. No obstante, hay que estar consciente de que, en cuanto

máscaras que las personas asumen, expresan en su avaricia las tendencias capitalistas.

La autonomización del dinero no sólo constituye la base del desacoplamiento entre la acumulación monetaria y la real conforme iba gestándose el sistema financiero global, sino también el desacoplamiento, ya patológico, entre la satisfacción de necesidades y el enriquecimiento por conducto de un sistema de premios y bonos, que incluso derriba los límites de la decencia. No obstante, este desacoplamiento llega una y otra vez a sus límites al toparse con el plusvalor real, producido por los asalariados. Resulta que el tan poco llamativo D', al que no se le nota de dónde viene, de hecho debe ser producido para que en el intercambio se pueda llegar a su apropiación.

Marx lo expone en el tercer tomo de *El capital*, en la sección quinta sobre el “capital que devenga interés”. Los elementos fundamentales pueden descubrirse ya en el análisis de la forma de la mercancía y del dinero en el primer tomo de *El capital*. La transformación de dinero en capital tiene lugar en la esfera de la circulación y no ocurre en ella: es mediada por la circulación, “porque se halla condicionada por la compra de la fuerza de trabajo en el mercado [de mercancías]. Y no ocurre en la circulación, porque ésta se limita a iniciar el proceso de valorización, el cual tiene lugar en la esfera de la producción” (ibid.: 236). Hasta ahora nos hemos ocupado de la circulación de las mercancías y del dinero, y del trabajo nada más en lo que se refiere a la pregunta acerca de la sustancia del valor y, por ende, del proceso de producción. Ahora demostraremos que la figura especial de la circulación del dinero en tanto capital (D-M-D') puede comprenderse únicamente si este proceso de producción se analiza en cuanto proceso de valorización del capital.

El excedente en forma del plusvalor se origina en el proceso de valorización, en la producción. Es resultado de la explotación del trabajo asalariado. Hecho que es irrefutable en la sociedad capitalista donde una y otra vez se rompe la autonomización de la esfera monetaria. Es cierto que las cotizaciones de las acciones y los rendimientos tienden a despegar y perder todo soporte. Ésos son los tiempos maníacos, siempre seguidos por una depresión, porque en la circulación del dinero ya no se tomaron en cuenta las condiciones de producción del plusvalor. Sobreviene el crac.

4. *Las crisis: una recurrente “tempestad del mercado mundial”*

Por supuesto, puede objetarse que en realidad todo es mucho más complicado. Ante todo, tendría que mostrarse cómo las contradicciones del proceso de acumulación de capital se agravan hasta convertirse en crisis. ¿Acaso Marx no tenía razón cuando demostró que la fuerza de producción y la fuerza de consumo se alejan una de la otra, y que en esta divergencia se divisa la mayor causa de las crisis? Esto es correcto, pero tampoco invalida aquello que ya se expuso en relación con las crisis financieras y las contradicciones que las posibilitan.

George Soros se declara abiertamente especulador. Como tal, afirmó en una entrevista con la revista alemana *Stern* (13 de julio de 2008) algo que ya sabemos desde hace un buen tiempo: estamos “sumergidos en la crisis financiera más profunda desde la década de 1930”. Eugen Varga, a quien hoy en día llamaríamos “economista en jefe” de la Internacional Comunista, analizó la crisis después de 1929 y señaló sus consecuencias políticas. Ésta fue una “tempestad en el mercado mundial” como Marx ya había caracterizado a las crisis de su época. Y actualmente se está gestando de nuevo una tempestad global en cuyo curso no sólo se verán afectados los mercados financieros, sino que los remolinos del huracán de la crisis sacudirán también al mercado inmobiliario, a los mercados energéticos y de alimentos, pero también a las deudas públicas y al sistema monetario. Sin embargo, las crisis del modo capitalista de producción no nos invaden como un fenómeno natural. Sus causas pueden hallarse en el sistema social y económico del capitalismo, y conllevan secuelas sociales y políticas graves, como lo demostraron la gran crisis de la economía mundial y los años subsiguientes en la década de 1930. El análisis de las crisis tiene relevancia política.

Las crisis son la agudización de las contradicciones del modo de producción capitalista

Una crítica de la economía política sería innecesaria si el desarrollo capitalista transcurriera libre de crisis. Crisis y crítica están estrechamente interrelacionadas, como subrayó con razón el historiador conservador Reinhart Koselleck. Quien niega la crisis, no tiene que esforzarse en hacer una crítica. Ésa es la línea que siguen los denominados economistas “burgueses” de la corriente mayoritaria, precisamente en las universidades. Las fuerzas libres del mercado encuentran su equilibrio económico entre la oferta y la demanda y, en consecuencia, las economías de mercado capitalistas se consideran, por principio, estables y libres de crisis, hasta que la realidad de la acumulación de capital viene a aguar la fiesta. El economista Jean Baptiste Say, tildado por Marx como “el trivial Say”, ya argumentaba a inicios del siglo XIX, tal como lo hace la corriente dominante en la actualidad. No se niegan las crisis históricas, a veces desastrosas: la crisis económica mundial después de 1929; la de la deuda del “tercer mundo” en la década de 1980; la financiera en la década de 1990; o las actuales crisis inmobiliaria, financiera y de deuda pública, así como la del euro. Pero la corriente mayoritaria neoliberal las atribuye a errores evitables de la política económica, a perturbaciones externas imprevisibles y a contingencias históricas: es decir, a puras casualidades o concatenaciones desafortunadas de sucesos en el fondo independientes entre sí.

En cambio, Marx (*Contribución a la crítica de la economía política*: 176) pregunta por qué y cómo las contradicciones del modo de producción capitalista se agudizan periódicamente hasta terminar en un escándalo de crisis, de cómo se descargan las tensiones derivadas “de la contradicción de todos los elementos del modo de producción burguesa” en “las grandes tempestades del mercado mundial” y qué constelaciones de clase cambian de qué manera para que el ciclo de acumulación pueda iniciar un nuevo auge. Marx escribe en el tercer tomo de *El capital* (Vol. 6: 320) que las crisis “siempre son sólo soluciones violentas momentáneas de las contradicciones existentes, erupciones violentas que restablecen por el momento el equilibrio perturbado”.

La crítica de la economía política marxiana inicia con la mercancía y su doble manifestación como valor de uso y valor. La mercancía indi-

vidual se transforma mediante la venta en un valor socialmente reconocido. Para que se pueda vender se requiere encontrar un comprador solvente. No obstante, “compra y venta pueden dissociarse. Son, pues, crisis en potencia [...] Permanece, pues, en pie [...] que la forma más abstracta de la crisis (y, por tanto, la posibilidad formal de ella) es la metamorfosis de la mercancía misma, en la que se contiene solamente como momento desarrollado la contradicción de valor de cambio y valor de uso y, más desarrollada, de dinero y mercancía, que se halla implícita en la unidad de ésta”. Así lo expresa Marx en las *Teorías sobre la plusvalía* (II: 469), para continuar: “[...] la disociación de [la] compra y [la] venta se manifiesta aquí [...] de tal modo, que a la conversión de un capital de la forma mercancía en la forma dinero tiene necesariamente que corresponder la retroconversión del otro capital de la forma dinero en la forma mercancía” (ibid.: 470). En una carta a Engels, Marx apunta “que la no coincidencia de M-D y D-M es la forma más abstracta y superficial mediante la cual se expresa la posibilidad de las crisis” (Marx y Engels, *Cartas sobre “El capital”*: 101).

De ahí que, si bien en un principio la circulación del dinero puede tener lugar sin provocar una crisis, siempre y cuando -en las sociedades con división del trabajo- se logren las metamorfosis de las mercancías mediadas por el mercado, pero “las crisis no pueden producirse sin circulación del dinero” (Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*: 83), sin “este entrelazamiento y concatenación de los procesos de reproducción o circulación de diferentes capitales” (Marx, *Teorías sobre la plusvalía II*: 470). Esta aseveración se convierte en el punto de partida de todas aquellas teorías que adjudican el caótico funcionamiento de los procesos de mercado y las desproporciones que derivan de éstos a las crisis. Según esta interpretación, las crisis son una consecuencia de la falta de planeación capitalista.

Pero eso es demasiado simple, dado que, en primer lugar, aquí se considera al dinero únicamente como medio de circulación de mercancías. En esta función posibilita la disociación entre compra y venta de las mercancías y, por consiguiente, el fracaso de la metamorfosis mercantil. Sin embargo, en segundo lugar, el dinero también es medio de pago y, por ende, la base para el crédito, incluso la base para el sistema financiero global: “[...] por lo que se refiere a la posibilidad de la crisis nacida del dinero como medio de pago, [vemos que] ya en el capital se da un fundamento mucho más real

para que esta posibilidad se realice” (ibid.: 470). Pues las cadenas de pago pueden romperse: es posible que los prestatarios no logren pagar el crédito según lo acordado, sea porque no estén recibiendo los ingresos previstos o porque tengan dificultades para pagar los intereses a causa de una reducción de sus ganancias. Por tanto, incluso a las categorías básicas -la mercancía y el dinero- les es inherente la posibilidad de la crisis, porque los dos extremos de la contradicción -mercancía y dinero- pueden autonomizarse uno en contra del otro. La mercancía y el dinero existían ya mucho antes del advenimiento del modo de producción capitalista “[...] sin que se den crisis [...] Y no es posible comprender a base de estas formas solamente por qué estas formas manifiestan su lado crítico, por qué la contradicción potencialmente contenida en ellas se manifiesta como tal en la realidad” (ibid.: 471). No obstante, al observar los mercados financieros no sólo se puede comprobar la posibilidad de crisis, sino tener las primeras nociones sobre su realidad.

Fuerza productiva versus fuerza de consumo

Las verdaderas causas de las crisis tienen que buscarse entonces en el proceso de producción y reproducción del capital, aunque las crisis aparezcan en el proceso de circulación y en la esfera aparentemente alejada del dinero. Porque es ahí donde los actores deciden, inconscientemente y sin coordinación, si todas las compras y ventas tendrán éxito, si la división social del trabajo elevará la productividad del trabajo y con ello el bienestar de las naciones (como presuponen los clásicos de la economía política), si y cómo se desarrollará el antagonismo de clase entre capital y trabajo asalariado; o sea, por qué se llega con una regularidad tan cíclica (en la época de Marx, cada siete a once años) al estallido de una crisis. Es por eso que el método para analizar las crisis requiere tanto de la explicación de las causas como del carácter cíclico en que se manifiestan las mismas, una vez que se haya fundamentado la posibilidad de la crisis en tanto disociación entre compra y venta e interrupción de cadenas de pago en la circulación.

En el modo de producción capitalista la rentabilidad o tasa de ganancia en relación con el capital adelantado es la magnitud central de control. Por eso la acumulación se frena sobre todo cuando cae la tasa de ganancia, especialmente cuando queda debajo de los intereses de

los créditos y los rendimientos de las inversiones financieras. Eso fue menos importante en los tiempos de Marx que en la actualidad, en la era del capitalismo globalizado e impulsado por el sector financiero. Por ende, estamos hablando, en primer lugar, de la distribución entre los ingresos salariales y el plusvalor, mismo que, en segundo lugar, se divide entre ganancia e intereses (además de la renta de la tierra). Esto no hay que imaginárselo como un proceso consecutivo: como si primero se produjera “el pastel” del producto social y después se repartiera. La distribución es sólo un momento del proceso de producción y comienza con la distribución de los medios de producción, que pertenecen en su totalidad a la clase capitalista. Marx ya lo detalla en la introducción a los *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)* (Vol. 1: 15-17): “La organización de la distribución está totalmente determinada por la organización de la producción. La distribución es ella misma un producto de la producción, [...] Pero antes de ser distribución de los productos, ella es: 1) distribución de los instrumentos de producción; 2) distribución de los miembros de la sociedad entre las distintas ramas de la producción”. Por lo tanto, también los procesos de crisis tienen que situarse en el proceso de producción y no en la distribución.

Marx resume esta conclusión de la siguiente manera en el tercer tomo de *El capital*, en el pasaje sobre las crisis capitalistas, pasaje que probablemente sea el que con más frecuencia se ha citado: “Las condiciones de la explotación directa y las de su realización no son idénticas. Divergen no sólo en cuanto a tiempo y lugar, sino también conceptualmente. Unas sólo están limitadas por la fuerza productiva de la sociedad, mientras que las otras sólo lo están por la proporcionalidad entre los diversos ramos de la producción y por la capacidad de consumo de la sociedad. Pero esta capacidad no está determinada por la fuerza absoluta de producción ni por la capacidad absoluta de consumo, sino por la capacidad de consumo sobre la base de relaciones antagónicas de distribución, que reduce el consumo de la gran masa de la sociedad a un mínimo solamente modificable dentro de límites más o menos estrechos. Además está limitada por el impulso de acumular, de acrecentar el capital y producir plusvalor en escala ampliada. Esto es una ley para la producción capitalista” (Marx, *El capital*, Tomo III, Vol. 6: 313-314).

Así que, por un lado, el capital ejerce presión sobre los ingresos populares¹⁰ con el fin de aumentar las ganancias a costa de los sueldos y salarios y, por otro, los mismos capitalistas necesitan a los trabajadores como consumidores de las mercancías, pues de otra manera no las podrían vender. “Cada capitalista [...] desea reducir al máximo [...] [el] salario [del obrero]. Desea, naturalmente, que los obreros de los demás capitalistas consuman la mayor cantidad posible de sus propias mercancías. Pero la relación entre cada capitalista y sus obreros es la relación en general entre el capital y el trabajo, la relación esencial” (Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)*, Vol. 1: 373). Es decir, en las condiciones de la producción de ganancias la fuerza productiva y la fuerza de consumo entran en contradicción.

En el pasado este hecho fue motivo de enardecidas controversias en torno a las teorías sobre las crisis, dado que puede enfatizarse la insuficiente fuerza de consumo. En consecuencia, la teoría del subconsumo aboga por una política dirigida a aumentar la demanda para que se pueda superar la crisis. Y es este enfoque teórico el que tiene una larga tradición, precisamente, en el movimiento obrero reformista y en los sindicatos. No obstante, según Marx (*El capital*, Tomo II, Vol. 5: 502), “decir que las crisis provienen de la falta de un consumo en condiciones de pagar [...] es incurrir en una tautología cabal. El sistema capitalista no conoce otros tipos de consumo que los que pueden pagar [...] Pero si se quiere dar a esta tautología una apariencia de fundamentación profunda diciendo que la clase obrera recibe una parte demasiado exigua de su propio producto, y que por ende el mal se remediaría no bien recibiera aquélla una fracción mayor de dicho producto, no bien aumentara su salario, pues, bastará con observar que invariablemente las crisis son preparadas por un periodo en que el salario sube de manera general [...] Parece, pues, que la producción capitalista implica condiciones que no dependen de la buena o mala voluntad, condiciones que sólo toleran momentáneamente esa prosperidad relativa de la clase obrera, y siempre en calidad de ave de las tormentas, anunciadora de la crisis”.

También en la crisis financiera actual nos vemos confrontados con argumentos de esta índole. Los sindicatos y los economistas keynesianos criti-

10 Masseneinkommen, la suma de sueldos y salarios (Nota de la T.).

can la política de austeridad con sus recortes de salarios y pensiones, mermas en el sistema social, aunados a mayores impuestos sobre los ingresos populares, aumentos de tarifas, etcétera, sobre todo porque así se contrae la demanda solvente. La crisis, o por lo menos su prolongación, es una consecuencia de la política de austeridad, esto es, del subconsumo forzado. La crisis se intensifica de forma procíclica, lo que en muchos aspectos es comparable con las medidas basadas en el Consenso de Washington de la década de 1980, que se utilizaban en la crisis de la deuda en esos años en el tercer mundo. Jörg Asmussen, integrante de la junta directiva del Banco Central Europeo (BCE), ha puntualizado que, además del BCE y la Comisión de la Unión Europea, se recurrió al Fondo Monetario Internacional (FMI) para formar la “troika”, ya que se partía de que contaba con la pericia para recuperar la capacidad de pago de los países endeudados mediante la aplicación de medidas brutales de austeridad. En la crisis financiera la coerción fáctica del dinero se convierte en el *octroi* político y donde se despoja al pueblo de sus derechos soberanos ya no hay democracia. Así queda demostrado, en primer lugar, que las crisis económicas tienen extensas consecuencias políticas y, en segundo, que en la crisis las contradicciones detonantes se regulan de tal manera que la relación fundamental de la dominación del capital sobre el trabajo asalariado se conserva, aunque -desde una perspectiva técnica- el incremento de la demanda sería razonable en términos de política económica.

El verdadero límite del capital es el propio capital

También podemos enfocarnos en la sobreproducción. De la teoría de la sobreproducción deriva la exigencia de regular las inversiones. Sin embargo, en cada uno de los dos enfoques se subraya sólo un lado de una contradicción, sin comprender su movimiento como parte de la acumulación de capital. “Expresada de una manera totalmente general, la contradicción consiste en que”, dice Marx (*El capital*, Tomo III, Vol. 6: 320), “el modo capitalista de producción implica una tendencia al desarrollo absoluto de las fuerzas productivas [...]; mientras que, por otra parte, tiene como finalidad la conservación del valor de capital existente y su valorización en medida extrema [...]. Su carácter específico está orientado hacia el valor existente de capital en cuanto medio para la mayor valorización

posible de este valor. Los métodos mediante los cuales lo logra incluyen: disminución de la tasa de ganancia, desvalorización del capital ya existente y desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo a expensas de las fuerzas productivas ya producidas”. Pero la “desvalorización periódica del capital ya existente [...] es un medio inmanente al modo capitalista de producción “para contener la baja en la tasa de ganancia y para acelerar la acumulación de valor de capital mediante la formación de capital nuevo” (ibid.: 320). Si bien con ello se perturban “las condiciones dadas dentro de las cuales se lleva el cabo el proceso de circulación y reproducción del capital [...] la producción capitalista tiende constantemente a superar estos límites que le son inmanentes, pero sólo lo consigue en virtud de medios que vuelven a alzar ante ella esos mismos límites, en escala aun más formidable” (ibid.: 320-321).

De ahí que las crisis sean a la vez agudizaciones de las contradicciones inmanentes a la producción capitalista, ajuste temporal precisamente en estos procesos de crisis y gestación de una nueva fase de acumulación, que culmina como agudización marcada por la crisis. De este modo también se explican los altibajos cíclicos del proceso de producción, en los que la duración de un ciclo está determinada ante todo por los tiempos de amortización del capital fijo.

Marx (ibid.: 321) resume: “El verdadero límite de la producción capitalista lo es el propio capital, es éste: que el capital y su autovalorización aparece como punto de partida y punto terminal, como motivo y objetivo de la producción; que la producción sólo es producción para el capital, y no a la inversa, que los medios de producción son meros medios para un desenvolvimiento constantemente ampliado del proceso vital, en beneficio de la sociedad de los productores. Los límites dentro de los cuales únicamente puede moverse la conservación y valorización del valor de capital, las que se basan en la expropiación y empobrecimiento de la gran masa de los productores, esos límites entran, por ello, constantemente en contradicción con los métodos de producción que debe emplear el capital para su objetivo, y que apuntan hacia un aumento ilimitado de la producción, hacia la producción como fin en sí mismo, hacia un desarrollo incondicional de las fuerzas productivas sociales del trabajo. El medio -desarrollo incondicional de las fuerzas productivas sociales- entra en constante conflicto con el objetivo limitado, el de la valorización del capital existente. Por ello, si

el modo capitalista de producción es un medio histórico para desarrollar la fuerza productiva material y crear el mercado mundial que le corresponde, es al mismo tiempo la constante contradicción entre esta su misión histórica y las relaciones sociales de producción correspondientes a dicho modo de producción”.

Ahora bien, en el curso del desarrollo capitalista hubo crisis graves y menos graves. Se puede distinguir entre crisis coyunturales “pequeñas”, ciclos largos, “grandes” rupturas estructurales y transformaciones sociales; entre crisis dentro del modo de producción capitalista y crisis del modo de producción. Por un lado, las crisis son destructivas. En su curso se aniquila capital, se pierden empleos, los ingresos populares disminuyen. Porque una “sobrepducción de capital jamás significa otra cosa que una sobrepducción de medios de producción -medios de trabajo y medios de subsistencia- que puedan actuar como capital [...] No constituye una contradicción el que esta sobrepducción de capital esté acompañada por una sobrepoblación relativa más o menos grande. Las mismas circunstancias que han elevado la fuerza productiva del trabajo, aumentado la masa de los productos mercantiles, expandido los mercados, acelerado la acumulación del capital, tanto respecto a su masa como a su valor, y rebajado la tasa de ganancia, las mismas circunstancias han generado una sobrepoblación relativa y la generan constantemente, una sobrepoblación de obreros que el capital excedente no emplea a causa del bajo grado de explotación del trabajo con el cual únicamente podría empleársela, o cuando menos a causa de la baja tasa de ganancia que arrojaría en caso de un grado de explotación dado. Si se envía capital al exterior, ello no ocurre porque sea absolutamente imposible ocuparlo en el interior. Sucede porque en el exterior puede ocupárselo con una tasa más elevada de ganancia” (ibid.: 328-329).

No obstante, las crisis son al mismo tiempo una especie de “fuente de la juventud”, puesto que en ellas se preparan las condiciones para un nuevo auge de la acumulación, el requisito para que pueda aumentar la tasa de ganancia. En el curso de la historia eso sucedió con frecuencia cuando se modificaba la distribución de la renta en detrimento de los asalariados y se buscaba redistribuir el poder político en favor del capital. O sea, sin las crisis destructivas no habría una renovación del capitalismo, ni una reproducción de la relación capitalista. Por ende, las crisis son todo menos los precursores de un colapso. Para que éste ocurra, habría que esperar hasta

que la tierra caiga en el sol, como solía decir Rosa Luxemburg. Las crisis, sobre todo si en ellas se socavan las bases de la vida de la humanidad -como en el caso de la actual crisis alimentaria y del cambio climático, a causa del régimen de producción y consumo capitalistas- son un memento; el futuro del capitalismo es tenebroso y la búsqueda de alternativas sociales, urgente.

5. Un sistema que socava los “manantiales de toda riqueza”: la tierra y el trabajador

En la “competencia de los sistemas”, después de la Segunda Guerra Mundial, el alto crecimiento económico fue la consigna indiscutida de la política económica y, por cierto, en las dos partes del mundo dividido; en la República Federal de Alemania quedó plasmada de manera explícita en la Ley de Estabilidad y Crecimiento de 1967. Las crisis parecían pertenecer al pasado y el “milagro económico” cautivó a la gente. Y también después del fin del socialismo realmente existente, en los tiempos de la globalización y del neoliberalismo, la “pericia científica” invoca el crecimiento; y en cada declaración del gobierno se promete más y mayor crecimiento, y además verde y nuevo, dinámico o sostenible. En Brasil el gobierno acordó un “Pacto de Aceleración del Crecimiento” y en Alemania el parlamento federal (*Bundestag*) aprobó una “Ley de Aceleración del Crecimiento”. Del crecimiento económico se espera, asimismo, que provea la forma para superar la actual crisis financiera, porque debería ser posible crecer y dejar atrás las deudas a partir de este mismo crecimiento.

No obstante, *en primer lugar*, esto sólo podría lograrse con tasas reales de crecimiento más altas que los intereses por pagar. Pero eso no ha sucedido desde que se liberalizaron los mercados financieros en la década de 1970. A los actores de los mercados financieros se les han otorgado todas las libertades para hacer subir los rendimientos e intereses. *En segundo lugar*, el crecimiento se logra sólo cuando se consumen cada vez más recursos, sobre todo energía fósil, lo que perjudica gravemente a todos los ecosistemas.

En los primeros años de la década de 1960, esto ya había sido tema de la novela de suspenso ecológico *Primavera silenciosa*, de Rachel Carlson. Sin embargo, se quedó más bien en un solitario grito de advertencia en contra de las destrucciones ecológicas, las que no han disminuido en las cinco décadas que han pasado desde entonces. Hoy en día, la información sobre las destrucciones de la naturaleza llena a diario los noticieros de la televisión en todas partes del mundo. La combustión de fuentes de energía fósiles conlleva consecuencias dramáticas para el clima del planeta. Los cambios climáticos provocan que se derritan los mantos glaciares de los Polos y de

las altas montañas, se inundan los litorales marinos y las regiones boscosas se convierten en sabanas secas, y a veces incluso en desiertos. Los informes del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC, por sus siglas en inglés) incluyen cálculos que demuestran que las consecuencias de los cambios climáticos no sólo son desastrosas, sino también caras.

En la teoría económica de las décadas del crecimiento las cargas impuestas a la naturaleza se abordaron como “efectos externos”, que ante todo despertaron interés porque cuestionaban la supuesta racionalidad del sistema de precios en los mercados, ya que al calcular las señales de mercado de los precios no se consideraban todos los costos. Sólo algunos pocos economistas críticos reconocieron que la contaminación y la destrucción del medio ambiente se cargan a la sociedad en forma de “costos sociales del sector privado”. En el mejor de los casos, los efectos de los desbordamientos o *spillovers* ecológicos se calcularon con base en un “análisis de costo-beneficio” del crecimiento. El resultado de estos cálculos fue siempre aterrador: los recursos naturales consumidos en el proceso de acumulación de capital exceden el incremento de los valores de uso, el cual sirve para satisfacer las necesidades. En vez de que aumente la riqueza de las naciones, crecen sus carencias. Ésta es una de las razones por las que surgió un movimiento ambiental global y, en consecuencia, desde la década de 1970, también los economistas han considerado en mayor medida los problemas ecológicos. Entretanto se han constituido comisiones que estudian los límites y los costos del crecimiento, y que elaboran propuestas para métodos alternativos de medición del crecimiento.

De igual forma no deben desestimarse las cuestiones ecológicas al leer a Marx, toda vez que él ya había ahondado desde sus escritos de la década de 1840 en el metabolismo entre el hombre y la naturaleza. Pues si hay razones para dudar de que podamos seguir dándonos el lujo de consumir la naturaleza tal y como lo hemos hecho en el pasado, sin arriesgar el colapso del sistema climático y sin dañar la biodiversidad de tal manera que pudiese bloquearse la evolución de toda forma de vida, debe considerarse la relación social con la naturaleza en cada análisis de las contradicciones del proceso de acumulación capitalista.

La cuestión de la naturaleza en la obra de Marx o el metabolismo social

Por lo general, en la década de 1960 el interés en torno a lo que Marx tenía que decir sobre la cuestión de la naturaleza no fue tan grande como aquel que atañe a la apropiación de las categorías para analizar la dinámica de acumulación en el sistema mundial capitalista y las luchas de clases. Menos de medio siglo después la “cuestión de la naturaleza” ya no es una inquietud, sino una alerta roja que nos hace sobresaltarnos desde nuestra cómoda ignorancia frente a la naturaleza.

Ya en su tiempo Marx había identificado claramente las causas: el modo de producción capitalista industrial a gran escala le exige demasiado tanto a la naturaleza como al hombre. Un quehacer económico sostenible, un concepto que surgió a principios del siglo XIX en la silvicultura prusiana, es imposible en una sociedad capitalista porque los actores, las “máscaras” del capital que asumen las personas que sostienen el proceso de acumulación, obedecen -quieran o no- a la racionalidad económica de la ganancia y no a las condiciones de la naturaleza tanto viva como inerte, así como a las reglas de la reproducción social.

Las ganancias, que los actores de la sociedad capitalista tienen que aumentar, son contabilizadas como *returns to capital* (rendimiento del capital) como se les llama con gran precisión en inglés. La ganancia “regresa” al capital, de ahí que el ciclo del capital reversible tenga que darse en forma de espiral con el fin de satisfacer sus propios criterios de racionalidad.

No obstante, esta lógica de la ganancia no es la de la naturaleza: en ella todos los procesos son unidireccionales y, por principio, irreversibles. Esto lo tiene que aceptar incluso el capitalista más “codicioso”, aunque le cueste. Pues el ciclo del capital tiene dos aspectos: el de la espiral infinita del valor, calculada en dinero, y el aspecto material y energético. Los valores de uso, desde el pan hasta el barril de petróleo, se producen, luego se consumen y quedan los desechos. Éste es el metabolismo de todas las actividades en la relación del ser humano con la naturaleza. Los hidrocarburos, una vez liberados con el uso de la energía fósil, circulan en y entre las esferas del planeta Tierra en forma de gases de efecto invernadero, y nos hacen sudar bastante.

Los ciclos naturales y económicos son igualmente significativos para las condiciones sociales de la existencia, para la producción y el consumo.

Mientras que las teorías económicas con orientación termodinámica analizan los procesos materiales -esto es, concentrándose en el aspecto del valor de uso y del trabajo concreto en el proceso laboral-, tanto la teoría económica keynesiana como la neoliberal priorizan las transformaciones de valor y los movimientos de precios. O sea, consideran, ante todo, el aspecto del valor de cambio, el trabajo abstracto en el proceso de valorización. Es por eso que el enfoque marxiano es único en el sentido de que, a diferencia de la termodinámica o del keynesianismo y de la economía neoclásica, hace hincapié en los *dos aspectos* y sus contradicciones, y es capaz de analizarlos. El “punto-eje” de la economía política, como lo llamaba Marx; es decir, la dualidad de la mercancía en tanto valor de uso y valor de cambio, así como la dualidad del trabajo en tanto trabajo concreto y abstracto, se revela ahora como una llave para comprender mejor la relación social con la naturaleza.

Las fuerzas destructivas del capitalismo

Esos se pone de manifiesto ante todo en la agricultura, cuando se practica de forma capitalista y en gran escala. Marx, el teórico del proletariado, lo vio claramente. No cayó en el romanticismo de la pequeña propiedad y del idilio bucólico del campo, como tantos otros críticos románticos de la industria, también aquéllos del ámbito neoliberal. Marx (*El capital*, Tomo III, Vol. 8: 1034) apunta: “La gran industria y la agricultura industrialmente explotada en gran escala operan en forma conjunta. Si en un principio se distinguen por el hecho de que la primera devasta y arruina más la fuerza de trabajo y, por ende, la fuerza natural del hombre mientras que la segunda depreda de forma más directa la fuerza natural del suelo, en el curso ulterior de los sucesos ambas se estrechan la mano, puesto que el sistema industrial rural también extenua a los obreros, mientras que la industria y el comercio, por su parte, procuran a la agricultura los medios para el agotamiento del suelo”, ya que, como él mismo sigue explicando en otro lugar, “la producción capitalista [...] no desarrolla la técnica y la combinación del proceso social de producción sino socavando, al mismo tiempo, los dos manantiales de toda riqueza: la tierra y el trabajador” (ibid.: Tomo I, Vol. 2: 612-613).

Así que Marx en absoluto fue el “fetichista de las fuerzas productivas”, como a menudo lo tildan, entre otros, los economistas ecológicos (quienes

no siempre le han echado un vistazo a la obra marxiana). Marx reparó en el impacto destructivo de las fuerzas productivas; o sea, no sólo en la destrucción de capital, de puestos de trabajo y de ingresos en el curso del ciclo de las crisis capitalistas, sino también en la devastación de la naturaleza por el mercado indomado, “desincrustado” como señala, refiriéndose a Marx, el historiador económico Karl Polanyi (1978).

La subsunción del trabajo (y, podemos añadir, de las condiciones naturales de la producción y del consumo) al régimen del capital abre posibilidades antes desconocidas en cuanto al aumento de la productividad del trabajo. “En la misma medida en que la industria avanza, esa barrera natural retrocede”, así lo resume Marx en *El capital* (ibid.: 624). De ahí que la producción del excedente en su forma social de ganancia eluda los límites que ponen las energías bióticas y, por ende, el régimen natural de espacio y tiempo. Para que eso sea posible, se están desarrollando las técnicas pertinentes, que cambian a un ritmo jamás visto en la historia humana, pues tienen que ir al paso de la dinámica de la acumulación. A diferencia de lo que sucedió en la historia precapitalista y preindustrial, ahora las innovaciones se convierten en la norma. Así se gesta aquella “revolución social” que alcanzaría su apogeo y final circunstancial en la segunda mitad del siglo XX con la “muerte del campesinado”, como destaca el historiador marxista Hobsbawm (1995), en su ya clásica obra *Historia del siglo XX*. La revolución industrial triunfa con la aniquilación de aquella clase que había surgido hace alrededor de 6,000 años con la revolución neolítica y que habría de definir la historia humana durante los siguientes milenios: el campesinado sedentario. Desde entonces toda cultura, también toda incultura, se ha originado a partir de la agricultura. Pero después de la “gran transformación” hacia la economía de mercado capitalista durante el siglo XVIII tardío, la cultura únicamente puede emanar de la industria capitalista. Incluso la labranza de la tierra se industrializa. “La Revolución industrial fue [...] el inicio de una revolución tan extremista y radical como todas las que habían enardecido el espíritu de los sectarios”, enfatiza Polanyi (1978: 68), para subrayar el carácter revolucionario de esta transformación social.

El resultado de la transformación de materias y energías, o sea, del “metabolismo social”, es la abundancia de los valores de uso que conforman la “riqueza de las naciones”. Ésta se produce en una forma social específica, es decir, como un “enorme cúmulo de mercancías”. Como vimos, con esta

afirmación inicia el primer tomo de *El capital*, en el cual el proceso de producción del capital, ante todo en tanto proceso social de la explotación de la fuerza de trabajo por el capital, ocupa un lugar central. Empero, una lectura cuidadosa puede y debe comprobar una y otra vez cuán importante es el metabolismo social, la relación social con la naturaleza, para la argumentación marxiana.

No es sino en una sociedad no-capitalista, comunista, donde Marx (*Manuscritos económico-filosóficos de 1844*: 142) ve la posibilidad de la “verdadera solución del conflicto que el hombre sostiene con la naturaleza y con el propio hombre”. De ahí que Marx quiera contestar la cuestión ecológica (hombre y naturaleza) y la correspondiente a lo social (hombre y hombre) interrelacionándolas, dado que el trabajo de los obreros transforma de manera concentrada y metódica la naturaleza en pos de la satisfacción de las necesidades humanas. Con el trabajo que gasta, el trabajador o la trabajadora cambian en lo individual, y debido a que el trabajo siempre se realiza dentro de un sistema con división del trabajo, cambia también el colectivo social y su cultura.

En un principio las barreras naturales retroceden y después regresan

Desde el advenimiento del capitalismo industrial los conflictos sociales han demostrado que la autonomización frente a los intereses sociales no pasa de un cierto límite histórica y culturalmente determinado. El Estado social o de bienestar fue una respuesta a eso, algo que la clase trabajadora le arrancó a las clases dominantes mediante sus luchas y que ha caracterizado la historia social del siglo XX y hasta los inicios del siglo XXI. Sin embargo, también las barreras naturales que al principio parecen “retroceder” reaparecen con una crudeza implacable, pues las energías fósiles y otras materias primas minerales y agrarias son limitadas, en algún momento se agotan. Y como hoy lo sabemos, también la capacidad de la naturaleza para cargar con los “excrementos” (Marx, *El capital*, Tomo I, Vol. 1: 248) del sistema industrial, en particular con las emisiones de los gases de efecto invernadero, es finita.

Es aquí donde se demuestra que en el capitalismo de hecho tuvo lugar una revolución en el curso de “la subsunción real del trabajo [y de la natu-

raleza (el autor)] en el capital” (ibid.: Tomo I, Vol. 2: 618): la transición de un régimen energético abierto, donde se aprovecha la radiación de la fuente energética externa e infinita del sol hacia un régimen energético cerrado y aislado, que encuentra su fuente de energía en la corteza terrestre en forma de hidrocarburos, cuyas existencias son limitadas. Hoy en día, en general se ha dado un proceso de concientización al respecto gracias al debate sobre el “pico petrolero” o punto culminante de la producción petrolera, que ya ha sido sobrepasado o muy pronto lo será. A la vez se trata de un régimen energético cerrado porque los gases de efecto invernadero, los productos de la combustión de los energéticos fósiles, se concentran en la atmósfera y dificultan la radiación de la energía térmica hacia el espacio, lo que nos depara el peligroso efecto invernadero, el cual es responsabilidad de los propios humanos.

La barrera natural, que al principio retrocedió conforme se iba desarrollando la revolución industrial y fósil, aparece posteriormente con toda su implacabilidad como crisis energética y climática, como destrucción de biotopos locales, como reducción de la biodiversidad, como fenómenos climáticos insólitos, como riesgos de salud. De ahí que el sistema energético tenga que abrirse nuevamente, pero, ¿cómo? Hubo un capitalismo preindustrial y prefósil, ¿pero cómo podría ser un capitalismo posindustrial y posfósil? Y una sociedad que vuelva a usar la energía solar, ¿sólo podría ser una sociedad socialista? La cuestión de la naturaleza, que en un principio parece ser inofensiva, resulta ser tanto una cuestión social como una cuestión política crucial, y ambas exigen la elaboración de respuestas.

6. Aceleración y expansión: cómo se da el acondicionamiento de espacio y tiempo en el capitalismo

Marx inicia el primer tomo de *El capital* con el análisis de la forma de la mercancía y lo concluye con el capítulo XXV sobre “La teoría moderna de la colonización”. Dado que compuso ese tomo como un “todo artificial”, es legítimo preguntar, por qué estableció un nexo desde la forma de las mercancías a las colonias; desde la derivación conceptual abstracta a la representación histórica concreta; y a las “teorías de la colonización”. En el breve último capítulo del primer tomo de *El capital*, Marx (Vol. 3: 967) expone algo muy crucial: “El modo capitalista de producción y de acumulación, y por ende también la *propiedad privada capitalista*, presuponen el aniquilamiento de la propiedad privada que se funda en el trabajo propio, esto es, la expropiación del trabajador”. De ahí que descifre la colonización como un método de expansión espacial del modo de producción capitalista mediante la expropiación de las personas que trabajan. En el espacio global ocurre aquello que antes, en el capítulo XXIV sobre la acumulación originaria, se había analizado como tendencia en el tiempo histórico: la subyugación de los tiempos y espacios a la dominación del capital, a la propiedad privada y su valorización, o sea, la expropiación de los trabajadores. Los capítulos XXIV y XXV del primer tomo muestran que -y de qué manera- el modo de producción capitalista se expande en lo temporal y espacial; es decir, mediante un proceso permanente de valorización.

El espacio no sólo se “produce” como lo han descubierto los geógrafos sociales, sino que -acorde con el carácter dual de toda producción en tanto que proceso de trabajo y de valorización- se valoriza y se transforma de manera sustantiva conforme a las condiciones históricas de la acumulación de capital. Es con la ayuda de la “coerción sorda” de las relaciones económicas; es decir, mediante “la coerción material del mercado” y en muchos casos también mediante la conquista colonial e imperial (incluso durante la colonización interna, sobre la cual escribió Rosa Luxemburg) -esto es, incluso usando el poder político y la violencia militar- cómo eso se concretó en la

historia del capitalismo. La expropiación del trabajador a causa de la privatización y del proceso de valorización capitalista de espacios públicos, así como de la subyugación al régimen de tiempo capitalista, ya había impuesto la lógica de la globalización mucho antes que la globalización histórica, misma que comenzó con la ola privatizadora y desreguladora en la década de 1970 y después del colapso del socialismo realmente existente, pudo hacer efectivo su poder.

Ahora entendemos el vínculo entre el primer y el último capítulo de *El capital*: la lógica del valor y de la valorización no es únicamente el resultado de la derivación conceptual, sino una tendencia histórica que se está imponiendo en todo el planeta. Es así como el modo de producción capitalista progresa en el tiempo y el espacio, adaptando estos últimos a sus condiciones de producción y apropiación de los más altos rendimientos financieros y ganancias industriales posibles. No obstante, también es cierto que tiempo y espacio son categorías de la naturaleza y de la sociedad, y que sus coordenadas determinan los ritmos de la vida y los horizontes de la existencia humana. Los ritmos capitalistas, específicos en cuanto a su forma, de una aceleración que transgrede todo límite natural, aunado a la perspectiva desde la cual el planeta Tierra sólo puede ser considerado como “una mina por explotar”, como dice Günther Anders, entran en contradicción con los vínculos naturales y las convenciones sociales, que se conciben como restricciones al afán de la valorización ilimitada. Surge un régimen tiempo-espacio sumamente contradictorio, una relación social con la naturaleza propia del capitalismo, que ha sido impugnada desde el principio. Puesto que estas luchas se dan por los tiempos y los espacios, los movimientos sociales también se conciben como “movimientos socioterritoriales”, cuyo objetivo consiste en la reapropiación del espacio y del tiempo, y su “reincrustación” en la sociedad en contra de las tendencias de expropiación y “desincrustación” fuera de la sociedad.

En torno a estas cuestiones también chocan los enfoques científicos: por ejemplo, una teoría del capitalismo consciente de los límites naturales y sociales de acumulación y de crecimiento, así como de la irreversibilidad de todas las transformaciones materiales y energéticas, entra en conflicto con la teoría económica liberal y neoliberal, cuyas sabidurías provienen de modelos que ignoran espacio y tiempo.

El delirio del crecimiento

En el tiempo, la aceleración es el principio determinante; y en el espacio, lo es la expansión, incluso en contra de las relaciones naturales y los patrones sociales de espacio-tiempo. Mediante la aceleración de todos los movimientos es posible “comprimir” el espacio y el tiempo para así incluir en la producción y circulación de los valores tanto los últimos rincones como los más cercanos. La aceleración conduce a un aumento significativo en la velocidad de todos los procesos, lo que a la vez permite reducir el tiempo de circulación del capital. Dado que de esta manera se acelera el reflujó de las ganancias, el mismo monto de capital puede invertirse varias veces en la misma unidad de tiempo. Con las “innovaciones financieras” del auge especulativo antes de que estallara la crisis financiera se pretendió, ante todo, acelerar de manera desmesurada las transacciones financieras, hasta que sobrevino el crac del sistema entero arrastrando todo consigo.

También en la “economía real” del trabajo y de la producción se impone el principio de la aceleración. En la misma unidad de tiempo pueden producirse más mercancías o la misma cantidad de mercancías en un menor tiempo, de ahí que la productividad del trabajo se incremente y, con ello, también “la riqueza de las naciones”. Según la doctrina clásica de la economía política de Adam Smith y David Ricardo eso es atribuible a la división profundizada y ampliada del trabajo, causada por la “mano invisible del mercado”, el cual, afirmaban, se expande en el curso de esta dinámica hasta convertirse en mercado mundial. Hasta hoy en día esta doctrina no ha perdido su atractivo. La aceleración se apodera también de la vida cotidiana, se vuelve un elemento dominante de la cultura; con el automóvil como símbolo rodante de la compresión espacio-tiempo.

En un sentido meramente cuantitativo, esta nueva dinámica del capitalismo se manifiesta en un aumento de las tasas medias de crecimiento económico sin precedentes en la historia de la humanidad. Hasta el fin del siglo XVIII el crecimiento económico real y per cápita ascendía anualmente a aproximadamente 0.2%, en primerísimo lugar a raíz del incremento poblacional y, en consecuencia, del aumento del volumen de trabajo. La subsistencia de la creciente población dependía, sobre todo, de que aumentara la producción agrícola, la que apenas había crecido en los tiempos preindustriales.

Para el cambio del milenio y por encargo de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), el estadístico noruego Angus Maddison (2001) emprendió el intento, que a primera vista parece ser un disparate, de calcular el crecimiento de la economía en todas las regiones del mundo durante los últimos 2,000 años después de Cristo, tomando como base comparativa los precios en dólares estadounidenses (US\$) de 1990 (Maddison, 2001). No obstante, los resultados del estudio son plausibles y, según éste, la población mundial creció del año 0 al año 1,000 solamente de 230.8 a 268.3 millones de personas. Asimismo, el producto interno bruto per cápita se estancó durante el primer milenio en cerca de US\$ 440 per cápita. En los siguientes 800 años el número de personas en el planeta aumentó a poco más de mil millones para el año 1820 y los ingresos per cápita llegaron a US\$ 667. Sin embargo, en los 178 años que transcurrieren de 1820 a 1998 la población mundial se multiplicó por seis y el ingreso medio global se multiplicó por nueve para llegar a US\$ 5,709 per cápita. Algo insignificante ante el crecimiento en Europa Occidental que se multiplicó por 27 (ingreso medio per cápita en el año 1998: US\$ 17,921) y por 39 en los Estados Unidos y Canadá (US\$ 26,146). En Asia (sin Japón) el promedio del ingreso per cápita asciende a apenas un poco más de una décima parte (US\$ 2,936) de las cifras registradas en los Estados Unidos y Canadá, y en África esa cifra llega a un escaso 5% (US\$ 1,368). La riqueza en el mundo crece, pero también la distribución inequitativa entre las personas en las diferentes regiones del mundo.

La aceleración y la expansión en contra de los ritmos de la naturaleza y la sociedad únicamente son posibles porque se explotan energías fósiles en vez de las energías bióticas de la flora, la fauna y del hombre, como se hacía anteriormente en toda la historia de la humanidad. La revolución industrial fue una revolución sociocultural, a la vez que económica y de corte industrial-fósil; y gracias a esta tríada pudo ser tan contundente en la historia de los últimos dos siglos y medio. Pues, desde que se han impuesto los métodos de producción de la sociedad industrial moderna, el crecimiento ya no depende principalmente del abasto de la mano de obra, sino del aumento de la productividad del trabajo. Es cuando la aceleración en el tiempo y la expansión en el espacio rompen los límites de los horizontes humanos. La energía fósil tiene una composición más “densa” que el flujo de energía solar, que llega en forma “difusa” a la superficie de la tierra.

A cada trabajador vivo se le asignan ahora cientos de “esclavos energéticos” o “caballos de fuerza”, como escribe Hans-Peter Dürr, lo que hace que su vida sea cómoda. No obstante, las personas tienen que acostumbrarse al nuevo régimen capitalista espacio-tiempo. Antes que nada, tienen que aprender a aceptar el nuevo régimen de tiempo en tanto aceleración en las manufacturas y fábricas, así como la privatización de los espacios, lo que de ninguna manera fue ni es algo natural. ¿Acaso Goethe o Heine hubieran emprendido sus viajes a Italia -adonde viajaron en carruaje y escribían sus diarios, reflexiones y poemas en el camino- también con Ryanair? Resulta difícil imaginarse que Goethe hubiera redactado sus *Elegías romanas* en el aeropuerto de Fráncfort-Hahn antes de presentarse en el mostrador de esa aerolínea.

Las luchas por los tiempos y los conflictos socioterritoriales

La hegemonía sobre el tiempo de trabajo fue objeto de luchas de clases encarnizadas y arduas que duraron décadas. Friedrich Engels la comenta cuando en Inglaterra un tribunal revoca, en el año 1850, la limitación de la jornada laboral a diez horas promulgada en 1847 (MEW 7: 226-243).¹¹

También Marx dedica en *El capital* (Tomo I, Vol. 1: 277-365) un largo capítulo a las luchas por el tiempo de trabajo. Los historiadores E. P. Thompson y Eric Hobsbawm ven en estas disputas y luchas -por cierto de manera similar a como lo hace Engels en los artículos citados- “escuelas” donde la joven clase trabajadora británica aprende su conciencia de clase. Las luchas por la jornada laboral y la estructuración de ésta siguen vigentes.

Los conflictos en el tiempo y el espacio pueden interpretarse con base en la distinción que hace Fernand Braudel entre una historia de aconteci-

11 Se trata de dos artículos de Friedrich Engels: “Die Zehnstundenfrage” [La cuestión de la jornada de diez horas], publicado originalmente en inglés en *The Democratic Review* en marzo de 1850 y “Die englische Zehnstundenbill” [La ley inglesa sobre la jornada de diez horas], publicado en *Neue Rheinische Zeitung. Politisch-ökonomische Revue*, cuaderno IV, abril de 1850 (Nota de la T.).

mientos de corto aliento, la historia de coyunturas, y una historia de larga duración que abarca varios siglos. El régimen energético es de larga duración pero no es eterno, dado que las tasas de extracción de la energía solar almacenada en forma fósil son desproporcionadamente más altas que las tasas de regeneración de las energías fósiles. Puesto que desde la revolución industrial-fósil la economía está creciendo de forma acelerada y la acumulación en el espacio es muy expansiva, sus existencias se merman, además de que son *ordeñadas* por, cada vez más, consumidores de energía en el espacio global. Cuando se queman las reservas fósiles, el carbono fijado en ellas es liberado como dióxido de carbono y produce los efectos climáticos que conocemos. De ahí que las existencias energéticas fósiles se agoten poco a poco y afecten de forma insostenible sobre todo la atmósfera del planeta. Aquí se evidencia cómo los diferentes regímenes de tiempo -la formación de yacimientos fósiles y su explotación para usarlos como combustibles, así como los lentos tiempos de reacción de la atmósfera a los contaminantes- entran en conflicto entre sí; y cómo compiten los usos del espacio; esto es, por utilizar la atmósfera como depósito de gases de efecto invernadero o como aire para respirar.

Esta situación desencadena, por un lado, confrontaciones sociales en la vida cotidiana dentro de la historia de acontecimientos con un alcance local, regional y nacional. Pero, por otro, surgen también conflictos globales geopolíticos de larga duración (*longue durée*, Braudel). El régimen energético fósil pertenece a las infraestructuras históricas que determinan tanto la historia de la sociedad como las biografías de sus integrantes. Al respecto escribe Braudel (1977: 173): “Obstruyen la historia, la entorpecen” y “se presentan como límites [...] de los que el hombre y sus experiencias no pueden emanciparse. [...] también los encuadramientos mentales representan prisiones de larga duración”. Así que puede suceder que las estructuras constituidas a largo plazo obstruyan los cambios necesarios, es decir, la salida de la “caja de la sumisión”. Esto es una cuestión del poder político y económico, como lo evidencia la infraestructura cimentada de *longue durée* del capitalismo fosilista cuyos representantes con sus “encuadramientos mentales” están atrapados en ella y hacen todo para no tener que renunciar a ella.

Empero, con eso se perfilan los conflictos en las historias de las coyunturas y los acontecimientos. Si nos aferramos al régimen energético fósil, o sea, a la infraestructura de *longue durée*, a la economía de la velocidad,

tenemos que garantizar el abastecimiento con combustibles fósiles. Pero las reservas son finitas y se concentran en determinadas regiones del mundo, al igual que los impactos del cambio climático varían por zonas. Es inevitable que en el orden del día aparezcan los conflictos geopolíticos por los territorios, los cuales podrán solucionarse únicamente si se cambian las estructuras de larga duración.

7. La formación de la fuerza de trabajo en el capitalismo

Hace casi medio siglo, en el año de 1961, la Federación Socialista Alemana de Estudiantes (SDS, por sus siglas en alemán) publicó su memorándum sobre la “La universidad en la democracia”. El mensaje: estudiar es una actividad importante y útil para la sociedad, por la cual no debe pagarse colegiatura sino que ha de financiarse con una remuneración estudiantil. Únicamente una formación universitaria autónoma y pagada posibilita la praxis crítica en la universidad y, posteriormente, en la profesión y la sociedad. De ahí que la universidad requiera una organización democrática y debe facilitarles a todos el acceso a los estudios universitarios. El conocimiento y la formación son bienes públicos y, en consecuencia, para todos; no debe permitirse que sean monopolizados por grupos de poder político o económico. En la democracia, ya terminaron los tiempos de los privilegios.

Si bien la SDS se disolvió aproximadamente una década más tarde, surgió un “movimiento de lectura de *El capital*” en un buen número de universidades en la entonces Alemania Occidental. Éste no sólo analizó la universidad en la democracia, sino también el lugar de la universidad en la sociedad capitalista, pues hubo que explicar por qué los objetivos sublimes del memorándum en torno a la universidad no se hicieron realidad. Por lo tanto, la *Crítica de la economía política* se extendió al llamado sector formativo, o sea, el estudio de *El capital* fue a la vez un análisis crítico de la institución donde se trabajaba como estudiante o docente. También era importante saber qué capacidades emancipadoras y políticas podían (y debían) desarrollar las y los maestros de educación primaria, secundaria y media superior, así como las y los docentes universitarios y, ante todo, las y los estudiantes en todos los niveles educativos, con el fin de comprender la sociedad y cambiarla en un sentido socialista (la mayoría de las veces entendido como no dogmático).

Pero después de varias décadas de hegemonía neoliberal, las universidades se encuentran menos receptivas a la crítica teórica y práctica que en los tiempos de la “generación del 68” y del primer movimiento de lectura

de *El capital*. Las universidades están más *capitalizadas* que en aquel entonces. La administración universitaria obedece a criterios empresariales de eficiencia, como si tuvieran que maximizarse los rendimientos de un fondo de alto riesgo en beneficio de los accionistas. Por tanto, no sorprende que uno que otro de los ejecutivos universitarios no sienta vergüenza de ejercer activamente como ideólogo del capitalismo en favor de un grupo de presión como la “Iniciativa nueva economía social de mercado”. El capitalismo moderno impulsado por el sector financiero tiene bien controlado el sistema educativo, incluidas las universidades. El cabildeo no conoce la vergüenza ni el decoro burgués.

Una nueva industria de comercialización educativa

Todo lo que rodea los estudios y la investigación es transformado en mercancía. Por ejemplo, las universidades politécnicas no pueden ofrecer programas de doctorado, aunque forman fuerzas de trabajo altamente calificadas en ciencia y tecnología con gran *employability* (empleabilidad) en la economía y la administración, pero se les niega el derecho de otorgar el doctorado, que sigue siendo el boleto de entrada a puestos directivos en el servicio público y a los escalones superiores de la carrera profesional y, por ende, es el camino predestinado para llegar al paraíso académico. Claro que sí es posible adquirir el título de doctor, por ejemplo, en una universidad británica, siempre y cuando se cubran las asignaturas respectivas y se presenten los exámenes estipulados en los acuerdos europeos de cooperación (proceso de Bolonia). Y, por supuesto, a cambio de altas colegiaturas que ascienden a unos 15 mil euros.

Adán es el mismo, con o sin título de doctor, pero Adán puede vender más cara su mercancía fuerza de trabajo en calidad de doctor Adán. Es redituable comercializarse y para que eso sea posible es necesario crear las condiciones generales, que permitan que tenga lugar el proceso de valorización; en este caso, la valorización lucrativa del doctorado en tanto mercancía certificada. Dado que aquí se generó un nuevo campo de negocios para las instituciones educativas que operan conforme a criterios capitalistas, además surgió enseguida el modelo de negocio correspondiente. No sólo se venden doctorados, sino que ahora se certifican las carreras universitarias, para lo cual se necesitan compañías certificadoras. A las universi-

dades se les aplica un ranking similar al de los títulos tóxicos, y para eso se necesitan agencias de calificación. La eficacia se mide, las citas textuales se contabilizan, todo a cambio de dinero contante y sonante que acaba en las arcas de una nueva industria de comercialización educativa.

El ciclo trágico del cerdo

También la formación de la capacidad de trabajo, de la mercancía fuerza de trabajo se comercializa, de ahí que en la década de 1960 surgiera la economía de la educación como una nueva ciencia. Mediante los llamados estudios *manpower* (estudios sobre la fuerza de trabajo) se pretendió apoyar la planificación educativa con el fin de adaptar la oferta de cualificaciones “producida” en las universidades a la demanda en el mercado laboral y poner a disposición una capacidad de trabajo que se ajustase a las condiciones económicas. En el ámbito internacional, la OCDE apoyó este enfoque. Es decir, el objetivo principal fue investigar con base en modelos macroeconómicos el desarrollo de la estructura de las cualificaciones y después incitar a las instituciones educativas a planificar su “producción” correspondiente. En las décadas de 1960 y 1970, en el occidente la planificación no fue nada que estuviera totalmente fuera de moda, como sí ocurrió después del viraje neoliberal y la caída de los sistemas de planificación en el socialismo realmente existente, sino que fue un instrumento de regulación estatal completa y ampliamente aceptado. Sin embargo, los intentos de regular el sistema educativo desde la macroeconomía fracasaron completamente, a pesar del pleno empleo.

Una razón, aunque no la única, fueron las condiciones de producción de la cualificación, semejantes a las de la cría de cerdos, investigadas por el economista agrario Arthur Hanau en 1927. Aplicado al sistema educativo, el modelo del “ciclo del cerdo de Hanau” postula: muchos cerdos en el mercado llevan a la caída del precio de la carne de cerdo. Por ende, en los siguientes periodos se crían y comercializan menos cerdos porque no es lucrativo. El precio de los cerdos sube y los futuros criadores de cerdos reaccionan de manera muy racional a esta señal, cebando otra vez más lechones. Algo similar ocurre con la sobreoferta de maestros o médicos o con la sobreoferta de académicos en general, sólo que estos “ciclos” duran más que los de la cría de cerdos y afectan la vida de las personas. El

estudiante individual que escoge su carrera universitaria actúa de forma completamente racional ante las señales del mercado, pero precisamente porque todos actúan de forma racional el resultado es socialmente irracional, un resultado trágico en el sentido clásico griego.

Cualificación y complejidad del trabajo

No obstante, dos aspectos del debate sobre la planificación educativa se han vuelto importantes. Han suscitado muchas controversias dentro del movimiento de lectura de *El capital* en la década de 1970, y precisamente en lo que concierne a la importancia de la estructura de las cualificaciones con miras a la rápida reconstrucción de las sociedades capitalistas después de la Segunda Guerra Mundial y al llamado problema de la reducción, que Marx plantea en el primer tomo de *El capital*.

Mientras que desde 2008 el capitalismo se encuentra en la crisis más profunda de su desarrollo, en los años de 1960 todavía brillaba el sol del “milagro económico alemán”. Empero, este brillo se eclipsó durante una pequeña crisis, con momentáneamente casi un millón de desempleados en los años de 1966-67. ¿Cómo debían interpretarse estas gotas de amargura en medio del regocijo por el milagro económico? En aquel entonces, el economista húngaro Franz Jánossy ofreció una explicación que gozó de una muy buena acogida entre un movimiento estudiantil sediento de análisis críticos: el desarrollo de la estructura de las cualificaciones de la fuerza de trabajo es, a la vez, el factor dinámico y el factor limitante del crecimiento. Mientras hay suficiente fuerza de trabajo cualificada disponible todo va viento en popa, pero cuando la estructura de las cualificaciones, incluidas sus reservas, se ha agotado las altas tasas de crecimiento ya no pueden lograrse, salvo que se invierta mucho más en la educación. Eso ofrecía una explicación cómoda en lo que atañe a los “milagros económicos”, su posible prolongación mediante ofertas educativas y su fin a mediados de la década de 1960. A la vez justificaba la gran importancia del sector formativo para la economía y la sociedad, y aportaba argumentos en favor de inversiones masivas en la educación. Así que con este enfoque se podían fundamentar bien las opciones estratégicas del movimiento estudiantil. Sin embargo, aquí se le atribuía un papel excesivamente importante al “aspecto de valor de uso” de la educación y uno demasiado pequeño al “aspecto del valor de cambio”.

La distinción marxiana entre valor y valor de uso, entre trabajo concreto y abstracto, trabajo cualificado y complejo evita eso. El supuesto básico parte de que los trabajos concretos no sólo son tan diferentes como lo son las profesiones y procesos laborales, sino que tampoco el trabajo abstracto es, en absoluto, homogéneo. Hay trabajo complejo que es considerado como “trabajo simple multiplicado” (Marx, *El capital*, Tomo I, Vol. 1: 54) y del cual ya nos ocupamos. En este sentido trabajo complejo es el trabajo que contiene más educación, trabajo que sólo puede realizarse después de haber adquirido muchos años de experiencia profesional, etcétera. No obstante, en el resultado del proceso de trabajo, o sea en el producto, los trabajos de diferente complejidad se equiparan; de otra manera, los productos de esos trabajos no serían intercambiables en el mercado: “Por más que una mercancía sea el producto del trabajo más complejo su valor la equipara al producto del trabajo simple” (ibid.: 55). El mercado homogeniza los trabajos no homogéneos “a espaldas” de las personas involucradas. Este “pase en diagonal” del trabajo concreto cualificado al trabajo abstracto complejo que produce valor es importante, ya que permite entender que la creación de capacidad de trabajo influye en la creación del valor económico.

El fetiche del capital humano

En el capitalismo moderno todo es valorizado y calculado en tanto capital: capital real, capital inmobiliario, capital natural, capital social y, en particular, capital humano. Que la educación produce “capital humano” atribuible a cada individuo, que -igual que el capital dinerario y productivo- podría generar un flujo de ingresos en forma de ganancias e intereses, llevó a Karl Marx (Vol. 1: 233) ya en los *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)* de 1857 a comentar que el concepto del capital humano tendría tanto sentido como señalar que “la sustancia del ojo es el capital de la vista, etc.”. Visto así, la educación es una inversión equiparable con la inversión en activos financieros o inmuebles.

El “capital humano” se establece como concepto en la “nueva” teoría del crecimiento, pese a que, de vez en cuando, hay uno u otro economista lamentando de que no es posible medir con exactitud el aporte de la educación al crecimiento económico o calcular el tamaño del capital humano. ¿Se debe a razones sistemáticas? Indudablemente. Es indiscutible que la

educación, la cualificación y la capacidad de las personas son imprescindibles para la producción de bienes y servicios en la “sociedad del conocimiento”. Pero que la educación sea una especie de inversión en el capital humano, eso sí es rebatible. En primer lugar, la educación individual (“mi capital humano”) en una sociedad con división de trabajo no es nada sin la educación de todos los demás. Lo que alguien sabe, lo sabe él o ella gracias a otros, todos son al mismo tiempo educadores y educandos. Por ende, la educación y el conocimiento son bienes públicos por excelencia, y no un capital individual que devenga ingresos por intereses a su propietario. Además, el ingreso de una persona difícilmente es atribuible a su capital humano, pues si así fuera no habría personas altamente cualificadas con un ingreso bastante bajo e ignorantes astutos, como los ya mal afamados banqueros con sus gratificaciones multimillonarias. Al fin y al cabo, al capitalista humano le es negado liquidar su capital humano e invertirlo como alternativa, por ejemplo, en fondos inmobiliarios. Si acaso puede emprender la “fuga de capital” y emigrar, pero eso no cuenta como movimiento de capital -las cuentas cifradas suizas no sirven-, sino que se trata de una migración en el mercado internacional de trabajo.

En el año 2004 los lingüistas eligieron “capital humano” como el “palabro del año”. El jurado justificó su elección con que “a los humanos se les degrada en general a variables reducidas al mero interés económico”. Correcto, sólo que la historia del “palabro 2004” ya se remonta a algunos siglos atrás. La larga historia de la palabra no la ennoblece, pues tergiversa las relaciones, enmascara la diferencia entre trabajo y capital, o sea, idiotiza. Pues, la *mercadización* es algo como una vorágine, donde naufraga el carácter social de la educación e, incluso, la democracia. Ahora hasta el especialista en derecho público y antiguo magistrado del Tribunal Constitucional Federal Alemán, el más bien conservador Ernst-Wolfgang Böckenförde, lo deplora. Él habla del “proliferante economicismo de las condiciones de vida [...] Fue ya hace más de 150 años cuando Karl Marx analizó esta lógica funcional y es imposible sustraerse de la actualidad de su pronóstico” (del diario alemán *Süddeutsche Zeitung* del 24 de abril de 2009). Por ende, Böckenförde aboga por un “contramodelo al capitalismo y su carácter inhumano” que ni podría realizarse dentro del Estado-nación ni dentro de una estatalidad mundial, pero sí en el marco de Europa. Aquí habla el especialista en derecho público; ya lo hemos citado en nuestra introducción.

Los científicos sociales críticos y aquellos que actualmente participan o han participado en 1968 en los “movimientos de lectura” de *El capital* de Marx saben que el Estado representa un campo donde tienen lugar las luchas de clases y los conflictos políticos; esto es, que los movimientos sociales intervienen en el análisis de las tendencias de crisis del presente y en el esbozo de un “contramodelo” al capitalismo.

Para llegar a esta conclusión, que es de suma importancia para la praxis política, hay que realizar un trabajo arduo, tanto en lo intelectual como de forma organizada en lo político. Ni las y los estudiantes ni sus colegas que no estudian están exentos de este trabajo. Habría que entrar con más detalle en este tema cuando se examine la trascendencia de la ciencia, la educación y la capacitación de cara al desarrollo de la conciencia de clase y los conflictos sociales.

8. Relaciones de género o “trabajo de tiempo parcial para todos” (con Dagmar Vinz)

¿Le dedicó Karl Marx atención a la cuestión de género o estaba sordo y ciego ante ella, como la mayoría de sus contemporáneos? En la lógica del desarrollo del concepto del capitalismo esta pregunta debe plantearse donde Marx analiza la producción y la reproducción de “esa mercancía peculiar, la fuerza de trabajo” (Marx, *El capital*, Tomo I, Vol. 1: 207). En los primeros tres capítulos de *El capital* Marx se ocupó de la mercancía individual entre el “populacho de mercancías” (ibid.: 71, 280), del proceso de intercambio entre las mercancías y del dinero. Ahora bien, el cuarto capítulo trata de la “Transformación de dinero en capital”. *El capital* no es una simple suma de dinero, sino una relación social que -esto lo expone Marx más adelante (sobre todo en el capítulo XXII)- se reproduce y continúa de larga duración en el proceso de acumulación. Pero en esta relación social, el trabajador (casi siempre pensado como una persona masculina) lleva su capacidad de trabajo al mercado, la vende y realiza un trabajo para el capitalista, quien la ha comprado por un tiempo determinado; esto es, trabajo para cumplir con el contrato laboral. También el capitalista está sujeto al contrato, aunque a menudo puede cuestionarse en qué medida cumple con los compromisos y condiciones contractuales. El cumplimiento del contrato laboral, a diferencia de lo que ocurre con el “populacho de mercancías” común, no tiene lugar en la esfera del mercado o de la circulación, donde una cosa, a saber la mercancía, es transferida mediante el pago de dinero al comprador, sino en el proceso de la producción donde se realiza el trabajo.

¿Qué es el valor de la capacidad de trabajo o de la fuerza de trabajo? El valor de la mercancía fuerza de trabajo se corresponde, lo mismo que el valor de otras mercancías, con los costos de reproducción. Desde luego, la fuerza de trabajo existe sólo como “capacidad” del individuo vivo; y, al fin y al cabo, éste es -simplemente por el proceso de reproducción del cual sale- un individuo social y no únicamente un individuo “individual”. Hay necesidades naturales e históricas y, en consecuencia, “por oposición a las demás mercancías, [...] la determinación del valor de la fuerza laboral encierra un elemento histórico y moral” (ibid.: 208). En la reproducción lo importante

es la familia y en ella actúan formas sociales que no han sido subsumidas del todo por la relación de capital y, por tanto, no están determinadas por ella. Es ahí donde todavía hay vida propia y libre albedrío; aquí el régimen de las manufacturas y las fábricas no tiene vigencia plena.

Además, añade Marx, “el propietario de la fuerza de trabajo es mortal. Por tanto, debiendo ser continua su presencia en el mercado -tal como lo presupone la continua transformación de dinero en capital-, el vendedor de la fuerza de trabajo habrá de perpetuarse [...] por medio de la procreación” (ibid.). Se deben gestar “sustitutos, esto es, [...] los hijos de los obreros” (ibid.), por lo que los costos educativos entran en el valor de la fuerza de trabajo. Aquí se manifiesta la importancia por antonomasia del trabajo doméstico para la reproducción social, y, al mismo tiempo, su aporte indirecto a la producción de plusvalor. Pues son los trabajadores quienes producen el plusvalor, porque el valor de su fuerza de trabajo es menor al valor del producto que fabrican. El hecho de que la fuerza de trabajo pueda cumplir con esta función en el proceso de producción del capital (en tiempos de Marx, sobre todo, en las fábricas) se debe, entre otros, al trabajo doméstico en la “esfera de la reproducción”.

Marx no plantea la pregunta por la forma en la que de hecho se “produce” la fuerza de trabajo, por lo que sucede en los hogares, cómo transcurren los procesos educativos, cómo se vinculan la racionalización capitalista de cocina, sexo y escuela con el libre albedrío y las tradiciones, y qué conflictos derivan de ello. Igual que muchos otros autores críticos del siglo XIX, Marx tenía la mirada puesta en la explotación específica de mujeres y niños en las fábricas (léase al respecto sus análisis en los capítulos VIII o XIII del primer tomo de *El capital*), pero a la esfera de la reproducción de la fuerza de trabajo la trató más bien como una “caja negra”. Su resultado -es decir, la fuerza de trabajo que se vende en el mercado- es importante, aunque no así la forma en que ésta se va gestando. De aquí que podía pasarse por alto el proceso de formación de la capacidad de trabajo, desde el nacimiento y el lavado de los pañales hasta la alimentación y la educación escolar.

No fue sino hasta que llegaron autoras como Mariarosa Dalla Costa, Claudia von Werlhof o Maria Mies que se arrojó luz sobre esta “caja negra”. Estas investigadoras, con sus planteamientos de un feminismo socialista o marxista, surgieron del movimiento estudiantil de izquierda, ligado teóricamente a Marx. La temprana discusión en el feminismo se encendió

cuando se planteó la pregunta acerca del trabajo doméstico, que había sido olvidado en la teoría marxiana del valor. Así, Mariarosa Dalla Costa y Selma James (1973) ampliaron la teoría del valor al sumarle el trabajo doméstico, mismo que consideraron productivo y que entraba en la formación de plusvalor. Entonces, el proceso capitalista de producción y explotación, la acumulación de capital y los conflictos de clases, en cierto modo, se amplían para incluir la esfera de la reproducción, en la que la capacidad de trabajo es formada por el trabajo doméstico que es, por lo general, femenino.

Por tanto, afirman que el trabajo doméstico asegura el aumento del plusvalor, a espaldas de la producción industrial, haciendo invisible el papel de la mujer en forma de trabajo familiar. Y, desde esta perspectiva, hay un reproche contra Marx por haberle negado al trabajo doméstico su valor productivo y porque dentro de su conceptualización no haya nada que contrarreste la desvalorización del trabajo femenino.

En consecuencia, Claudia von Werlhof habla del trabajo doméstico como el “punto ciego en la crítica de la economía política”. La idea de que el trabajo doméstico es, a fin de cuentas, productivo y que, por tanto, debe ser socialmente reconocido y remunerado, igual que el trabajo asalariado, empezó a incidir de cierta manera en lo político. El debate en torno al aporte del trabajo doméstico a la producción de plusvalor tenía un carácter bastante académico, pero agudizó la conciencia sobre el trabajo doméstico en tanto elemento constitutivo del trabajo en el capitalismo. Asimismo, alimentó la controversia en lo que se refiere a la *housewifization* del trabajo (domesticación del trabajo), el llamado “enfoque de Bielefeld” de Claudia von Werlhof, Maria Mies y Veronika Bennholdt-Thomsen (1983). La opresión de las mujeres se entiende aquí, haciendo referencia a la teoría de la acumulación de Rosa Luxemburg, como una continua acumulación originaria de capital. Las mujeres son consideradas como una “colonia interna” necesaria, sin la cual el desarrollo capitalista no sería posible. De esta manera, el “enfoque de Bielefeld” cuestiona la división de la sociedad en dos -burgueses y proletarios- y, en su lugar, parte de una estructura de explotados que comprende tres clases. Esta estructura abarca los grupos que no producen de manera capitalista: en primer lugar, las amas de casa en todo el mundo; en segundo, los agricultores de subsistencia de ambos sexos, sobre todo, en el tercer mundo; y, en tercero, el ejército de los marginalizados de sexo masculino y femenino, particularmente, en el tercer mundo.

En el análisis, Claudia von Werlhof señala que el trabajo y la producción no remunerados de estos grupos es la verdadera condición para que puedan tener lugar los procesos de valorización del capital y de acumulación. Lo problemático de este planteamiento es, sobre todo, que las “amas de casa en todo el mundo” son equiparadas con las otras dos categorías de explotados. Se dejan de lado las enormes diferencias en las formas de vida entre las amas de casa de las clases medias de occidente y el resto de las mujeres, y de los actores sociales en la producción de subsistencia. Lo mismo sucede con el hecho de que el concepto de ama de casa comprende un grupo social muy heterogéneo. En años recientes esta idea se retomó en el debate en torno a la “acumulación por desposesión” (Harvey, 2005). No obstante, eso se dio sin que se tuviera conocimiento del “enfoque de Bielefeld” ni se hiciera referencia a él y sin que se siguiera de manera más rigurosa la sistemática desarrollada por Rosa Luxemburg.

En sus conceptos para un feminismo socialista Frigga Haug (1996) partió de Marx pero llevándolo por nuevos rumbos, que quizá resulten más enriquecedores para las discusiones actuales que el “enfoque de Bielefeld” de la década de 1970. Haug escribe que la discriminación de las mujeres radica en la división de la sociedad en un sector productivo y otro improductivo. Si en esencia se produce algo que genera ganancias, entonces se dejan de lado todos los trabajos que no obedecen a la lógica económica de la expansión en el espacio y la aceleración en el tiempo (“el tiempo es dinero”), porque no se les puede racionalizar, automatizar ni acelerar sin más. Tampoco se les puede organizar fácilmente en forma de fábricas ni pueden mantenerse en el mercado. Exigen un gasto de tiempo extensivo sin la correspondiente creación de valor. La productividad mensurable es limitada. Ésta es la razón por la cual se les deja en manos de las mujeres, sin remuneración alguna, en lugar de organizarlos y realizarlos en una empresa capitalista. Entre estos trabajos, según Haug (1996: 117), figuran tanto el cuidado de las personas como el de la naturaleza: “Por su propia lógica, la mayor parte de las actividades agrícolas, lo mismo que el cuidado de los bosques y de la naturaleza, e incluso la crianza de los seres humanos, son incompatibles con la lógica de la reducción del tiempo”. Su conclusión es que existe una relación entre el saqueo de la naturaleza y sus recursos, y la expectativa -o la exigencia- de que las mujeres trabajen sin que se les pague por ello. Se les dificulta y, muchas veces, imposibilita el acceso al trabajo

remunerado. De ahí que la opresión de las mujeres siga vigente en la sociedad capitalista, pero sus formas se transforman de manera considerable en comparación con las relaciones no capitalistas o precapitalistas.

Retomando estas reflexiones, Teresa Brennan (2000) intentó hacer una reinterpretación de la teoría marxiana del valor. También ella ve una contradicción entre la velocidad artificial de la producción y los tiempos generativos de la reproducción natural. En nombre de la ganancia rápida, y a corto plazo, se aceleran los procesos de crecimiento de plantas y animales mediante la tecnología, cueste lo que cueste, aunque su valor de uso disminuya y pierdan sabor —si es que son utilizados como alimentos— o, incluso, aunque se ponga en riesgo la salud de las personas y los animales.

También la reproducción de la fuerza de trabajo humana, afirma, debe obedecer al imperativo de la aceleración: no obstante, según Brennan, los tiempos no se han reducido y condensado (¿todavía?), pese al uso de nuevas tecnologías en la medicina reproductiva ni se ha ahorrado dinero. Parece ser que aún es más sencillo importar fuerza de trabajo humana. Por ende, se sigue la lógica de la aceleración y expansión por medio de la migración laboral y la respectiva política reguladora. También la pobreza de las familias monoparentales refleja la tendencia social de mantener los costos reproductivos de la fuerza social lo más bajo posible. De aquí que Brennan remita al vínculo estructural entre la desigualdad social (género, raza, clase), la creciente pobreza a nivel mundial y la destrucción ecológica en el capitalismo moderno. Ella concibe todos estos procesos como uno solo, ya que considera tanto a la fuerza de trabajo humana como a las fuerzas de la naturaleza como fuentes energéticas que, al crear valor, entran en el proceso de producción.

Brennan formula explícitamente una ley de sustitución, según la cual la fuerza de trabajo humana y las fuentes naturales de energía pueden ser utilizadas de manera alternativa a la creación de valor añadido, y critica la objetivación de la naturaleza en la teoría marxiana. Empero, mientras que el capital tiene que sufragar con sueldos y salarios la restitución de la mercancía fuerza de trabajo, en los que inciden los sindicatos y las regulaciones del Estado social, pueden ignorarse los tiempos propios de la reproducción de la naturaleza, a la vez que puede acelerarse la economía “robándole el tiempo” a las reservas de materias primas de la tierra. Sin embargo, los movimientos ambientalistas defienden a la naturaleza y se ocupan de que

se impida la simple “externalización” de los daños ambientales y de que se proteja a la naturaleza. En la contradicción entre la aceleración económica artificial y los tiempos regenerativos propios del ser humano y la naturaleza se revela la crisis social y ecológica como una crisis de la modernidad capitalista.

Con la teoría crítica como telón de fondo, Nancy Fraser (2000) examina la relación entre clase y género. En la tradición marxiana la clase depende de la propiedad o no propiedad de los medios de producción: unos, los capitalistas, la tienen; otros, los proletarios, no la tienen. El antagonismo de clase que de ahí deriva podría aminorarse, aunque no superarse, mediante la redistribución (de medios de producción, de ingresos). De acuerdo con Nancy Fraser las mujeres son un grupo vulnerable por partida doble. Por un lado, son discriminadas económicamente dentro del mismo sistema económico a raíz de la división del trabajo por género que impetra. Esta estructura económica, dividida entre los empleos mejor pagados, dominados por hombres, y aquellos empleos femeninos peor o ni siquiera remunerados, debe superarse. Por otro lado, las mujeres tienen que lidiar con el escaso reconocimiento en la jerarquía del estatus social. Ejemplos de eso son la persistente menor remuneración de profesiones típicamente femeninas o la falta de reconocimiento del trabajo doméstico como trabajo útil y productivo. Aquí entra también la mayor apreciación de valores con connotación masculina, como el raciocinio, en contraposición con los valores con connotación femenina, como la emocionalidad. Cuando se usa el género como una manera de hacer distinciones relativas al estatus deben revalorizarse los *gender codes* o códigos de género androcéntricos. A diferencia de la redistribución en una sociedad de clases con el objetivo de lograr mayor igualdad, la realización de la equidad de género exige, además, una revolución cultural que forzosamente estaría acompañada de una mayor valoración de los trabajos, cualidades y valores con connotación femenina.

Éste es el punto de partida para las reflexiones de Nancy Fraser sobre la equidad de género en un Estado de bienestar postindustrial. Fraser (Fraser y Honneth, 2003) propone la figura de un *universal caregiver* o “cuidador universal”, que incluye comprometerse con el objetivo de la equidad de género y busca reivindicar, con base en las teorías de la justicia, la “paridad participativa”. El modelo del *universal caregiver* prevé una reducción general

de la jornada laboral normal a seis horas diarias para que ambos géneros puedan encargarse lo mismo del trabajo remunerado que del trabajo doméstico y de cuidado. Partiendo de un “trabajo de tiempo completo corto” se les facilitará a hombres y mujeres combinar esos dos ámbitos de vida. Según Fraser, éste es el modelo más convincente para emprender el camino hacia la equidad de género. Puesto que los hombres y las mujeres tienen patrones de vida y responsabilidades cada vez más similares, están dadas las condiciones para la “paridad participativa” que ella reivindica.

Frigga Haug postuló algo similar: si ya se está planteando el trabajo de tiempo parcial como un apoyo coyuntural, que sea entonces trabajo de tiempo parcial para todos, con la perspectiva de dividir el presupuesto de tiempo de manera equitativa y con base en una medida humana: “Una vez iniciado este movimiento, todos pueden dedicarse a probar una nueva jornada laboral. ¿Cómo sería si le pudiéramos dedicar sólo cuatro horas al trabajo remunerado convencional y cada quien pudiera disponer del tiempo libre ganado, en lugar de permitir que alguien más dispusiera de él unilateralmente? La vida es más que el trabajo remunerado: hay que desvalorizar su importancia. Compartir, depender unos de los otros es algo para lo que se necesita, en todo caso, más tiempo: digamos, tiempo para los niños, los ancianos, el prójimo, los amigos y para todo lo vivo que nos rodea y que cada vez se degrada más. Que no podamos desplazarnos nada más así tiene que ver con los límites político-económicos impuestos por las relaciones de capital: aún es posible obtener mayores ganancias si menos personas trabajan durante más tiempo y si consagran toda su vida a las competencias requeridas para lograr esas ganancias” (Haug, 2009).

En Alemania todavía estamos muy lejos de un modelo como el que proponen Nancy Fraser o Frigga Haug. Como muestran los estudios relativos a los presupuestos de tiempo, vemos que si bien es cierto que hombres y mujeres ocupan más o menos el mismo tiempo para dormir, comer, el aseo personal o para relaciones interpersonales y entretenimiento, hay diferencias significativas en lo que se refiere al trabajo remunerado y no remunerado. Las mujeres realizan en promedio seis horas más de trabajo no remunerado que los hombres y, al mismo tiempo, seis horas menos de trabajo remunerado o en actividades de educación continua. Las mujeres trabajan en promedio 43 horas por semana, la mayoría de las veces, sin remuneración. Los hombres trabajan en promedio un total de 42 horas por semana, casi siempre con remuneración (incluyendo los tiempos de traslado). Si se toma como base que el ingreso neto de la responsable

de la economía doméstica es de 7 euros por hora, entonces el valor total de la producción no remunerada en el hogar ascendió, conforme a los cálculos de un estudio sobre los presupuestos de tiempo en el año 2001, a 1,121 mil millones de euros. Es de suponerse que en el ínterin este monto no se ha reducido.

9. *¿Capitalismo o economía de mercado?* *Una vieja pregunta exige nuevas respuestas*

A lo largo de las crisis financiera y de deuda pública, la clase política ha caído en un apuro explicativo que estriba en que, por un lado, los partidos se reúnen detrás de la etiqueta programática de una “economía social de mercado” y, por otro, no pueden evitar nacionalizar bancos privados. Heiner Geissler ha suavizado un poco este apuro. Pues, usó el foro del congreso de Attac “¿Está acabado el capitalismo?”, que se celebró a principios de marzo de 2009 en Berlín, para oponerse al “capitalismo” y, al mismo tiempo, abogar por la economía de mercado, sobre todo cuando a la última se le agrega el adjetivo decorativo de “social” y “ecológica”. Entonces se puede seguir hablando de capital, de capital productivo y de capital dinerario, de capital natural y humano, de capital social y de capital del conocimiento, del capital cultural y del valor en capital de las buenas relaciones, sin establecer una relación social al usar el concepto del modo de producción capitalista ni poner en la mira teórica o incluir en el programa político la crisis del capitalismo en tanto crisis sistémica.

En la grave crisis actual, la legitimación del capitalismo como sistema social ha sufrido quebraduras y sus sacerdotes supremos, los economistas del neoliberalismo ideológico, han quedado en un gran ridículo. De ahí que sea mejor callarse en lo que al capitalismo se refiere para hablar en voz un tanto más alta de la economía de mercado. Heiner Geissler vuelve a hacer lo que hizo cuando fue secretario general de la Unión Cristianodemócrata (CDU, por sus siglas en alemán): adjudicarles un sentido positivo a ciertos conceptos (la economía de mercado) y estigmatizar de manera negativa a los demás (la avaricia capitalista), o hasta eliminarlos (el modo de producción capitalista) para así dominar los discursos ostentando una actitud señorial.

Distincuir entre capitalismo y economía de mercado abre la posibilidad de resucitar el capitalismo en la forma amable de la economía de mercado. El premio Nobel, Amartya Sen, definió en un artículo publicado en *Financial Times Deutschland* (19 de marzo de 2009) el capitalismo como “forzosamente dependiente de los mercados para el intercambio de mercancías”.

No son las relaciones de producción que ocupan el lugar central del análisis, sino las relaciones de intercambio. El intercambio exige una relación de confianza entre los que intervienen en el intercambio y cierta supervisión, ya que la fe en la autorregulación de la economía de mercado no está justificada. ¿Pero acaso es razonable renunciar al término de capitalismo y nada más hablar de la economía de mercado? El gran historiador francés, Fernand Braudel, opina que es lamentable cuando “se rechaza distinguir entre capitalismo y economía del mercado”, dado que “el capitalismo es la invención de un mundo desigual”, un “concepto ambiguo y controvertido” pero necesario para comprender la realidad económica, la que no puede captarse con el término economía de mercado. La palabra capitalismo se puede “expulsar, molesto, por la puerta, pero vuelve a entrar por la ventana”. Y, ¿por qué? Porque hay dos formas de intercambio: “aquel que se extiende por la vida material cotidiana en su conjunto”, como “nexo entre producción y consumo”, por así decirlo; y luego aquellos “intercambios desiguales” dentro de “largas cadenas mercantiles”, que desde siempre han generado “altas ganancias” y han facilitado la “acumulación de considerables sumas de capital”. De ahí que, según Braudel (1986), la especulación figure entre los pecados originales del *capitalismo*.

No obstante, este historiador francés considera que la desigualdad extrema en el capitalismo moderno se debe más bien a la especulación en los mercados globalizados y al intercambio desigual en largas cadenas mercantiles entre el centro, la semiperiferia y la periferia del sistema capitalista mundial, como expresión del antagonismo de clase entre el trabajo asalariado y el capital. Y lo que le interesa, más que los antagonismos en la esfera de la producción, son las contradicciones en la circulación y la explotación a causa del intercambio desigual. Eso también es el punto de partida de Immanuel Wallerstein (1979) para fundamentar así su teoría del sistema-mundo de intercambio desigual en los mercados. Los teóricos del sistema-mundo han sido muy criticados por poner la esfera de la circulación por encima de la esfera de la producción. Pues, aunque no nieguen el carácter capitalista del sistema-mundo, en gran parte dejan de lado las formas del trabajo y de la producción; es decir, lo específico del modo de producción. No obstante, Braudel subraya una y otra vez -y con razón- la importancia central de la “vida material cotidiana en su conjunto”, pero omite el análisis de la diferencia sistemática (y no sólo las diferencias histó-

ricas) entre las formas sociales en las que se basa la organización de la vida diaria material de las personas.

Sólo mediante la confrontación política podría llegarse a una economía de mercado social y ecológica

Con este trasfondo se revela el sentido de la afirmación de Walter Eucken, el teórico neoliberal más importante en Alemania, para quien el concepto del capitalismo es una “hipostatización” y lo que históricamente cuenta son las diferentes formas básicas “políticas relativas al orden económico”, idealmente típicas, de “libre economía de tráfico” y de “economía de planificación central”, así como sus formas mixtas, típicas en la realidad. Pero eso sólo reduce la perspectiva y ciega ante las contradicciones sociales y políticas. Y más aún si se piensa en una economía de mercado con dinero que únicamente puede hacer que circulen las mercancías, sin cumplir con una función central en una economía capitalista: o sea, servir de crédito para financiar inversiones y, por ende, proporcionarles a los poseedores de activos monetarios ingresos por intereses sin que intervenga el factor trabajo. Abstractar del carácter capitalista del modo de producción permite abstractar también el dinero del interés y, es más, del plusvalor producido por la mano de obra en la producción del que, al fin de cuentas, proviene el interés.

Nace una idea que fascina a muchos; ni John Maynard Keynes se escapa de su encanto: dinero sin interés, que además no puede ser transformado en capital. De este modo la economía de mercado “se libera del capitalismo”, opina aliviado el físico Peter Kafka en un libro muy difundido en su tiempo. El dinero es un estorbo y debe extirparse del capitalismo para dejar una economía de mercado que funcione bien. Sin embargo, aquí se olvida que la moderna economía de mercado ha sido “desincrustada” de la sociedad -como lo argumenta Karl Polanyi en su libro sobre la “gran transformación” hacia la economía de mercado en la Inglaterra de los siglos XVIII y XIX- para quedar en una economía de mercado sin pero que valga, ni boberías sociales o ecológicas. Surge una economía de mercado enteramente capitalista, con un mercado de trabajo que supone la división histórica de la sociedad en trabajo asalariado y capital. La economía de mercado también engendra mercados monetarios y financieros, acompañados de nuevas

inseguridades, desconocidas en los siglos anteriores, ya que los mercados financieros enlazan el pasado (cuando se crearon las garantías de los créditos; por ejemplo, edificios), el presente (donde se toman las decisiones) y el futuro (en el que deben pagarse los créditos con fondos provenientes de los rendimientos corrientes por generar). Los rendimientos en el futuro son inseguros, por eso son muy riesgosos y, en consecuencia, tienen rasgos de crisis. De ahí que Polanyi alerte sobre la mercantilización de la fuerza de trabajo, del dinero y de la naturaleza, puesto que estos mercados ni pueden ser “sociales” ni “ecológicos”. Funcionan como “molinos del diablo” que destruyen el trabajo, la naturaleza y el dinero cuando no se encuentran con resistencia surgida de un contramovimiento. En otras palabras: sólo podría llegarse a una economía de mercado social y ecológica si se lucha por ella. De las derrotas históricas sufridas en los conflictos sociales siempre vuelve a surgir la forma capitalista pura de la economía de mercado, sin payasadas sociales ni monerías ecológicas.

El dinero del mercado

La circulación de mercancías mediada por el dinero se convierte en, y ésta es la grandiosa conclusión de Karl Marx, circulación del dinero mediada por las mercancías. La circulación dineraria puede independizarse de la circulación de mercancías. Al menos por temporadas. Es por eso que parece como si el dinero circulara desprendido de la esfera real de la producción de mercancías y como si fuese posible intervenir en la esfera dineraria sin tocar la forma en que se produce el plusvalor. Por ende, de hecho se podría caer muy fácilmente en la ilusión de que fuese viable una economía de mercado sin vínculos capitalistas y sin las formas sociales del modo de producción capitalista.

Arraigados en este mundo de ideas, los defensores de la teoría de Silvio Gesell asumen que se puede abolir el interés sin tener que modificar las formas capitalistas de la producción de excedentes, partiendo de que éstas son realmente irrelevantes. Pero eso es una ilusión. El dinero es un activo financiero al que se debe corresponder y eso, precisamente, mediante la producción real de mercancías, mismas que contienen un plusvalor producido por la fuerza de trabajo. En la circulación, o sea, en el mercado, cuando todo sale bien, este plusvalor se transforma en dinero y se realiza en

la forma de ganancia. Cuando los poseedores de activos monetarios pueden apropiarse de una parte cada vez mayor del excedente, gracias a los crecientes intereses reales y rendimientos, y tal vez llegando a perjudicar la sustancia de los patrimonios de otros, la crisis social es insoslayable, tal como lo muestran las crisis financieras de las décadas pasadas y la crisis financiera global que actualmente vivimos. Los intereses ejercen una presión real sobre el proceso de producción y el presupuesto estatal y, si no se toman medidas contrarrestantes, esta carga terminará en una redistribución brutal en detrimento de las personas que perciben ingresos por sueldos y salarios, y en beneficio de las que perciben intereses y rendimientos. Este mecanismo no puede ser detenido introduciendo un interés negativo, como lo suponen -seguros de sí mismos, pero ciegos ante la realidad- los seguidores de la teoría de Gesell (y sus sucesores). Eso se podría lograr únicamente por medio de una compleja regulación social, no sólo en lo que se refiere al dinero y las finanzas, sino también en lo que atañe a las condiciones de producción, de vida y de trabajo.

El mercado como lugar de coordinación de la producción basada en la división del trabajo

También Marx se ocupa del mercado en el capitalismo, pues si bien es cierto que la división del trabajo se regula en cada fábrica, también son las fuerzas del mercado las que la regulan a nivel general en la sociedad. Hay que distinguir entre la división del trabajo en particular -es decir, al interior de un taller- y la división del trabajo en general -o sea, en la sociedad-, aun cuando el nexo sea evidente: “La división manufacturera del trabajo supone la autoridad incondicional del capitalista sobre hombres reducidos a meros miembros de un mecanismo colectivo, propiedad de aquél; la división social del trabajo contrapone a productores independientes de mercancías que no reconocen más autoridad que la de la competencia, la coerción que ejerce sobre ellos la presión de sus mutuos intereses [...]. La misma conciencia burguesa que celebra la división manufacturera del trabajo, la anexión vitalicia del obrero a una operación parcial y la subordinación incondicional de los obreros parciales al capital como una organización del trabajo que acrecienta la fuerza productiva de los mismos,

denuncia por eso con igual vigor todo control y regulación sociales y conscientes del proceso de producción, control y regulación en los que ve un cercenamiento de los sacrosantos derechos de propiedad, de la libertad y de la 'genialidad' -que se determina a sí misma- del capitalista individual. Es sumamente característico que los entusiastas apologistas del sistema fabril no sepan decir nada peor, contra cualquier organización general del trabajo social, que en caso de realizarse la misma transformaría a la sociedad entera en una fábrica" (Marx, *El capital*, Tomo II, Vol. 2: 433-434).

De modo que el mercado es un medio de la división social del trabajo en la circulación, que comienza en lo particular en la fábrica -esto es, como acto regio en la producción bajo la soberanía individual-capitalista de la empresa- y continúa, en lo general, en la sociedad como proceso de intercambio complejo entre individuos formalmente libres. Es únicamente en la división del trabajo donde tienen lugar los avances en cuanto a la productividad, los cuales hacen posible la producción del plusvalor relativo; hoy en día diríamos: para aumentar la competitividad de los lugares de producción. La división del trabajo -en lo individual, en lo particular y en lo general- es una unidad y es la forma capitalista que le da cohesión a esta unidad. Tirar el capitalismo por la ventana y extenderle la alfombra roja a la economía de mercado con atributos sociales no es un proyecto convincente en lo teórico ni es viable en lo político, aun cuando vaya avalado por la firma de premios Nobel.

He aquí también el dilema de la economía de mercado socialista, concebida en los años 1930 por Oskar Lange y otros, quienes parten muy acertadamente de que la planificación central no puede sustituir completamente al mercado, que la división social del trabajo no puede ser simulada en su complejidad mediante un plan centralizado. La única posibilidad sería una combinación de mercado y planificación centralizada. Y para que el capitalismo no vuelva a meterse por la puerta o la ventana, deberán crearse espacios públicos contra la *propiedad privada*. No obstante, eso únicamente se logra si las ciudadanas y los ciudadanos, las trabajadoras y los trabajadores se encargan de su porvenir; esto es que, en el marco de una democracia económica, eviten entregarse al mercado y, al mismo tiempo, incidan en el proceso de reproducción del capital.

De aquí que no baste con sustituir el mercado por la planificación centralizada. Asimismo, deben reestructurarse los modos de producción, los

patrones de consumo y la relación social con la naturaleza. No es suficiente regular el intercambio en el mercado y restablecer la “confianza”, si ésta quedó destruida como en el caso de la actual crisis financiera. Se trata de organizar las relaciones de producción y, por ende, de la regulación social en lo concerniente a todas las dimensiones de la producción, la circulación y el intercambio.

10. Capitalismo en plural y “marxismo plural”

Nadie afirmaría que el capitalismo que imperaba en los tiempos de Adam Smith a finales del siglo XVIII y el turbocapitalismo de inicios del siglo XXI sean idénticos. Y nadie quisiera refutar que hoy en día puede distinguirse entre los capitalismo alemán, británico, estadounidense o el chino y sudafricano. Es por eso que Marx, de ninguna manera, estudia en *El capital* “el capital en general” y sus “leyes de movimiento” independientemente de las diferencias históricas entre las sociedades capitalistas. Como tampoco se puede, o al menos es poco razonable, reconstruir primero el concepto del “capital total”, y después repasar, por separado, en la exposición de la competencia entre los muchos capitales en las diferentes ramas industriales -y entre ellas- el desarrollo histórico multifacético de los capitalismo. Marx emprendió ambos caminos: desarrollar una “teoría pura” del capitalismo (así se clasificaría el análisis de Marx en la tradición del marxista japonés Kozo Uno) y, al mismo tiempo, considerar la secuencia de las etapas históricas del desarrollo y la diversidad de las culturas y tradiciones.

Michael Heinrich ha precisado, de manera convincente, que incluso la dinámica del capital en general sólo puede comprenderse cabalmente si se tiene en cuenta el movimiento de los muchos capitales en la competencia; es decir, si los procesos históricos no se descartan como algún tipo de “contaminación” de la elaboración pura de los conceptos. Por ende, hay que resolver una tarea multidimensional: elaborar interpretaciones de Marx, establecer el nexo entre el concepto general y la esfera de la competencia entre muchos capitales y luego que en la teoría del sistema-mundo, hacer del “capitalismo histórico” el objeto del análisis. Entonces, ¿será posible fundamentar el “mensaje” del capitalismo que consiste en aumentar las fuerzas productivas partiendo de las tendencias generales del capital, sin que se incluya en el estudio la espina de la competencia, el afán de plusvalor y ganancias extra, y las estrategias muy concretas al respecto que utilizan los capitales individuales, esto es, de las empresas y sus órganos de dirección? Difícilmente.

Muchos caminos conducen al capitalismo y más allá de él

Dejemos que el mismo Marx hable. En tres borradores extensos y en una breve carta a la populista rusa Vera Zasulich de febrero de 1881 (Marx y Engels, *Cartas sobre “El capital”*: 310-311/MEW 19: 384-406) primero escribe en lo que se refiere a los rasgos constitutivos de un sistema capitalista: “En el fondo del sistema capitalista [...] existe la separación radical del productor en relación con los medios de producción [...] La base de toda esta evolución es la *expropiación de los cultivadores*. La misma no se ha logrado de una manera radical sino en Inglaterra [...] Mas *todos los otros países de la Europa Occidental* recorren el mismo movimiento” (Marx y Engels, *Cartas sobre “El capital”*: 311). No obstante, luego agrega: “La ‘fatalidad histórica’ de dicho movimiento está pues *expresamente* circunscrita a los países de la Europa Occidental.” Ya que, como cita de la edición francesa de *El capital*, “la propiedad privada, basada en el trabajo personal [...] va a ser suplantada por la propiedad privada capitalista, basada en la explotación del trabajo de otro, en el del asalariado”. Y: “En este movimiento occidental se trata pues de la *transformación de una forma de propiedad privada en otra forma de propiedad privada*. Entre los campesinos rusos por el contrario, habría que *transformar su propiedad común en propiedad privada*”.

Conclusión: “El análisis expuesto en *El capital* no ofrece pues razones ni en pro ni en contra de la vitalidad de la comuna rural, pero el estudio especial que he hecho de la misma, y para el cual he buscado los datos en las fuentes originales, me ha convencido que dicha comuna es el punto de apoyo de la regeneración social en Rusia, pero con el fin de que la misma pueda funcionar como tal, sería preciso primero eliminar las influencias deletéreas que la acosan por todos lados y asegurarle a continuación las condiciones normales de un desarrollo espontáneo” (ibid: 311). Estas explicaciones son ilustrativas en tanto se oponen a cualquier determinismo histórico y abren espacios para muchas prácticas y formas de la reproducción social, cada una anclada en las tradiciones y culturas específicas. Tampoco el concepto de la “ley del movimiento” remite a un desarrollo histórico inevitable: la historia concreta se construye en la práctica en situaciones concretas. Es por eso que el complejo, el resultado social de los conflictos en torno al orden social, puede ser o llegar a ser algo muy diferente que,

por ejemplo, una gran empresa capitalista dentro de un complejo de la “gran industria” moderna. La producción también puede estar organizada en forma de cooperativas.

A Marx le importaba el rigor del desarrollo conceptual de igual forma que las particularidades históricas, las cuales debían incluirse tanto en las conclusiones estratégicas como en las ilustraciones empíricas de las leyes generales. De ahí que en *El capital* encontremos exposiciones sobre las leyes generales (por ejemplo, en el capítulo XXIII del primer tomo), así como, en este mismo capítulo, una detallada “ilustración de la ley general de la acumulación capitalista”, misma que recurre exclusivamente a ejemplos de la Inglaterra de aquel entonces y, precisamente, por eso no puede pretender ser de validez universal.

Las leyes capitalistas del movimiento (en el plano conceptual del capital en general) aparecen (en las investigaciones histórico-empíricas) como una tendencia que adopta en series de datos empíricos la forma de un ciclo compuesto de coyunturas y crisis. Los ciclos y las tendencias históricas divergen mucho en los diferentes países, los que -aun en la era de la globalización- todavía son considerados como unidades que pueden distinguirse una de la otra. Por ejemplo, las tasas de crecimiento económico son bastante bajas en los países industrializados ricos y “saturados” y, por temporadas, muy altas en los países emergentes que aún se encuentran en el proceso de industrialización. Aquí se dividen los caminos, pese a que las leyes del capital realmente pretenden tener validez universal. Y eso se pone de manifiesto de forma contundente cuando el sistema mundial capitalista en su conjunto cae en una grave crisis. Entonces se impone históricamente la “dialéctica del capital” y todos los países se ven afectados por la crisis, sin importar hacia qué “variante capitalista” se inclinan.

Marx, ¿un teórico de la modernización?

Si en embargo, al leer el “Prólogo” al primer tomo de *El capital* podría inferirse que Marx sostenía que existe un curso de desarrollo dominante del modo de producción capitalista, mismo que seguirían de manera desfasada todas las naciones. Dirigiéndose al lector alemán, escribe: “Pero si el lector alemán se encogiera farisaicamente de hombros ante la situación de los trabajadores industriales o agrícolas ingleses, o si se consolara con la idea optimista de que en Alemania las cosas distan aún de haberse deteriorado tanto, me vería obligado a advertirle : *¡De te fabula narratur!*”

En sí, y para sí, no se trata aquí del mayor o menor grado alcanzado en su desarrollo, por los antagonismos sociales que resultan de las leyes naturales de la producción capitalista. Se trata de estas leyes mismas, de esas tendencias que operan y se imponen con férrea necesidad. El país industrialmente más desarrollado no hace sino mostrar al menos desarrollado la imagen de su propio futuro” (Marx, *El capital*, Tomo I, Vol. 1: 7).

Pero agrega: “Donde la producción capitalista se ha aclimatado plenamente entre nosotros, por ejemplo en las fábricas propiamente dichas, las condiciones son mucho peores que en Inglaterra, pues falta el contrapeso de las leyes fabriles. En todas las demás esferas nos atormenta, al igual que en los restantes países del continente europeo, no sólo el desarrollo de la producción capitalista, sino la falta de ese desarrollo. Además de las miserias modernas, nos agobia toda una serie de miserias heredadas, resultantes de que siguen vegetando modos de producción vetustos, meras supervivencias, con su cohorte de relaciones sociales y políticas anacrónicas. No sólo padecemos a causa de los vivos, sino también de los muertos. *¡Le mort saisit le vif!*” (ibid.: 7).

Este pasaje es interesante, ya que primero remite con gran determinación a las tendencias de validez general en sociedades que están organizadas de forma capitalista, planteándose explicitarlas en *El capital* como las “leyes económicas que rigen el movimiento de la sociedad moderna” (ibid.: 8), las cuales se imponen, con desfases, en todos los países, también en los menos desarrollados. Ésta es la razón por la que Marx a veces es considerado un “teórico de la modernización”. Sus comentarios generales acerca del papel del imperialismo británico en la India son sustentados también por interpretaciones teóricas sobre la modernización. Todas las sociedades siguen el curso de evolución trazado por los capitalismo desarrollados, el cual puede derivarse del “concepto del capital en general”, y por eso “una nación debe y puede aprender de las otras” (ibid.: 8). Y de qué manera más triunfal se confirmó esta visión del mundo cuando después de 1989 también los países del socialismo real se encaminaron al capitalismo.

Pero Marx es cauteloso y honrado. Hace referencia a las diferencias entre las naciones capitalistas -las que en su tiempo eran Inglaterra y Alemania-, a la importancia que tienen las distintas regulaciones políticas para las condiciones empíricas concretas. En el siglo XIX, Inglaterra era un país con una legislación fabril; es decir, con ciertos reglamentos para la protec-

ción en el trabajo; en aquel entonces Alemania no contaba con esos instrumentos. Son éstas y otras diferencias (el estilo de la dirección empresarial, los modos de financiamiento de las empresas, la relación entre mercado y Estado, etcétera) de las que hoy en día se ocupa toda una armada de sociólogos con la finalidad de estudiar y comparar el capitalismo atlántico y el renano, el capitalismo impulsado por el sector financiero y el que está más bien “arraigado” en el ámbito nacional y sujetado a la producción de mercancías y servicios. Por lo general, al pasar revista a la extensa literatura, la cosecha suele ser aburrida. Eso se debe, sobre todo, a que la comparación sociológica conduce a que los árboles no dejan ver el bosque; que la dinámica del capitalismo, que entretanto se ha globalizado, se pierde de vista -o sea, que ya ni se plantea la pregunta de las leyes del movimiento-, dado que ante todo interesan los resultados de las diferentes regulaciones, para aprender de los “modelos exitosos”.

Proceder de forma tan sesgada hace caso omiso de que, en primer lugar, en el desarrollo histórico no se repite lo que el país más desarrollado ha estrenado, aun cuando las naciones pueden y deben aprender unas de las otras, sino que se gestan nuevas formas de regulación en lo referente a las relaciones capitalistas entre el trabajo asalariado y el capital y que, en segundo lugar, el proceso global de la reproducción del capital tiene un sinnúmero de facetas, las cuales siempre giran en torno a un núcleo de categorías relativas al modo de producción capitalista. Además de que, y en tercer lugar, también cuenta -tal como lo subrayó Marx en la carta a Vera Zasulich- el origen histórico de los capitalismoes, con sus tradiciones culturales.

Marxismo en plural

La diversidad de los capitalismoes históricos, y los requisitos muy específicos derivados de los mismos en cuanto a la elaboración de estrategias y su fundamentación teórica, han contribuido a que se formen diferentes marxismos en los distintos países y culturas. Tan sólo por esa razón el marxismo es un “marxismo plural” (W.F. Haug). La praxis política siempre se lleva a cabo en el espacio concreto de la historia, pero está sujeta a restricciones derivadas de las tendencias generales de desarrollo del capitalismo, válidas a nivel supralocal y en la larga duración (Fernand Braudel), por lo que exigen una reflexión teórica para fundamentar la praxis.

Mirando desde el centro (europeo), los capitalismo históricos en Japón o América Latina y en otros lugares parecen ser desviaciones o modificaciones de la regla establecida por el concepto del capital en general. Si se ve desde otras regiones del mundo, el capitalismo atlántico-europeo parece ser una posible variante entre otras. El marxista japonés Kozo Uno, quien en otros tiempos desempeñó un papel influyente, trató de establecer metódicamente la transición del análisis de la “dialéctica del capital” desde sus tendencias generales de desarrollo a su respectiva historia concreta. Enfatizar las diferencias históricas y, al mismo tiempo, los elementos que forman el núcleo de la economía capitalista permite, además, llegar a conclusiones estratégicas.

Para los teóricos de la dependencia, sobre todo latinoamericanos, se trata de encontrar caminos para salir del subdesarrollo: consideran que la causa de éste es la permanente transferencia de valor del Sur Global hacia el Norte Desarrollado a raíz de las desiguales relaciones de intercambio. Eso no es del todo compatible con la posición marxiana, dado que la distribución inequitativa dentro del sistema mundial nace en la producción. Como lo refiere Marx en el capítulo IV del primer tomo de *El capital*: en el intercambio, unos pierden lo que otros ganan. No obstante, históricamente este enfoque ha tenido una enorme influencia en el marco de la teología de la liberación, misma que invoca de manera explícita a Marx (por ejemplo, en los escritos del filósofo argentino-mexicano Enrique Dussel).

De modo que si se reconoce que existen leyes generales del movimiento del capitalismo, las que deben analizarse en el plano del capital en general, también hay capitalismo históricos que pueden diferenciarse bastante unos de los otros. Y sí, además, partimos de que no hay una sola ruta de desarrollo, sino muchas, también habrá que aceptar que el marxismo únicamente puede existir en plural. Sobre esta base puede entablarse la disputa sobre las interpretaciones más convincentes del capitalismo moderno y las alternativas más plausibles.

La diversidad histórica del capitalismo es la condición de su flexibilidad. Eso se pone de manifiesto en que el antagonismo entre trabajo asalariado y capital, la relación dineraria o el manejo de la naturaleza, las relaciones internacionales y el sistema de regulación política pueden organizarse en formas históricas (instituciones y constelaciones de actores) muy diferentes. Si a partir de ahí se desarrollan criterios que permiten conocer el éxito

de las distintas constelaciones, enseguida se llega al comparatismo de las *varieties of capitalism*. Si no se está dispuesto a hacer caso omiso de que más allá de todas las diferencias y particularidades empírico-históricas sí queda un núcleo capitalista, entonces hay que explorarlo mediante el “análisis dialéctico” (así diría Kozo Uno) del “capital en general”: la propiedad privada de medios de producción, su utilización como capital por medio de la explotación del trabajo asalariado, la producción de mercancías con un plusvalor que debe adoptar la forma dineraria; eso sí se busca una explotación eficaz del trabajo asalariado. Por tanto, las sociedades capitalistas siempre son, a la vez, sociedades de trabajo y de dinero. Ése es su núcleo, cuyo revestimiento varía bastante a lo largo de la historia. Quien quiera reformar o revolucionar el modo de producción capitalista, debe quebrar este núcleo, pero estando consciente de las variedades de su revestimiento protector.

11. *La teoría marxiana del Estado y para lo que puede servir hoy en día*

Marx descifra la sociedad capitalista y su dinámica desde la “forma elemental” de la riqueza social, desde la mercancía individual. Cómo puede llegarse desde ahí a lo general de la relación del capital lo demostró Marx en su derivación, en su explicación de las categorías económico-políticas. Asimismo, en el explexo también fundamenta en qué consiste el poder del capital en la sociedad y cómo se reproduce éste. En *El capital* y en muchas otras obras se expone, además, cómo se llevan a cabo las luchas obreras contra el poder del capital y que toda historia es una historia de las luchas de clases, como apunta el *Manifiesto comunista* de Marx y Engels.

Poder económico y político, la violencia y el Estado

El poder económico y político, la violencia y el Estado tienen una historia que Marx invoca en muchas ilustraciones históricas de las tendencias generales del desarrollo y, en particular, en el capítulo sobre la “llamada acumulación originaria” en *El capital* (Tomo I, Vol. 3: 891-954). *El capital* nace mediante “la turbia intervención del estado que intensifica policíacamente, con el grado de explotación del trabajo, la acumulación del capital” (ibid.: 929). Sin el poder político, policíaco y militar del Estado-nación no se hubiera llegado ni al saqueo de las colonias ni a la expulsión de los campesinos de sus tierras y su transformación en proletarios sin propiedad -recurriendo a una legislación basada en el derecho de sangre “terrorista y grotesca”- ni al surgimiento de la nueva clase de arrendatarios o al enriquecimiento de los primeros capitalistas en el curso de la privatización de bienes comunes, que antes fueron públicos, o mediante la deuda pública. “La violencia es la partera de toda sociedad vieja preñada de una nueva”, también de la sociedad capitalista. Sin embargo, para evitar cualquier disociación de las bases económico-políticas, Marx agrega a modo de aclaración que la violencia “misma es una potencia económica” (ibid.: 940).

Marx y Engels -este último, por cierto, abordó en perspicaces análisis las guerras de su tiempo- ni podían soslayar ocuparse de las dimensiones políticas (y no sólo de las económicas) del poder, del Estado y sus instituciones, del ejército, de la política fiscal y de los títulos de deuda pública. Ambos siempre concibieron la economía como economía política y, por tanto, incluyeron en sus reflexiones también la relación entre el capital y el Estado o la regulación de la relación entre el trabajo asalariado y el capital en las instituciones estatales de carácter social de su tiempo, las que, ciertamente, eran muy rudimentarias.

Empero, ¿cómo debe continuar, de manera teóricamente convincente, el desarrollo conceptual desde la mercancía individual no sólo hacia el dinero y la categoría del capital, sino también hacia lo general de lo político y la categoría del Estado? La riqueza puede disfrutarse en la forma del valor de uso que adoptan las mercancías y puede aumentarse -es decir, acumularse- en la forma de valor de cambio o de valor, sobre todo si el valor se transforma en dinero. Lo social -esto es, lo general del modo de producción capitalista- se manifiesta entonces en la forma del dinero. “El oro y la plata, tal como surgen de las entrañas de la tierra, son al propio tiempo la encarnación directa de todo trabajo humano. De ahí la magia del dinero” (ibid., Tomo I, Vol. 1: 113), cuya magia permanece hasta el crac financiero, como el que estamos viviendo ahora. No obstante, antes de que pueda estallar una grave crisis financiera, el dinero ya se debe haber desprendido de su aspecto dorado y plateado para vestirse con papel, y bits y bytes electrónicos. Los últimos prácticamente no tienen valor, porque (casi) no contienen trabajo, a menos que el Estado haya fijado y garantizado una cotización obligatoria con la promesa de que con ese dinero se pueden cobrar de manera terminante obligaciones de deuda y comerciar títulos respaldados por activos monetarios como si se tratara de cualquier otra mercancía, pero ahora en forma de “títulos originados” y en plazas creadas para este fin (en bolsas de valores). Cualquiera puede confiar en esos compromisos políticos. Sin embargo, para que eso sea así se necesita del Estado, es decir, de un sistema de instituciones, que encarna y representa a la sociedad en su conjunto, el cual está provisto de poder coercitivo.

Los déficit de la “derivación del Estado”

El Estado y, sobre todo, el banco central asumen la responsabilidad del valor del dinero, aunque no es todo lo que, únicamente, puede garantizar el Estado en una sociedad burguesa. Los derechos de propiedad son los que revisten especial importancia. Sólo si éstos pueden respetarse de manera recíproca y, si fuese necesario, imponerse incluso en contra de resistencias sociales, los contratos entre sujetos individuales de derecho tendrán bases sólidas. En cada operación de intercambio mercantil se celebra un contrato: a veces de forma explícita -cuando se trata de transacciones mayores-, en la vida diaria las más de las veces de forma implícita e irreflexiva: cuando compramos en el mercado un kilo de manzanas o un pedazo de queso o cuando nos cortan el cabello en el salón de belleza. No es sino hasta que surja una controversia cuando nos damos cuenta de que hemos concertado un contrato. Y es cuando se necesita una instancia neutral para la conciliación; esto es, una instancia que opere de conformidad con reglas vinculantes, con base en la ley y el derecho, y que responda al interés del conjunto y no al interés de una u otra de las partes contratantes.

No obstante, sólo en la teoría el Estado es el garante del orden. Cuanto más el Estado se retira de la regulación en el mundo neoliberal, tanto más pueden cundir los intereses individuales y someter, de muy distintas maneras, espacios públicos que están a disposición de la sociedad en general a su régimen e interés privados: mediante la privatización de bienes y servicios públicos, mediante la compra de los responsables de tomar las decisiones políticas, mediante la apropiación violenta de riquezas naturales y sociales. Eso sucede siempre y cuando los rendimientos que puedan obtenerse de esta forma sean atractivos en comparación con la tasa de ganancia sobre el capital industrial. Una vez que el dinero; o sea, los activos monetarios, haya sido convertido en títulos protegidos por el Estado, la comercialización de éstos va, por lo general, a costa de empleos y los ingresos por sueldos y salarios cuando sobreviene la crisis.

Que el Estado garantiza un marco regulador para que se puedan ejercer los derechos de propiedad y apropiación, se inscribe en una larga tradición burguesa que se remonta a John Locke y Adam Smith. Eso no es un descubrimiento de Marx. Los derechos de propiedad son exclusivos y, por ende, se necesita usar la fuerza para que personas no autorizadas sean excluidas

de cosas sobre las cuales no tienen derecho. El poder estatal protege a la propiedad; así lo entiende el neoliberalismo y por eso se trata de un mandamiento. Sin un orden garantizado por el Estado mediante todos sus poderes, no funcionaría ningún orden basado en la propiedad privada. En su libro clásico *Capitalism and Freedom* del año 1962 (mismo por el que recibió el premio Nobel), Milton Friedman rompió una lanza por la consigna de *law and order*. Por lo mismo, ya desde los años 1940, los liberales alemanes llamaron *Ordo* a la revista en la que difunden sus ideas. Como dice un refrán alemán “Debe haber orden” y es el Estado el que debe encargarse de las respectivas medidas políticas para que aquél impere.

Marx no ahondó mucho en esta línea de argumentación, que podría ampliarse hacia una teoría del Estado. Si bien se había propuesto escribir un libro no sólo sobre *El capital*, sino también uno sobre el mercado mundial y el Estado, ya no pudo hacerlo. Más adelante, en los años 1920, Pashukanis intentó llenar este vacío y lo mismo fue planteado en el “debate derivacionista en torno al Estado” de los años 1970 (cuando los estudiantes “en movimiento” en aquel entonces retomaron a Marx). Lo que se pretendió fue “derivar” sistemáticamente las categorías de lo político, de forma similar a la derivación de las categorías de la economía política. Al hacerlo se hicieron evidentes los límites de este enfoque y, en particular, también en lo referente a la concepción del Estado como una “comunidad ilusoria” compuesta de ciudadanas y ciudadanos formalmente libres o como “poder coercitivo extraeconómico” que garantiza un marco social, provee una infraestructura económica y protege el medio natural de su destrucción excesiva.

Las limitaciones de este planteamiento se evidencian en que se entiende al Estado como funcionalmente necesario dentro del proceso de acumulación y reproducción capitalistas. Aquí casi no se toma en cuenta que el Estado consiste en múltiples instituciones ubicadas en diferentes niveles, que prosiguen muy diferentes perspectivas que, no pocas veces, son opuestas entre sí. En consecuencia, surgen pugnas dentro del Estado y dentro de sus aparatos. Pero, además, el Estado es una arena de conflictos de clases, cuyo origen reside en la “sociedad civil” y en la economía.

El Estado no es un contenedor de poder

Ésa es la razón por la que en los años 1970 volvió a surgir el interés en la teoría de Antonio Gramsci, quien concibió al Estado como un conjunto integrado por órganos estatales, incluso represivos (*società politica*) y entidades, instituciones y organizaciones (*società civile*). Además, el Estado como conjunto de poder en un sentido más amplio está determinado por la economía (*economia*). De ahí que se rechace la idea del Estado como un instrumento que, en una democracia donde la clase trabajadora ostenta la mayoría, pueda usarse para sus propios intereses. El Estado no es un “contenedor de poder” que, por así decirlo, se encuentre estacionado por ahí en las “sociedades, economías y culturas” para que, en primer lugar, los más astutos y poderosos puedan servirse de él y que, en segundo lugar, intervenga en la sociedad y la economía (“intervencionismo de Estado”).

Es, sobre todo, Nicos Poulantzas quien ha recalcado que ciertamente el Estado intervencionista con sus instituciones políticas es el resultado de conflictos sociales y no puede prescindir de la colaboración activa de las ciudadanas y los ciudadanos. Por más que un orden hegemónico se mueva a raíz de los conflictos sociales, también necesita -por así decirlo- el consenso, quizá sólo uno mínimo, uno básico, para no fragmentarse. Y eso es un gran peligro cuando se trata de sociedades dirigidas por el mercado, ya que en este caso los individuos no pueden asociarse en forma de colectivos, sino que siguen siendo participantes individuales en el mercado. Según Gramsci son, ante todo, las instituciones de la sociedad civil las que proveen la cohesión social. No obstante, al mismo tiempo el Estado es “un lugar y un centro de ejercicio del poder” (Poulantzas, 2002: 179), del control de la convivencia social apoyado en la *società politica*. Aquí coinciden Poulantzas y los teóricos reformistas del Estado, quienes -como Rudolf Hilferding- dan por supuesta la “conquista” de los aparatos estatales por las mayorías proletarias. Así no sucedió, y no puede suceder así, como lo han sostenido con argumentos sumamente diferentes Luciano Canfora (2006) en su libro *La democracia. Historia de una ideología* o Michel Foucault con su enfoque de la *gouvernementalité*, una especie de autocontrol por parte de los individuos para que puedan funcionar en la sociedad de mercado conforme a sus requisitos externos.

Henri Lefèbvre critica de forma sistemática la idea del Estado como

contenedor de poder, del cual hay que servirse: ver el poder como si fuese un bulto guardado en un contenedor y no comprender que se mueve en las redes capilares de la sociedad es una concepción fetichista. El poder no puede ponerse “fuera de la vida” para manifestarse “como dominio estatal” (Lefèbvre, 1991: 223). El poder está distribuido de manera difusa; es decir, difícil de captar y aún más difícil de usar. Según Lefèbvre, el poder se deriva, a fin de cuentas, de los complejos patrones de las relaciones que imperan en la vida cotidiana, y las actividades estatales nada más se acomodan sobre estos patrones. En consecuencia, también se trata de transformar la vida cotidiana en la sociedad y no de apostar a la toma del poder político dentro del Estado para luego esperar mucho tiempo y frustrarse. De ahí que lo fundamental no sean los “centros de mando del poder”, que ocupan un lugar central en todas las estrategias revolucionarias basadas en la tradición de Lenin (cf. su libro *El Estado y la revolución*), sino la experimentación productiva con nuevas formas de socialización. Pues, con la “conquista” de los centros de mando del poder no se habrá reemplazado el sistema, ya que, como afirman las voces críticas, sólo se habrá sustituido el personal dirigente.

John Holloway, ampliamente reseñado en el ámbito internacional, es un representante de estas voces. No sólo bajo la impresión del fracaso del socialismo en el siglo XX se propone desarrollar una estrategia, teóricamente fundada en Marx, sobre cómo podría transformarse la sociedad sin tomar el poder. El “contenedor del poder” puede estar donde sea, puede estar abierto o cerrado: con su conquista, dice Holloway, no se gana nada. Son más convincentes los intentos de los zapatistas en México de “caminar preguntando” y cambiar las condiciones de vida concretas en cada lugar, mejorarlas mediante la autogestión y encontrar de este modo un camino que les permita a las clases y los pueblos desfavorecidos salir de la subalternidad heredada a lo largo de la historia. Lo que se practica de manera instructiva en las áreas rurales en Chiapas, podría llevarse a cabo también en las ciudades en forma de un “zapatismo urbano”. Empero, es precisamente en México donde se ha evidenciado cómo este zapatismo urbano se va desgastando en el entorno de la guerra entre los órganos estatales y los cárteles de narcotraficantes.

Sin el Estado no se puede

Es cuando se pone de manifiesto la importancia que tiene el acceso a recursos estatales -en el sentido más amplio- para estar en condiciones de organizar la vida cotidiana, y la supervivencia en general, incluso para los movimientos sociales. Eso ha quedado demostrado muy claramente en Bolivia, pero ante todo en Argentina después de la grave crisis de 2010 (cf. Geiger, 2010). Los movimientos sociales no pueden apropiarse, por ejemplo, espacios si el poder estatal representado por la policía y el ejército lo impide, y si, además, lo impide aplicando sanciones; esto es, cuando el Estado procede basado en el precepto de *law and order*. Asimismo, por lo general son el Estado o las estructuras internacionales de gobernanza las que, en tiempos críticos, tienen la facultad de tomar medidas sociopolíticas de las que dependen grupos de población más o menos grandes. Los disturbios a causa de la emergencia alimentaria que tuvieron lugar desde que comenzó la crisis económica y alimentaria se dirigen, en general y de manera simultánea, tanto al Estado como contra él, con el fin de lograr una mejora en lo concerniente a la situación alimentaria o el reparto de tierras.

Eso será difícil de lograr si el Estado se ata las manos en un complejo internacional de poder al estilo de Hayek, lo que puede suceder debido a contratos internacionales que son difíciles de cambiar o ni pueden cambiarse y los que, en consecuencia, ponen freno a las reformas democráticas. El Estado, o mejor dicho, la estatalidad nacional y supranacional o internacional, es usado para imponer reformas neoliberales, privatizaciones de bienes públicos, la liberalización de los mercados y la desregulación de la política. El poder estatal se juega en arenas a las que la población de los Estados no tiene acceso; y, entonces, tampoco tiene voz ni puede plantear demandas en lo que atañe al Estado Social.

Ya en 1970, en el llamado debate derivacionista del Estado de aquel entonces, Wolfgang Müller y Christel Neusüss criticaron acertadamente la “ilusión del Estado social” defendida por los socialdemócratas. Hace 40 años no pudieron tener en cuenta las crisis del capitalismo globalizado, que ahora amenazan la supervivencia en muchas regiones del mundo. En esta situación no es ilusorio esperar que el Estado intervenga y preste apoyo. No obstante, es evidente que intervenciones de semejante calidad en los ámbi-

tos de las políticas sociales y medioambientales únicamente pueden lograrse en el curso de conflictos de clase. Éstos se disputan en el seno del Estado y durante los mismos se les deben “imponer” las necesidades sociales a las instituciones estatales -tal como Marx lo escribe en muchos contextos-, lo que comienza con la reducción de la jornada laboral y no termina con las normas en relación con la higiene en las fábricas, que deben ser establecidas por el Estado. La reglamentación es el resultado de una lucha entre los capitalistas y la clase obrera (ibid.: 282), y esta lucha, esta “guerra civil prolongada y más o menos encubierta entre la clase capitalista y la clase obrera” (ibid.: 361), termina, al fin y al cabo, con la “institucionalización del conflicto de clases” mediante la implantación de acuerdos reformistas.

Por una parte, éstos son éxitos porque mejoran las condiciones de vida de partes de la clase trabajadora y de los estratos subalternos pero, por otra, fomentan la integración en el sistema social y estatal de las instituciones. La “ambigüedad reformista” es un fenómeno concomitante de los movimientos sociales y sus luchas por y en el Estado. Aunque, cuando son exitosas, mejoran las condiciones de vida y de trabajo pero, a la vez, contribuyen a la integración en el sistema social y sus instituciones políticas.

El Estado en el pluriverso de los Estados-nación

Marx tenía un programa de trabajo convincente, pese a que no pudo completarlo: estudiar la economía, el Estado y el mercado mundial en su conjunto. Este programa ha quedado relegado en la era del Estado-nación del bienestar e intervencionista y del reformismo que apela a ese Estado. Ocupó un lugar importante en la teoría de la “revolución permanente” de Trotsky: en los tiempos del imperialismo son los eslabones más débiles de la cadena que llevan “la antorcha de la revolución”; es decir, de la periferia del sistema mundial al centro. Hoy sabemos que no existe la revolución que se propaga como un incendio forestal incontenible, sino que hay -para quedarnos con la imagen- muchos focos de incendio provocados de las más distintas maneras, no siempre interrelacionados, y con consecuencias muy diferentes. Y los cuerpos de bomberos que trabajan para extinguirlos tienen distintas capacidades.

Parece que la globalización moderna ofrece un sistema de coordenadas donde los Estados-nación pueden ubicarse con sus diversos capitalismo

(*varieties of capitalism*) y competir unos con los otros en una “geoeconomía” en la que no hay enemigos, según lo afirma Edward Luttwak. Impera la lógica múltiple de la competencia en el mercado global que desplaza la lógica binaria de amigo y enemigo, en la que reside, según Carl Schmitt, lo político. Para que no surjan conflictos entre los participantes en el mercado deben estar disponibles recursos y mercados en abundancia. En caso contrario, la competencia pacífica llega a sus límites; y es más allá de éstos donde tienen lugar los conflictos en torno a los recursos escasos.

Y en esos siempre está presente la pugna por los territorios, las regiones ricas en recursos naturales, los yacimientos de petróleo y los trazados de oleoductos o rutas para los buques petroleros. Su protección pasa a ser tarea de los Estados-nación, los cuales ahora se encuentran en el pluriverso o multiverso de los muchos Estados-nación, provistos de aparatos de poder (las fuerzas armadas) que actúan de muy diferentes formas. Ahora se pone de manifiesto que una teoría moderna del Estado en la tradición marxiana debe responder a muchas exigencias. *En primer lugar*, no debe limitarse a considerar la relación entre política y economía, entre poder y acumulación, entre sociedad política y civil. *En segundo lugar*, no debe razonar únicamente sobre el lugar del poder dentro de una red social o dentro de una especie de contenedor del poder y tampoco debe tomar en cuenta sólo los conflictos que tienen lugar en el mismo aparato de Estado, en la arena de los conflictos de clases; sino que, *en tercer lugar*, debe analizar, asimismo, los conflictos entre los Estados nacionales. Y éstos, como nos ha enseñado la historia, pueden agravarse trágicamente hasta llegar a la guerra. Pero también pueden contenerse, al menos por un tiempo, según el patrón de la ya mencionada “institucionalización del conflicto de clases” dentro del Estado-nación, mediante la creación de instituciones internacionales o estructuras de gobernanza transnacionales. Empero, también existe la posibilidad de que las partes en el conflicto que tienen poder económico y político, impongan sus intereses. Eso sería el nuevo imperialismo geopolítico. Y éste no versa tanto en torno a la competencia económica en los mercados, sino más bien en torno al poder de los Estados-nación en el “pluriverso” compuesto de los muchos Estados-nación en competencia.

12. El mercado mundial capitalista y los conflictos imperiales

En sus *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política* (*Grundrisse*) Marx escribe en el año 1857 (Vol. 1: 360) que “la tendencia a crear el mercado mundial está dada directamente en la idea misma del capital”. Con ello remite a una lógica histórica que debe reconstruirse de manera conceptual (“ideal”), y que en absoluto debería quedar establecida “realmente”, siempre y en todas partes (ibid.: 362). No obstante, en el curso de las brutales cruzadas de los primeros conquistadores provenientes de Europa, de la colonización del mundo y del posterior saqueo de las colonias o de las disputas imperialistas por las “manchas blancas” en el mapa del siglo XIX y del temprano siglo XX o de la globalización moderna “todo límite se [...] presenta como una barrera a salvar” (ibid.: 360). Con la producción de un sistema global capitalista, el capitalismo se muestra entonces en su esencia conceptual, y ésta dice que todo tiene que transformarse en mercancía, valor y dinero. Este proceso se denomina, como ya lo mencionamos, “proceso de valorización”. El proceso de valorización significa que se da una separación permanente entre lo que contiene valor y aquello que no lo tiene, y en su curso hace surgir, con la activa participación del Estado, los derechos de la propiedad privada. La propiedad privada se produce mediante la apropiación y, al mismo tiempo, se forma la clase de los asalariados a causa de la expropiación de sus medios de producción, que son “liberados”. De este modo se origina la relación de capital, misma que puede reproducirse como una relación de dominación conforme va continuando este proceso.

Desde sus inicios, el capitalismo es un sistema capitalista mundial

En ello, la relación social con la naturaleza se transforma de manera sustantiva. También hubo saqueo de la naturaleza en sociedades no-capitalistas, incluso hasta llegar a la autodestrucción, tal y como lo describe Jared Diamond de forma impresionante en su libro *Colapso* en 2006. Pero el proceso sistemático de valorización de la naturaleza que ocurre a nivel global caracteriza exclusivamente al capitalismo de la época moderna, que somete a la naturaleza a las estructuras espaciales y a los ritmos del tiempo que dicta la valorización del capital. Ésos provocan estrés y son destructivos, como lo demuestran las muchas catástrofes ambientales del siglo pasado y del presente. Y pese a todos los artificios técnicos éstas no terminan, sino que adquieren dimensiones cada vez más grandes, dado que con el “progreso tecnológico” el alcance de las actividades del proceso de valorización va en aumento.

En el último capítulo del primer tomo de *El capital* (Vol. 3: 957), que frecuentemente es subvalorado en cuanto a su importancia sistemática para la lectura de esa obra, Marx escribe en relación con lo que Wakefield denomina *systematic colonization*, que ésta constituye el proceso sistemático de valorización del espacio que, a la vez, equivale a la expansión global del capital. O sea, se desarrollan la geoeconomía y la geopolítica del sistema capitalista mundial y la tendencia hacia el proceso de valorización del espacio (y del tiempo) no concluye hasta que todo quede “sistemáticamente colonizado”: los territorios del planeta, pero también el espacio cósmico cercano a la tierra, los ámbitos penetrados por la ingeniería genética, los mundos cotidianos aún no capitalizados, las profundidades del mar, los océanos glaciales, etcétera.

De ahí que se produzca el choque entre el modo de producción capitalista y aquél basado en el trabajo propio. Desde un inicio queda claro que las relaciones de propiedad y apropiación capitalistas son el principio triunfante en este proceso de “articulación de diferentes modos de producción”: “Lo único que nos interesa es el secreto que la economía política del Viejo Mundo descubre en el Nuevo y proclama en alta voz: el modo capitalista de producción y de acumulación, y por ende también la propiedad privada capitalista, presuponen el aniquilamiento de la propiedad privada que se

funda en el trabajo propio, esto es, la expropiación del trabajador” (ibid.: 967). Con estas palabras termina el primer tomo de *El capital*. Los principios de la reproducción y acumulación capitalistas exigen la expropiación de los trabajadores, y eso a escala mundial. En consecuencia capitalismo significa, a la vez, globalización; esto ha sido válido incluso antes de que la palabra se pusiera de moda. Se crean todas aquellas formas que no sólo posibilitan esta expropiación sino que la hacen soportable. Marx concluyó el capítulo XXIV del primer tomo con la convicción de que a la expropiación de los trabajadores le seguiría la “negación de la negación”; es decir la “expropiación de los expropiadores”, la transformación revolucionaria de las relaciones capitalistas de dominación, pero las formas sociales de expropiación del trabajador han resultado ser más estables de lo que Marx hubiera podido imaginarse en aquel entonces.

De alguna manera se cierra un círculo: el primer tomo de *El capital* empezó con el análisis; esto es, con la exposición abstracta de la forma de mercancía y la forma de valor para identificar al final el proceso de valorización en el ámbito global como principio de la acumulación capitalista. El proceso de la valorización es un proceso histórico en cuyo desarrollo se le arrebatan objetos, pero también seres vivos, a la naturaleza, que luego son trasladados al mundo de los valores, transformados en mercancías y cambiados por dinero en los mercados. Ahora tenemos en lo histórico las formas con cuyo análisis conceptual Marx comenzó su planteamiento de *El capital*. Estas formas constituyen el conjunto de la formación social capitalista. Sin embargo, también ésta debe elaborarse históricamente, puesto que, a diferencia de como se lo imaginaban los teólogos medievales, no fue “dada por Dios”, ni es inmutable ni eterna, pues la historia es una historia de luchas de clases, como se afirma en el *Manifiesto comunista* del año 1848 (Marx y Engels: 49).

La manera en que a partir de eso surge la ampliación de la formación social hacia un sistema mundial lo apunta Marx en los *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)* (Vol. 1: 88) con la siguiente reflexión: precisamente por la “autonomización del mercado mundial” se intenta “suprimir” la “enajenación a medida que ella se desarrolla”, que es inevitable en este proceso. Junto con los negocios en los mercados financieros globales crecen también las necesidades de conseguir información sobre las relaciones económicas en todo el mundo, de ahí que se construya

una red de datos para estar informado sobre los movimientos en el mercado mundial; o sea, sobre todos los lugares en el espacio global. Marx menciona de manera explícita “las listas de precios corrientes, los cursos cambiarios, la correspondencia comercial, telegráfica, etc., entre los comerciantes”, información mediante la cual se amplía el conocimiento de cada individuo en lo que se refiere al funcionamiento del conjunto, sin que por ello eso suprima la “ajenidad” (ibid.: 89). Hoy disponemos del Internet para obtener rápidamente la información y, por ende, para facilitar y racionalizar las decisiones. Las agencias de clasificación crediticia monopolizan y comercializan sus conocimientos acerca de los riesgos, los cuales se deben a la “enajenación”, mencionada por Marx, en el espacio global. El “World Wealth Report” es un ejemplo de cómo se ponen a disposición los conocimientos, que al menos son útiles e incluso necesarios para aquellas personas que quieran vender títulos de inversión a personas pudientes.

“Dado que la autonomización del mercado [...] se acrecienta con el desarrollo de las relaciones monetarias (del valor de cambio) y que, viceversa, la conexión y la dependencia de todos en la producción y en el consumo se desarrollan a la par de la independencia y la indiferencia recíproca de los consumidores y de los productores, dado que tal contradicción conduce a la crisis, etc., se intenta suprimir esta enajenación a medida que ella se desarrolla” (ibid.: 88), y eso de tal manera que los conocimientos sobre las relaciones globales pueden ser accesibles de forma organizada y, por ende, pueden racionalizarse las acciones de los sujetos individuales. “En el mercado mundial, el nexo del individuo con el conjunto, pero al mismo tiempo también la independencia de este nexo respecto de los propios individuos, se han desarrollado a un nivel tal que su formación contiene ya simultáneamente la condición para su superación” (ibid.: 89).

Ésta es una interpretación muy optimista de un trastocamiento de la tendencia capitalista para convertir el mercado mundial en una “verdadera comunidad y [...] universalidad” (ibid.). Empero, al menos eso significa que si bien es cierto que las crisis son violentas agudizaciones de las contradicciones del modo de producción, también son fases de desarrollo en las cuales puede cristalizarse algo nuevo. Las crisis, así reza la versión vulgar de esta interpretación histórica, no son únicamente una desgracia, sino que siempre ofrecen oportunidades, aunque éstas no se distribuyen de manera equitativa ni tampoco son seguras. No obstante, la observación de Marx

también muestra que no fue partidario de ningún determinismo o automatismo histórico, sino que conservó un olfato para lo nuevo que podría surgir en el proceso de desarrollo.

Acumulación en la “superficie esférica limitada” del planeta Tierra

Las formas históricas se transforman en el espacio y en el tiempo, de ahí que se justifique partir de diferentes capitalismos históricos en distintas regiones del mundo y, a la vez, de un concepto universal del capital. Con este acceso metódico es posible diferenciar en la historia del sistema capitalista mundial entre el temprano colonialismo de la época de los grandes descubrimientos y el imperialismo de los siglos XIX y XX; y ubicar en la historia, además, la globalización y un “nuevo imperialismo” de la “acumulación por desposesión” (Harvey 2005). De qué forma pueden fundamentarse estas diferenciaciones y de qué manera producen el contexto dentro de la formación social capitalista, precisamente eso es lo que caracteriza las distintas teorías sobre el imperialismo.

Todas las teorías sobre el imperialismo se enfocan en el siguiente problema: cuáles son las estrategias, cuáles las constelaciones sociales y políticas, y cuáles los conflictos con los que se realiza la expansión capitalista en el espacio y el tiempo. La expansión en el tiempo no es otra cosa que el crecimiento de la economía, la acumulación de capital; y dado que el capital global se conforma por muchos capitales individuales (muchas empresas diferentes) los efectos de crecimiento y acumulación son irregulares y asincrónicos. Algunos capitales individuales crecen más rápido que otros, algunos se fusionan en consorcios y conglomerados, de ahí que también surjan nuevas formas de la relación entre el sector productivo y el financiero, así como un sistema financiero global. En otras palabras: conforme va transcurriendo el tiempo cambian las estructuras económicas, las condiciones en los diferentes ramos, el papel que desempeñan los mercados financieros, las estructuras de clase en lo que atañe al trabajo asalariado y al capital, y la relación entre economía y política. Igual que en otros contextos se pone de manifiesto que el capitalismo es un sistema sumamente dinámico.

Esos cambios estructurales del sistema capitalista en el tiempo repercuten de forma considerable en la expansión en el espacio. En el colonialismo

histórico, desde los grandes descubrimientos en el siglo XV hasta el siglo XIX, la expansión espacial apuntaba ante todo a los tesoros de la tierra, a las materias primas minerales y agrarias, que se saqueaban sin miramientos. Aun cuando los despojos no siempre fueron un buen negocio para los saqueadores, dejaron tras de sí un desastre social y ecológico en los países saqueados de este planeta, cuyas consecuencias se resienten hasta la actualidad; toda vez que en África los europeos, además de apoderarse de los recursos naturales, sumaron a su actividad la caza sistemática de los habitantes de esa región, quienes, en comparación con los conquistadores europeos armados hasta los dientes, se encontraban indefensos y acabaron siendo vendidos como esclavos a los hacendados de Sudamérica y América del Norte. De ese modo, se traumatizó a sociedades enteras a lo largo de varias generaciones. Fue de esta forma atroz como se reunió el capital en Europa, que hizo posible la acumulación capitalista “originaria”.

Ya durante el sistema colonial las colonias lograron tener cierta importancia como mercados para vender las mercancías provenientes de las metrópolis y como esferas de inversiones de capital, como lo subrayaron, entre otros, Rosa Luxemburg (1913) y Lenin (1917) para explicar el “imperialismo clásico” antes de la Primera Guerra Mundial. No obstante, en sus análisis siguieron de forma implícita la observación más bien lapidaria de Immanuel Kant (1964: 214), que dice que los seres humanos “no se pueden extender infinitamente” en la superficie de la Tierra “al tratarse de una superficie esférica”, aunque no compartieron la conclusión kantiana de que, por tanto, tienen que “soportarse finalmente unos a otros”. Pues existe también la otra forma de manejar los límites en el espacio y el tiempo, esto es, disputar a los competidores su parte de la superficie esférica del planeta con violencia y, por tanto, declararles la guerra e invadirlos. Ésta es, en principio, la explicación de las guerras imperialistas, que han dejado sus sangrientas huellas en el siglo XX.

En el tiempo, la acumulación de capital equivale a la producción de excedentes y, por consiguiente, de una mayor producción de plusvalor absoluto y relativo, acompañada de una explotación más severa del trabajo por el capital. Empero, en el espacio, la acumulación del capital es una expansión en una superficie limitada, lo que obligadamente estimula la competencia territorial por la explotación de la tierra; y los conflictos que de ahí derivan pueden agudizarse hasta desembocar en confrontaciones armadas,

en las que es posible que no participen exclusivamente tropas soberanas, legitimadas por Estados nacionales e instituciones democráticas, sino que puede tratarse también de confrontaciones entre partes beligerantes en una guerra civil, de la participación de mercenarios pagados por consorcios o de conflictos dirigidos por los llamados “señores de la guerra” o *warlords*. O sea, en comparación con los episodios conflictivos de los tiempos coloniales e imperiales, en su mayoría binarios, hoy en día es más caótico, porque crece el número de actores y sus intereses son difícilmente compatibles si la ganancia obtenida a partir de la “acumulación por desposesión” por unos se traduce en la pérdida de otros y viceversa.

Los conflictos de la globalización imperial

Esto es obvio en la era de la globalización después del fin del socialismo realmente existente en 1989, cuando toda la “superficie esférica” del planeta se convirtió en el campo de acción del capitalismo, mismo que con la política neoliberal fue desregulado, en su mayor parte privatizado y entregado a los mecanismos del mercado. Ahora los límites de los procesos de valorización y de la valorización en sí no sólo se presentan como “barrera a salvar” ((Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)*, Vol. 1: 360), sino que lo son. A diferencia de las épocas coloniales e imperiales, la política ya no busca ampliar y asegurar los límites mediante el poder político y militar de los Estados-nación, sino que en la era de la globalización la política más bien vela por su desregulación, con el fin de así globalizar el territorio de la valorización del capital, derribando, por un lado, muchos límites establecidos antes por la política relativas a la circulación de mercancías, de servicios y del capital pero, por otro, fortaleciendo otros, por ejemplo, las barreras migratorias.

No obstante, parece que esta fase de la globalización del sistema capitalista mundial llegará a su fin en el siglo XXI. El 11 de septiembre de 2001 se desafió a la hegemonía de la “única potencia mundial” que quedó después de 1989 -o sea, los Estados Unidos-, y la entonces declarada “guerra contra el terror” dañará aún más el sistema hegemónico estadounidense con las derrotas inevitables en Irak y Afganistán. La hegemonía estriba, según Antonio Gramsci, en el poder y el consenso. Por ende, el poder se socava, pero después de Abu Ghraib y Guantánamo; también, el consenso.

La consecuencia es que la globalización pierde cada vez más tanto el marco político como el centro político de la regulación.

El hecho de que eso ocurra en tiempos en los que la crisis económica y financiera mundial exige justamente acciones de regulación extraordinarias en el ámbito global, desestabiliza el sistema imperial todavía más. Así se pone de manifiesto que la mencionada “salvación” de las barreras, en tiempos de la globalización, más que nada le abrió las puertas al capital financiero para especular a nivel mundial. Esta especulación masiva ha conducido a una crisis prácticamente incontrolable y ha fortalecido al crimen organizado, el cual ya no es un fenómeno marginal, sino una característica del “nuevo imperialismo” de la acumulación por desposesión.

13. Antagonismos de clase, la distinción, trabajadoras en conflictos laborales

Lucha de clases les parece a los sociólogos y economistas un término tosco; con este concepto general no pueden captarse la “distinción” en el *habitus* de las personas, las distinciones individualizadoras, investigadas por el sociólogo francés y cofundador de Attac, Pierre Bourdieu (2005). De ahí que en las universidades y academias nadie quiera saber nada de clases ni de la lucha de clases.

¿Podría ser que este desinterés esté relacionado con el Marx de *El capital*? Pues, a primera vista resulta desconcertante que en los tres tomos de esa obra las “clases” son mencionadas con mucha frecuencia y en muchos contextos, mientras que en las 2,500 páginas de los tres tomos los conceptos de lucha de clases y antagonismo de clase son abordados menos de diez veces. Si bien el último capítulo del tercer tomo -el número LII- lleva el título “Las clases”, termina abruptamente después de apenas una página; un torso. Al menos dice: “Los propietarios de mera fuerza de trabajo, los propietarios de capital y los terratenientes, cuyas respectivas fuentes de ingreso son el salario, la ganancia y la renta de la tierra, esto es, asalariados, capitalistas y terratenientes, forman las tres grandes clases de la sociedad moderna, que se funda en el modo capitalista de producción” (Marx, *El capital*, Tomo III, Vol. 8: 1123). Ésta es una determinación conceptual que estriba en las fuentes de ingreso específicas de cada clase, mismas que Marx examina en los capítulos que preceden al capítulo sobre las clases.

Esta determinación conceptual económica contrasta con el énfasis radical del *Manifiesto comunista* de 1848 (Marx y Engels: 49). Justo al inicio de su primer capítulo hallamos la célebre oración: “La historia de todas las sociedades hasta el día de hoy es historia de luchas de clases. Libre y esclavo, patricio y plebeyo, señor y siervo, maestro y oficial, en suma, opresores y oprimidos, han estado y están enfrentados entre sí, han mantenido una lucha ininterrumpida, ya oculta, ya abierta”.

Ya la redacción lo revela: sería demasiado simple reducirlo a las tres grandes clases, que a raíz de sus diferentes fuentes de ingreso entran en contradicción en las sociedades capitalistas. Pues, el trabajo asalariado, el

capital y la clase de los terratenientes son internamente demasiado diferenciados, y hay que agregar otros estratos y clases. En el momento en que luchan, en tanto sujetos, sus visiones no se originan únicamente a partir del afán de aumentar sus respectivos réditos (salario, ganancia y renta), sino que se remontan a múltiples circunstancias y expectativas de vida en las que tanto el grado de desarrollo de la sociedad como la educación, las tradiciones culturales, la fe o las convicciones políticas desempeñan un papel importante.

No obstante la diversidad de los sujetos históricos involucrados en las luchas de clases, tal como lo sugiere la manera en cómo lo expresaron Marx y Engels en el *Manifiesto comunista*, los antagonismos de clase siempre tienen el carácter binario de arriba y abajo, de dominar y estar dominado, de riqueza y pobreza, de arrogancia y de sentirse ofendido. Y también hoy en día eso sigue siendo así, pese a todas las distinciones. Para el movimiento *Occupy* no se trata únicamente de las fuentes de ingreso, sino de dignidad, de la recuperación del control político sobre los mercados financieros que se han autonomizado; o sea, del “buen vivir”. Por consiguiente, surge la pregunta científica, y a la vez política, acerca de cómo comprender las extremas dimensiones de la desigualdad en el mundo, las causas de la creciente miseria de la gran mayoría de la población mundial y la inmensa riqueza de una pequeña minoría; de cómo evaluar su dinámica y de cómo podría cambiarse la situación. Pues, arriba y abajo, rico y pobre pueden catalogarse -he aquí lo significativo de la referencia que hace Marx a las diferentes fuentes de ingreso- de manera funcional dentro del proceso capitalista de reproducción donde, por un lado, están los trabajadores asalariados que dependen de su trabajo; y, por otro, los capitalistas que perciben ganancias. Mientras hay otros que no tienen nada, ni siquiera un trabajo ocasional. Son *ninjas: no income, no job, no assets*. Y otros más especulan con sus activos monetarios -y la mayoría de las veces con activos ajenos- y acumulan inmensas riquezas.

Lucha de clases desde arriba...

Las contradicciones sociales son visibles de forma empírica y hasta pueden ser cuantificadas. Por ejemplo: el número de personas que sufren de desnutrición crónica en el mundo ha sobrepasado la cifra de los mil millones; casi 900 millones de personas no tienen agua potable

limpia o sólo en cantidades insuficientes; 2,500 millones no tienen suficientes instalaciones sanitarias; 220 millones de niños se dedican al trabajo infantil y no pocos en condiciones semejantes a la esclavitud, y eso en un mundo tan orgulloso de los derechos humanos y su defensa, a tal grado que incluso entra en guerra para imponerlas. Un tercio de las muertes humanas se deben a la pobreza. Mientras que la mitad pobre de la humanidad dispone de un poco más de 1% del patrimonio privado global, un puñado de unos 1,000 multimillonarios alcanzan un patrimonio tres veces más grande que el de la mitad de la humanidad; esto es, 3,400 millones de personas (cf. Pogge, 2010: 74 ss.).

Estas cifras pueden consultarse en los informes sobre el desarrollo humano de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) o en las evaluaciones de los objetivos de desarrollo del milenio a diez años después de que fueron aprobados en el cambio de milenio. La pobreza y la miseria en el mundo son atroces, y no pueden ocultarse. La riqueza no siente vergüenza de ostentarse. También el desprecio por aquellos que dependen de su trabajo y de sus ingresos salariales por parte de aquellos que “dejan que el dinero trabaje para ellos” forma parte de la lucha de clases desde arriba. ¿Esta desigualdad es el resultado de coerciones sociales contra las que poco puede hacerse, y qué tiene que ver la desigualdad extrema con las tendencias de la acumulación de capital, con el antagonismo entre las clases funcionales de capital y trabajo asalariado, y eso en el espacio global? ¿O son estas cifras la prueba elocuente de una victoria histórica; en la globalizada “lucha de clases desde arriba?

Entonces, la “lucha de clases desde abajo” se habría perdido en las últimas décadas, como ha sucedido a menudo a lo largo de la historia. Tal vez la forma de llevarla no haya sido la más acertada. Por tanto, el silencio en torno a las clases y la lucha de clases puede interpretarse de igual manera como un indicio de que todos aquellos que pugnan por más igualdad -es decir, también por un equilibrio en cuanto al bienestar y, con ello, además por una democratización en el mundo- han sufrido una derrota histórica, ya que las extremas diferencias entre los patrimonios y los ingresos suponen relaciones sociales y políticas de poder históricamente determinadas; esto es, “determinados caracteres sociales de las condiciones de producción y determinadas relaciones sociales entre los agentes de la producción”, así como relaciones de propiedad históricamente determinadas. Es decir,

Marx (*El capital*, Tomo III, Vol. 8: 1119) subraya la importancia del análisis histórico frente al conceptual.

Asimismo, distingue en sus comentarios sobre la lucha de clases entre la situación de clase de la burguesía y del proletariado en condiciones capitalistas desarrolladas y el antagonismo entre acreedores y deudores (Marx, *El capital*, Tomo I, Vol. 1: 165-167) en el mundo precapitalista, en el mundo antiguo. Las luchas entre deudores y acreedores eran tan virulentas que amenazaban la colectividad o, como lo expresa el *Manifiesto comunista* (Marx y Engels: 49), terminaron “con el hundimiento conjunto de las clases en lucha”. Ésa era la razón del desendeudamiento por decreto público promulgado por Solón en Atenas, en el año 594 a. C., y de la prohibición de cobrar intereses que hasta hoy en día sigue ejerciendo influencia en el islam. De hecho, las luchas en torno a las deudas se han disputado como luchas económicas de clases y luchas políticas por el poder, mismas que en algunas situaciones se han agudizado a tal grado de adquirir características de guerras civiles. Y no estamos hablando de ningún pasado precapitalista, sino de una realidad vigente hasta nuestros tiempos. Pero, a la vez, la diferencia es notable. En la antigua Atenas, Solón atendió la superación de la grave crisis de la deuda de aquel entonces mediante una conciliación entre los intereses de acreedores y deudores. Hoy, la troika -integrada por el Banco Central Europeo (BCE), la Comisión de la Unión Europea y el Fondo Monetario Internacional (FMI)- se ha encargado de reglamentar el endeudamiento de Grecia y de otros países de la eurozona. Su línea política consiste en una política económica que procura transferir la mayor cantidad posible de medios monetarios al servicio de la deuda en favor de los acreedores, sin importar las consecuencias para las sociedades afectadas.

Los mercados financieros son un vehículo eficaz de la redistribución, y por consiguiente, de la “acumulación por desposesión”. Por una parte, ésta se mantiene mediante el desmesurado aumento del crédito al consumo, ya que así se pueden bajar los ingresos salariales y, no obstante, conservar durante un tiempo ilusorio el nivel de consumo mediante el financiamiento crediticio, hasta que al vencimiento de los créditos se empieza a tocar la sustancia del patrimonio de los deudores. Ése es el momento de los swaps de deuda por capital (*debt-for equity*), de deuda por naturaleza (*debt-for-nature*) o de “deuda por isla bonita”. Si en lo monetario no puede sacarse nada de los deudores, debe ser permitido que los acreedores puedan resarcirse de las riquezas de los deudores.

Los gigantescos paquetes de rescate bancario únicamente pueden amarrarse porque en el “momento de la verdad”; esto es, a su vencimiento, pueden ser redistribuidos hacia los bancos con ayuda estatal alimentada por los flujos de ingresos provenientes de los contribuyentes y de los beneficiarios de salario sociales.

El éxito de la lucha de clases desde arriba se manifiesta entonces como una victoria política en tanto que se logra estabilizar el poder de la clase dominante. Y los mecanismos disponibles en los mercados financieros para superar las crisis ayudan a lograrlo. Por lo menos temporalmente funciona así, ya que la estabilización del poder no radica en un consenso hegemónico; o sea, la legitimación del dominio es cuestionada. Lo “provisional” puede durar bastante tiempo. Pero la paciencia de la gente es limitada, sobre todo, porque las provocaciones de los luchadores de clase desde arriba son desmesuradas.

...y conflictos laborales desde abajo

En la acepción tradicional, las luchas de clases se disputan, por un lado, por la remuneración en la esfera de la circulación y, por consiguiente, por la distribución de la renta y, por otro, por las condiciones del trabajo que se gasta en el proceso de producción. Empero, esta distinción no basta para responder a la pregunta que ahora plantea Marx (*El capital*, Tomo III, Vol. 8: 1124): “¿Qué hace que trabajadores asalariados, capitalistas y terratenientes formen las tres grandes clases sociales?”. Pues, ahora no sólo tendrían que considerarse las distintas fuentes de la renta para determinar la pertenencia “objetiva” a una clase, sino también factores subjetivos que forman la conciencia de clase. En *Miseria de la filosofía* Marx (120) refiere al respecto: “Las condiciones económicas transformaron primero a la masa de la población del país en trabajadores. La dominación del capital ha creado a esta masa una situación común, intereses comunes. Así, pues, esta masa es ya una clase con respecto al capital, pero aún no es una clase para sí. [En la lucha [...] esta masa se reúne, se constituye en clase para sí.] Los intereses que defiende se convierten en intereses de clase. Pero la lucha de clase contra clase es una lucha política”. La “clase para sí” adquiere conciencia de sí misma por medio de procesos de aprendizaje, los cuales se

elaboran y asimilan de manera colectiva.

Eso puede interpretarse realmente como un rechazo anticipado a la difundida separación entre luchas económicas, “sindicalistas” y políticas, misma que se remonta a la crítica del economicismo que formuló Lenin (sobre todo en *Qué hacer*, Alianza, 2016). De igual forma, el historiador británico E. P. Thompson considera que esta separación es más bien contraproducente porque no permite comprender la dinámica de las clases y de los movimientos de éstas. Ese argumento también se dirige contra una sociología encasillada que define las clases y luego asigna -usando métodos de estadística social- los grupos poblacionales a una casilla. Tal vez este procedimiento puede arrojar una instantánea interesante de la estructura social de un país, pero de ninguna manera puede captar conceptualmente la dinámica del desarrollo de las clases (en tanto proceso de aprendizaje) en el espacio global.

Hay diferentes enfoques que tratan de cerrar la brecha dejada por una teoría de clases que procede de manera esquemática. Por ejemplo, la teoría del “ciclo económico-político” del economista político polaco Michael Kalecki, desarrollada en los años 1940, considera las actividades de clase en el marco del ciclo de crisis económicas. Durante el auge coyuntural disminuye el desempleo, aumenta el poder de negociación de la clase trabajadora, y se pueden lograr mayores ingresos salariales y mejores condiciones de trabajo. De este modo se ejerce presión sobre la tasa de ganancia, razón por la cual los capitalistas limitan la inversión y, en consecuencia, aumenta el desempleo y el poder de negociación de la clase trabajadora y de sus organizaciones se debilita, mejorando así la condición económica de los empresarios y las posibilidades para que puedan imponer sus intereses. La tasa de ganancia puede volver a subir, se llevan a cabo inversiones, el desempleo baja y, de ese modo, también mejoran las condiciones de lucha de la clase trabajadora, etcétera (Kalecki, 1987). De ahí que las fuentes de las rentas -los salarios y las ganancias- evolucionen de manera cíclica. Empero, en este enfoque la clase trabajadora no es percibida ni es tomada en serio como sujeto activo. La lucha de clases funciona como un mecanismo de reloj con regulador cibernético.

Si bien es un modelo basado en una mirada bastante mecanicista, evidencia que es difícil salvaguardar y defender los éxitos conseguidos por la clase trabajadora en la lucha por la distribución sin que cambien las condi-

ciones sistémicas generales. También los teóricos reformistas del Estado social de los años 1920 llegaron a esta conclusión: las luchas reformistas pueden ser exitosas, pero para asegurarlas es indispensable -como lo expresó el politólogo e historiador estadounidense Charles W. Mayer- que las masas, mediante sus organizaciones, ingresen al Estado, para cuya estabilidad política desempeñan un papel funcional. En consecuencia, la clase trabajadora debe estar dispuesta a integrarse al sistema político, mismo que afianza la división de clases, para lograr que aumenten los flujos desde las fuentes de rentas.

Aquí se pone de manifiesto que el terreno de los conflictos de clases se halla en gran parte en la esfera estatal y no sólo en la privada, además de que es ahí donde tiene lugar la tan a menudo citada “condensación” de las relaciones de fuerza (cf. Poulantzas, 2002; Demirović, 2000) y que no pocas veces el terreno es empujado y conduce a prácticas reformistas por parte de los movimientos sociales en el Estado ampliado; esto es, encausa a la integración de los movimientos sociales dentro de las instituciones de la estatalidad.

También en otro contexto, o sea, en un contexto liberal, el sociólogo Ralf Dahrendorf señaló esta dinámica con su tesis de la “institucionalización de los conflictos de clase”: contrario a lo que aluden Marx y Engels en el *Manifiesto comunista*, el conflicto de clase de ninguna manera es disfuncional para el sistema, sino sumamente funcional. Sirve para renovar, adaptarse a y superar retos siempre nuevos. Sin el conflicto de clase y su institucionalización, el sistema capitalista perdería flexibilidad y, por tanto, sería menos exitoso.

Asimismo, Beverly Silver (2005) estaría de acuerdo con la tesis de que el conflicto de clase y su institucionalización se alternan, aunque con signo invertido, con otra argumentación y tendencia política. En su estudio de las “fuerzas de trabajo” usa el concepto de la “conflictividad laboral” (*labor unrest*), el cual es más amplio que el de la lucha de clases o los conflictos de clase, no provoca malentendidos heroicos y enfatiza la resistencia cotidiana contra el capital, más allá de todo mecanismo reformista-funcional de integración e institucionalización. Provisto de este concepto es posible encarar la arena sobre la derrota histórica en la lucha de clases en el plano global; la que, por cierto, era y es muy difundida después del fin del socialismo realmente existente. Pues los conflictos laborales siguen estallando

en todo el mundo: “Allí donde va el capital, no tarda en surgir el conflicto entre la clase trabajadora y el capital” (Silver y Zhang, 2010: 605). La institucionalización del conflicto de clase sólo se logra temporalmente. La injusticia y la subalternidad suscitan resistencia. Así también lo puntualiza el postulado central del “operaísmo”: aquella teoría que habría de alcanzar relevancia estratégica para las luchas de clases en el “otoño caliente” italiano a finales de los años 1960. No obstante, sigue en pie la pregunta: ¿De qué depende la resistencia y cuáles son los factores que influyen en su gestación, evolución, y en su debilitamiento y reavivación? ¿Son los conflictos laborales “una idealización popular de las clases bajas”, como se mofa Bourdieu (2005: 39), un pequeño correctivo en el proceso global de la acumulación capitalista o siempre sí el camino que le permita a las clases trabajadoras empujar su poder en su favor dentro del capitalismo global, como lo supone Silver?

El caso es que eso no ha sucedido en las últimas dos décadas. La distribución del ingreso ha cambiado en detrimento de las personas que dependen de salarios y sueldos. En el capitalismo actual, impulsado por los mercados financieros, los acreedores constituyen realmente una armada global integrada por bancos privados, gobiernos nacionales, organizaciones internacionales como el FMI y el Banco Mundial, agencias de calificación crediticia y de consultoría. Son estas instituciones las que organizan, o ayudan a organizar, el saqueo de los “deudores de la última instancia”; o sea, de los asalariados, de las personas que reciben prestaciones sociales, de las que pagan impuestos tributarios (dado que en la competencia fiscal global los impuestos de sociedades han sido bajados a los niveles que prevalecen en Irlanda o Letonia, de apenas un poco más de 10%), ya que únicamente así pueden rescatarse las instituciones financieras que son “relevantes para el sistema”. Por otra parte, siguen estallando sublevaciones de las personas afectadas por recortes salariales y de salarios sociales, como en Grecia, España, Francia, Italia y en otros lugares. Son conflictos fragmentados en los ámbitos de los Estados-nación, en todo caso, les hace falta la perspectiva europea, y ni hablar de la global. Es por eso que los procesos de aprendizaje para formar la “clase para sí” deben realizarse de nuevo en cada “determinada situación histórica” para que la conflictividad laboral tenga una perspectiva. Y ésa no se la pueden proponer los intelectuales desde fuera a la clase trabajadora, tal y como se ha intentado muchas veces, arrojando

como resultado la frustración. La “Canción del frente unido” de Bertolt Brecht da en el clavo:

*Y porque el proletario es proletario
no será por otro emancipado.
La liberación de los obreros
sólo por obra de ellos se hará.*¹²

El verdadero movimiento razona, como lo suelen hacer las personas que piensan y actúan. Pero también tiene canciones; y -como dice un refrán popular alemán- donde se canta, ahí tranquilamente te puedes quedar.

12 Versión de la traductora (Nota de la T.).

14. El buen vivir en el “socialismo verde”

Las investigaciones sobre la mercancía como célula madre de la formación social capitalista nos han llevado hasta las relaciones de clase: Hemos creado el enlace entre el primer capítulo del primer tomo de *El capital* sobre “La mercancía” y el último capítulo del tercer tomo sobre “Las clases”. El todo armoniosamente ordenado no se limita a ampliar de manera significativa los conocimientos sobre la dinámica, las contradicciones y las crisis del modo de producción capitalista, sino que en el último párrafo del capítulo XXV sobre “La teoría moderna de la colonización”, Marx (*El capital*, Tomo I, Vol. 3: 967) escribe acerca de la “economía política del Viejo Mundo” que ésta “proclama en alta voz” un secreto: “El modo capitalista de producción y de acumulación y por ende también la propiedad privada capitalista, presuponen el aniquilamiento de la propiedad privada que se funda en el trabajo propio, esto es, la expropiación del trabajador”. *El capital* conquista el espacio y el tiempo, y somete a todo el mundo a sus principios de producción y acumulación del plusvalor, tal y como se analiza en *El capital*. De ahí que la globalización no comience a desarrollarse con el derrumbe del socialismo realmente existente, más bien es, desde un inicio, inherente a la relación capitalista como el mercado mundial lo es al concepto del capital (como lo exponen las citas de los Grundrisse).

Pero ni el tiempo es infinito ni el espacio ilimitado y, por consiguiente, el dominio del capital no puede ser eterno. Es por eso que el *Manifiesto comunista* de Friedrich Engels y Karl Marx (66) afirma: “El progreso de la industria [...] sustituye el aislamiento de los obreros, consecuencia de su concurrencia, por su unión revolucionaria, consecuencia de su asociación. Con el desarrollo de la gran industria cede bajo los pies de la burguesía la base misma sobre la que produce y se apropia de los productos. Produce, sobre todo, sus propios enterradores. Su hundimiento y la victoria del proletariado son igualmente inevitables”. Desde luego que no debe subestimarse la extraordinaria elasticidad del capital para reaccionar a las crisis causadas por él mismo de una forma que vuelve a estabilizar el sistema. Eso es el tema de las teorías de la sociedad de inspiración marxista que surgieron a partir de la teoría de la hegemonía social de Antonio Gramsci, las cuales forman, por tanto, parte imprescindible de una lectura reflexiva de la obra de Marx.

Ni es paradójico que si bien muchos representantes de la “burguesía” (esta denominación se emplea para simplificar atribuciones, en general bastante complejas, mas no en sentido peyorativo) absuelven a Marx y aseguran que probablemente en gran parte tuvo razón (algunos ejemplos se citaron en la introducción), no les agradan los intentos de mostrar “camino al comunismo”. Por tanto, se puede comprender la irritación que provocó en la opinión pública alemana un artículo de Gesine Löttsch (junge Welt del 3 de enero de 2011) que lleva precisamente este título. Las violentas reacciones de rechazo no sólo se plasmaron en exigir que el *Verfassungsschutz*¹³ observara al partido DIE LINKE14 (lo que ya está sucediendo), presidido en ese entonces por Gesine Löttsch, sino en que de una vez se prohibiera la existencia del mismo. Incluso los menos versados dentro de la clase política se enteraron de que una gran minoría de los alemanes no cree que el capitalismo sea la culminación de la sabiduría ni la mejor decisión divina, sino que pueden imaginarse alternativas al sistema social actual. No obstante, fundamentarlo inteligentemente en tanto opinión y no sólo expresarlo de forma anonimizada en una encuesta hace revolotear las polillas en el baúl de los viejos recuerdos. Pues una cosa es pensar alternativas; y, otra, vincularlas con la cuestión del poder.

Así siempre ha sido, desde que “un fantasma recorría Europa, el fantasma del comunismo. Todas las potencias de la vieja Europa se han aliado en santa cacería contra este fantasma” (Marx y Engels, *Manifiesto comunista*: 47). “El socialismo”, así escriben Marx y Engels en el prefacio a la edición inglesa del *Manifiesto comunista* del año 1848, “era, al menos en el continente, ‘respetable’; el comunismo era justamente lo contrario” (ibid.: 108). Pero ya que Marx y Engels (ibid.) opinaban “desde el principio, que la emancipación de la clase obrera tiene que ser obra de la misma clase obrera,

13 Uno de los tres servicios de inteligencia de Alemania es la agencia denominada *Verfassungsschutz* (Protección de la Constitución), que se dedica a asuntos del ámbito doméstico (Nota de la T.).

14 DIE LINKE (LA IZQUIERDA) es un partido político alemán fundado en 2007 a partir de la fusión entre el Partido del Socialismo Democrático (PDS, por sus siglas en alemán) y la Alternativa Electoral por el Trabajo y la Justicia Social (WASG, por sus siglas en alemán) (Nota de la T.).

no podía haber duda ninguna acerca de cuál de los dos nombres debíamos elegir. Más todavía, desde entonces estamos lejos de rechazarlo”. Ya que, así lo explican en la *Ideología alemana* (390) de los años 1845 a 1847, la sociedad comunista es “la única donde el desarrollo original y libre de los individuos no sea una frase, este desarrollo se halla condicionado precisamente por la cohesión de los individuos, cohesión que se da, en parte, en las premisas económicas mismas y, en parte, en la necesaria solidaridad del desarrollo libre de todos y, finalmente, en el modo universal de manifestarse de los individuos sobre la base de las fuerzas de producción existentes”. Lo escribieron en el periodo previo a la Revolución alemana de 1848-1849 (*Vormärz*), durante el periodo de la restauración, antes de que estallara esta revolución. Declararse partidario del comunismo fueron palabras campan-tes y valientes, y quienes las pronunciaron lo arriesgaban todo.

El movimiento real y a escala mundial

Pero habrá quien pregunte si a finales del siglo XXI el comunismo no está irremediamente comprometido a causa de su historia durante el siglo XX. ¿No es un hecho que en *El libro negro del comunismo* del año 1997 se cuentan por millones las víctimas del “holocausto rojo” orquestado por partidos comunistas? En tanto se trata de víctimas de crímenes, o si éstos hubieran podido evitarse, se carga y se debe abordar una enorme responsabilidad histórica. Empero, las necesarias críticas y condenas de los crímenes estalinistas no pueden consistir en arreglarse con el capitalismo tal y como lo conocemos sin ni siquiera considerar alternativas a la sociedad capitalista realmente existente.

A este respecto, Adorno y Horkheimer, los fundadores de la “Escuela de Fráncfort”, estaban más adelantados después de las experiencias del holocausto nacionalsocialista. Hicieron hincapié en que las relaciones capitalistas eran las responsables del fascismo y sus terribles crímenes en la primera mitad del siglo XX. “Quien no quiera hablar del capitalismo, debería callar en lo que al fascismo se refiere”, escribió Max Horkheimer. Es decir, quien condena los crímenes nacionalsocialistas, debe ahondar en el capitalismo. La época de transición en la cual nos encontramos no es, por tanto, un constructo que haya sido inferido

de manera teórica, sino el resultado histórico de los modos de producción y de vida en los más de 200 años que han transcurrido desde la Revolución Industrial y de las aberraciones que amagan durante las graves crisis de la acumulación de capital. La crítica del estalinismo es necesaria, pero no debe subir de tono de modo que acalle con su ruido la -igualmente necesaria- crítica del capitalismo.

Pues, ¿no son millones las personas que se han sacrificado por “una sociedad sin jerarquías, potentados y súbditos, sin esclavitud salarial e impotencia”? Así lo resume el filósofo húngaro G. M. Tamás, quien no permite que una opinión pública exaltada le arrebathe *the “c”-word*: “En el comunismo el ser humano está en armonía consigo mismo y con la naturaleza [...] No hay clases que estén enfrentándose como enemigos [...] El comunismo no conoce la disciplina que impone el proceso de producción capitalista” (conversación con el diario alemán *neues deutschland* los días 5 y 6 de febrero de 2011). Marx y Engels escriben en *La ideología alemana* (61-68) que el comunismo no es un ideal que debería servir de pauta para el mundo real y su historia. También para Rosa Luxemburg, así lo señala Gesine Lötzschen en su ponencia sobre los “caminos al comunismo”, el socialismo (o comunismo) “no es un ideal acabado, un plan de obra ingeniosamente trazado, sino algo que habrá de crecer en el curso de las luchas reales”. Marx y Engels (*La ideología alemana*: 29-30) llaman “comunismo al movimiento real que anula y supera el estado de cosas actual. Las condiciones de este movimiento se desprenden de la premisa actualmente existente. Por lo demás, la masa de los simples obreros -de la mano de obra excluida en masa del capital o de cualquier satisfacción, por limitada que ella sea- y, por tanto, la pérdida no puramente temporal de este mismo trabajo como fuente segura de vida, presupone, a través de la competencia, el mercado mundial. Por tanto, el proletariado sólo puede existir en un plano histórico-mundial, lo mismo que el comunismo, su acción, sólo puede llegar a cobrar realidad como existencia histórico-universal. Existencia histórico-universal de los individuos, es decir, existencia de los individuos directamente vinculada a la historia universal”. El capitalismo gesta con su dinámica de acumulación el mercado mundial y, por consiguiente, una alternativa a él también tendrá alcance global.

En el mundo ecuménico se dice que muchos caminos conducen a Roma, lo que también es válido en el mundo de las alternativas: muchos caminos

conducen al comunismo, el cual tiene muchas caras e igual cantidad de nombres. La gran tarea política consiste en que estas muchas caras adquieran un rostro humano que deberá permanecer, por encima de todos los peligros.

No hay vida justa en la vida falsa

¿Por qué esforzarse en lograr la transformación social si se sabe que es un proceso arduo y largo? ¿Por qué cargar con las disputas extenuantes con el *Zeitgeist* (espíritu de una época) y sus defensores, por qué entrar en conflicto con el poder estatal? Pero no son únicamente las reflexiones normativas sobre la futura sociedad -llámese ésta socialista o comunista o de cualquier otra forma- por las que debemos plantearnos estas preguntas, sino también por los argumentos que se desprenden del análisis crítico de la sociedad actual, ya que esta sociedad no les ofrece a todos los seres humanos, y en todos los tiempos, la posibilidad de vivir bien y en paz con los demás y con la naturaleza. De ahí que la utopía del buen vivir siga siendo un objetivo deseable. El análisis implacable del modo de producción capitalista, como Marx lo ha practicado en forma de la *Crítica de la economía política*, puede elucidar por qué y cómo la utopía es posible, y que no es un nirvana idealista, sino algo concreto; y por qué es necesaria la realización de la utopía concreta mediante una praxis que transforme la sociedad.

El análisis demuestra que el capitalismo moderno no es sustentable, que en las crisis y guerras tiene un efecto destructor y autodestructor y que, a lo sumo, le permite a una minoría gozar de un buen vivir. Las amplias masas conformadas por siete mil millones de seres humanos están forzadas a llevar una vida miserable. No cabe la buena vida en la vida mala ni la vida justa en la falsa.

En la era neoliberal impulsada por el sector financiero, el capitalismo ha, despiadadamente, puesto en práctica lo que el historiador austrohúngaro Karl Polanyi (1978) describió hace más de medio siglo -evocando los 200 años de desarrollo capitalista transcurridos desde la Revolución Industrial- como “desincrustación del mercado de la sociedad”. La consecuencia de la subordinación de los sistemas sociales al mercado significa su destrucción. Lo mismo sucede con la naturaleza. Con mercados sumamente eficientes los seres humanos y la naturaleza son explotados sin miramientos. Queda

un “agujero negro” de recursos saqueados, relleno con los desechos del modo de producción y de vida “imperial”; y masas desesperadas en busca de una vida mejor.

Es evidente: la “superficie esférica” del planeta Tierra es limitada. Así lo afirma Immanuel Kant y fundamenta con este razonamiento el “imperativo categórico”. Puesto que no es posible extenderla más allá de sus medidas o imitar a los pobladores de los albores de la Edad Moderna para descubrir y colonizar un nuevo planeta en vez de nuevos continentes, el mercado y el capitalismo deben ser domados y adaptados a los rigurosos límites de la naturaleza del planeta Tierra y a los mandamientos morales del buen vivir. Eso no es fácil, dado que incluso con la destrucción del planeta puede ganarse mucho dinero y para contrarrestar el principio de la ganancia no basta aducir algunos buenos argumentos. A causa de la dinámica capitalista desenfundada los *tipping points* naturales, los puntos de inflexión del desarrollo se acercan cada vez más. Aún falta aprender que tanto el desarrollo social como la revolución social tienen lugar en la naturaleza y que, hoy en día, la revolución consiste precisamente en atender a las leyes de la naturaleza, en vez de permitir que las fuerzas del capitalismo despiadado las arrojen por la borda.

¿Cómo se puede lograr? Un “plan maestro” no sólo no ayuda, sino que conduce por un camino equivocado. Pues, *en primer lugar*, y -como en el caso del príncipe de la isla de Serendip en el cuento tradicional persa- no siempre se encuentra lo que se busca, sino, al contrario, aquello que no se ha buscado. Ésta es la serendipia, que forma parte de las vivencias diarias de todas aquellas personas que navegan en Internet. Ese tema ya se abordó en la introducción. *En segundo lugar*, el plan no sería otra cosa que emplear una filosofía de “arriba hacia abajo”, misma que ha provocado tanta desgracia: el comité central o la vanguardia deciden el rumbo y la meta; y todos los demás, las “amplias” masas, lo siguen. “Con vanguardias”, así otra vez G. M. Tamás, “no me refiero a las que ya tuvimos a lo largo de la historia. No se trata de conducir, dirigir, sino de ‘seducir’, vivir lo otro a modo de ejemplo”. De ahí que la alternativa al capitalismo realmente existente, y tan destructor, no se conciba para convertirla en un precepto que todos deberían seguir, sino que se desarrolla en el curso del análisis crítico de la realidad capitalista, se ensaya en la práctica y se mejora activa y creativamente, y de eso se encargan las personas que deben enfrentarse a esta realidad y vivir en ella. El objetivo utópico concreto sigue siendo: La “superación positiva de la

propiedad privada, como autoalienación humana y, por ello, como verdadera apropiación de la esencia humana por y para el hombre. Por ello, como retorno del hombre para sí en cuanto hombre social, es decir, humano; retorno pleno que, en cuanto tal, es consciente y tiene lugar en el marco de toda la riqueza de la evolución precedente. Este comunismo es, en cuanto naturalismo pleno = humanismo; en cuanto humanismo pleno = naturalismo, es la verdadera solución del conflicto que el hombre sostiene con la naturaleza y con el propio hombre” (Marx, *Manuscritos económico-filosóficos* de 1844: 141-142). El conflicto entre las personas puede resolverse únicamente si la vida y el trabajo se organizan de forma solidaria, y si se siguen desarrollando todos los planteamientos que apuntan a una economía solidaria.

La fuerza de la solidaridad cooperativista

El verdadero movimiento no puede inventarse. No es una creación intelectual, sino que es el resultado de conflictos prácticos de individuos concretos en condiciones históricas concretas. Lo podemos comprobar nada más con echar una mirada al movimiento cooperativista, el que justo en las crisis de los últimos años ha experimentado un nuevo auge (las siguientes reflexiones se exponen con más detalle en Altwater 2012). 800 millones de personas en aproximadamente 100 países son cooperativistas y la diversidad de la arena cooperativista es muy grande (www.ica.coop/al-ica/). Asimismo, las cifras de las Naciones Unidas sobre los miembros de cooperativas pueden leerse lo mismo como una noticia de éxito en lo que se refiere a la fuerza de la solidaridad, que como indicador de la miseria en el mundo y del retiro forzado del Estado de sus funciones sociales en la crisis fiscal y financiera.

Un ejemplo que lo demuestra es el apogeo de las cooperativas en Argentina a comienzos del siglo XXI. La economía de mercado “dolarizada” dejó de funcionar cuando en la crisis de los últimos años de la década de 1990 comenzaban a faltar los dólares estadounidenses, los que constituían la base del dinero circulante, ya que con el peso argentino vinculado al dólar estadounidense se revaluó la moneda, lo que bloqueó las exportaciones y abarató las importaciones. Las reservas de divisas iban desvaneciéndose. Los movimientos de tomas de tierras y fábricas reorganizaron, en un principio de forma espontánea y, en general, con éxito, la producción y

distribución hasta que los espacios sociales (pero también territoriales) les otorgaron a las tomas una forma legal mediante acto soberano; esto es, como cooperativas.

Es decir, los movimientos *Occupy* de Estados Unidos y de Fráncfort o París tienen entonces una historia previa de movimientos y personas en movimiento: el movimiento de los sin tierra se ha apropiado de la tierra, los que han ocupado fábricas se han apropiado de las fábricas, los piqueteros de las calles argentinas y los acertadamente llamados -y no por casualidad- movimientos socioterritoriales han ocupado los territorios con los recursos y el agua. Por ende, no es fortuito que las dimensiones espaciales de los movimientos sociales se han tematizado sobre todo en América Latina (cf. Geiger, 2010).

También en la crisis europea hoy están surgiendo nuevas formas económicas solidarias, cooperativas, redes de trueque locales y basadas en Internet, cuyos protagonistas a veces las conciben como una forma previa de una nueva sociedad. No obstante, la mayoría de las veces son medidas directas contra la situación precaria en tiempos de graves crisis. Ésta se manifiesta en concreto como una pérdida masiva de empleos, recortes -a menudo brutales- de ingresos y fuertes reducciones de las prestaciones sociales estatales, así como en forma de la privatización de bienes públicos importantes para la vida de la población. Si no fuera por los movimientos cooperativistas que se están constituyendo, la vida de millones de personas en Grecia sería aún más desoladora como de todas maneras ya la es a raíz de la orgía de recortes de ingresos y prestaciones sociales estatales impuestos por la troika integrada por el FMI, la Comisión de la Unión Europea y el BCE.

En una serie de países latinoamericanos el movimiento de una “economía solidaria” ha recibido apoyo de los gobiernos y las instituciones del sistema político. Ahora bien, ¿cómo podrían formar una unidad la producción cooperativista y la distribución y redistribución estatales? Y, ¿cómo podrían el Estado nacional, las iniciativas sociales, los movimientos, las organizaciones en el espacio público, pero también en la esfera de la producción, y además junto con las instituciones globales y las plataformas de comunicación, forjar el modelo futuro de una sociedad en el marco del “socialismo en el siglo XXI”?

La economía del buen vivir

El capitalismo ya no cabe en el mundo actual: éstos eran los murmullos que llegaban desde Davos en el año 2012. Tan sólo por consideraciones ecológicas estaría en el orden del día la “gran transformación”, señalaba en el año 2011 el Consejo Consultivo Científico sobre los Cambios Globales del Medio Ambiente (WBGU, por sus siglas en alemán: www.wbgu.de/hauptgutachten/hg-2011-transformation/). Por ende, no existe el fin de la historia, pero sí el fin del capitalismo tal y como lo conocemos. Aquí, inevitablemente surge para el orden del día la pregunta acerca de las reservas que posee el modo de producción capitalista para que pueda integrar adaptaciones dentro de la formación social capitalista. Con Antonio Gramsci habría que preguntar entonces qué tan grande es su “fuerza transformadora” para que la “gran transformación”, mencionada por la WBGU, se mantenga lo suficientemente pequeña con el fin de que quede dentro de la formación social capitalista.

Pero en el siglo XXI se está recurriendo a la antigua herencia de la población indígena de América Latina. El nuevo énfasis en la solidaridad y la cooperación para contrarrestar la competencia es percibido como una sorprendente “nueva visión” (Barkin Lemus, 2011): *Sumak Kawsay*, el “buen vivir” o el “vivir bien” en “diversidad y armonía con la naturaleza” (como lo estipula el preámbulo de la Constitución de la República del Ecuador de 2008), en una comunidad solidaria de personas que cooperen en vez de competir, que no se dediquen al afán de lucro, sino que quieran crear a largo plazo y de manera sostenible una vida colectiva. Ya no se aceptan ni el saqueo de la riqueza de recursos del continente ni la explotación de las personas ni la falta de respeto a las tradiciones indígenas, y tampoco el menosprecio de la soberanía política que mostraron las potencias imperialistas en los siglos pasados hasta nuestros días. En contra de la colonización generalizada en su forma de valorización continua se anuncia una extensa descolonización. En Bolivia y Ecuador se establece el “buen vivir” o “vivir bien” como principio constitucional y también en la constitución venezolana encontramos muchos elementos participativos.

Es más: la naturaleza se concibe como persona jurídica propia, como “pachamama” en el “orden cosmológico del buen vivir” (Cortez y Wagner, 2012). Esta concepción de la relación ser humano-naturaleza rebasa el mo-

delo de dominación de la naturaleza caracterizado por su racionalismo y luego realizado en el capitalismo como práctica globalizada. Una práctica que comprende el proceso ininterrumpido de valorización de los recursos naturales, la transformación de las riquezas naturales, que pertenecen a todos, en bienestar económico -individualizable, medido en dinero y transferible- de unos cuantos, quienes pueden sentirse felices con sus riquezas o no.

El socialismo verde del siglo XXI

El capitalismo realmente existente, tal y como lo conocemos, ha llegado al final de un callejón sin salida en cuanto a su desarrollo. En un principio, la “victoria en la Guerra Fría” ha dado vía libre a las fuerzas capitalistas, lo que motivó el griterío triunfal sobre el “fin de la historia” en vista de que ya no parecía posible imaginarse alternativas más allá de las formas del capitalismo real. No obstante, la euforia por el fin de la historia no duró mucho. Pues fue cada vez más evidente que el desarrollo llevaba al callejón sin salida, “sin alternativa”, respecto de la crisis de la relación social con la naturaleza, de las crisis energética, climática y alimentaria, así como de la crisis financiera y económica más grave en la historia del capitalismo. De hecho, la “gran transformación” es inminente.

Empero, mucho de lo que fue de importancia cardinal para el socialismo del siglo XX, no puede arrastrarse al XXI. La era fósil llega irremediamente a su fin: las reservas convencionales de petróleo, gas y carbón casi se han agotado, se ha alcanzado el pico del petróleo, el del gas está próximo y el del carbón también es previsible. Si bien es cierto que hay reservas no convencionales, su explotación ocasiona costos ecológicos y sociales muy elevados, aparte de que implica altos riesgos. *Deepwater Horizon* es un mal augurio. El petróleo polar, y más aún el petróleo en las arenas bituminosas de Canadá y Venezuela, únicamente puede extraerse usando mucha energía y permitiendo enormes destrucciones ecológicas. Tampoco es seguro que el gasto energético para extraer las fuentes de energía fósil -ni hablar de las medidas de recultivación necesarias- sea menor que la energía cosechada (el cociente de la tasa de retorno energético es menor de 1). Y después de Fukushima la energía nuclear no es ninguna alternativa.

El aumento de la concentración de gases climáticos en la atmósfera es otro argumento que evidencia que la dependencia de las fuentes de energía

fósiles ya no puede superarse mediante la explotación de nuevos yacimientos de carbón, petróleo o gas. La única salida es transitar a un modo del actuar económico con menos consumo de energía, basado en fuentes de energía renovables, solares. El socialismo del siglo XX fue esencialmente fósil, el del siglo XXI sólo puede ser solar; es decir, ecológico, apoyándose en la energía foto- y termovoltaica, la energía hidráulica, eólica y la del oleaje, así como en la biomasa. A la inversa, los ecologistas sólo pueden acercarse más a sus objetivos si son socialistas.

No obstante, el socialismo verde, ecológico únicamente puede lograrse si se abandona la ruta del mayor crecimiento económico posible. Eso tiene muchas consecuencias, dado que la “economía verde”, el “capitalismo verde”, no tiene las soluciones para los problemas ecológicos. Si se frena el desarrollo, también debe “desacelerarse” la acumulación de capital. Se deben producir menos bienes para las inversiones, y más para el uso y consumo. Esta decisión sobre el rumbo por tomar afectará el desarrollo de la tecnología y la ciencia. Entonces, debe cambiar, asimismo, la distribución; es decir, en favor del trabajo y a cargo del capital. En el siglo XX ni la racionalidad capitalista ni la socialista tuvieron que fijarse en la naturaleza y sus límites en cuanto a reservas de recursos y sumideros de contaminantes. Las puntualizaciones críticas de Marx y Engels en torno a la cuestión de la naturaleza se pasaron al olvido. Durante la era de la “rivalidad de los sistemas” se trataba de salir vencedor, y para lograrlo había que aumentar el crecimiento, aunque fuera siguiendo un camino en el cual las naciones capitalistas desarrolladas llevaban una considerable ventaja y donde les fue fácil impedir que fueran “alcanzadas y rebasadas”, lo que fue un lineamiento político en los países realsocialistas después de la Segunda Guerra Mundial.

La condición para que pueda concretarse una racionalidad colectiva es disponer colectivamente sobre las condiciones materiales de trabajo y vida. El socialismo del siglo XX se proponía garantizarlo, sobre todo, por medio de la propiedad estatal. No obstante, en el socialismo verde del siglo XXI se requiere una mayor diversidad en lo que se refiere a las formas de propiedad: propiedad cooperativa que corresponda a la gran importancia del movimiento cooperativista; propiedad comunal y estatal que garantice la provisión de bienes públicos; propiedad colectiva de los bienes comunales a los que no pueden tener acceso de manera exclusiva ni particulares ni el Estado; y, por tanto, también son pertinentes las formas de propiedad y

modalidades de uso tradicionales, indígenas. Incluso la propiedad privada tendrá su lugar dentro de un régimen plural de propiedad, pues es necesario, pero hay que estipular reglas para impedir que despliegue su efecto “disgregador”, como escribe Marx en los borradores de sus cartas a Vera Zasulich.

La idea de que eso pueda evitarse por medio de una planificación centralizada y que la realidad social pueda representarse en una computadora no es algo que sea idóneo para un socialismo verde -esto es, solar, solidario y democrático- del siglo XXI, ya que perdería de vista los múltiples planteamientos relativos a la economía solidaria; es decir, de un movimiento real y transformador para salir de las relaciones capitalistas. No puede tratarse de simular la economía conforme a un plan, porque eso ni es factible. Y si acaso se lograra, sería la computadora utilizada para la planificación la que definiría la producción y el consumo. Pero la planificación debe corresponder a los alcances espaciales y temporales de los bienes producidos y usados, y no debe efectuarse únicamente de forma central o incluso global, sino en diferentes niveles. O sea, lo podríamos comparar con las plantaciones monocultivo en la agricultura industrializada, donde se ha aniquilado la diversidad ecológica y social, cuya importancia para la transformación del modo de producción capitalista fue señalada por Marx en sus cartas a Vera Zasulich. Sólo la diversidad asegura la evolución social y natural, y la evolución es el elemento medular en el concepto r-evolución.

Bibliografía

I. Obras de Marx y Engels citadas

Nota de la T.: El autor cita de las obras de Marx y Engels [en alemán: Marx-Engels-Werke, MEW] en su edición de 1953. El original en alemán remite, por ejemplo, a MEW 23: 15. Seguí esa forma de citar sólo en los casos donde no hay una traducción publicada en español y la traducción es propia. En todos los demás casos, las citas se tomaron de las obras que se detallan a continuación.

Marx, Karl (1847/1975), *Miseria de la filosofía. Respuesta a la filosofía de la miseria de P.-J. Proudhon*, edición a cargo de Martí Soler, 2ª ed., México, Siglo XXI.

Marx, Karl y Friedrich Engels (1848/2013), *Manifiesto comunista*, introducción y traducción de Pedro Ribas, Madrid, Alianza.

Marx, Karl (1859/1980), *Contribución a la crítica de la economía política*, traducción de Jorge Tula, León Mames, Pedro Scaron, Miguel Murmis y José Arico, México, Siglo XXI.

Marx, Karl, *El capital*, traducción de Pedro Scaron (Tomos I y II) y León Mames (Tomo III), México, Siglo XXI:

Tomo I (1867), (Vol. 1 y 2, 1975; Vol. 3, 2ª ed., 1988)

Tomo II (1885), (Vol. 4, 1976; Vol. 5, 2ª ed., 1987)

Tomo III (1894), (Vol. 6, 1976; Vol. 7, 1977; Vol. 8, 1981)

Marx, Carlos (1905/1980), *Teorías sobre la plusvalía II*. Tomo IV de *El Capital*, traducción de Wenceslao Roces, México, Fondo de Cultura Económica.

Marx, Karl (1932/2010), *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, traducción y notas de Fernanda Aren, Silvina, Rotemberg y Miguel Vedda, Buenos Aires, Colihue.

Marx, Karl y Friedrich Engels (1932/2014), *La ideología alemana*, traduc-

ción de Wenceslao Roces, Madrid, Akal.

Marx, Karl (1857/1982), *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, Vol. 1, traducción de Pedro Scaron, México, Siglo XXI.

Marx, Carlos y Federico Engels (1983), *Cartas sobre “El capital”*, La Habana, Editora Política.

II. Obras de otros autores y autoras

Altwater, Elmar (2005), *Das Ende des Kapitalismus, wie wir ihn kennen*, Münster, Westfälisches Dampfboot. [El fin del capitalismo tal y como lo conocemos, traducción de Raúl Alfred Enzenbach y Ángel Ferrero, Barcelona, El Viejo Topo, 2012.]

_____ (2010), *Der große Krach. Oder die Jahrhundertkrise von Wirtschaft und Finanzen, von Politik und Natur*, Münster, Westfälisches Dampfboot.

_____ (2012), “Genossenschaft und gutes Leben. Der Sozialismus des 21. Jahrhunderts”, en: *Blätter für deutsche und internationale Politik*, cuaderno 4, pp. 53-64.

Altwater, Elmar, Hecker, Rolf, Heinrich, Michael y Petra Schaper-Rinkel (1999), *Kapital.doc – Das Kapital (Bd. 1) von Marx in Schaubildern und Kommentaren (mit CD-Rom)*, Münster, Westfälisches Dampfboot. (en Internet: www.scribd.com/doc/48989044/Altwater-Hecker-Heinrich-Rinkel-Kapital-doc)

Anders, Günther (1956/1992), *Die Antiquiertheit des Menschen*, 2 volúmenes, Munich, C.H.Beck. [La obsolescencia del hombre, 2 volúmenes, traducción de Josep Monter Pérez, Valencia, Pre-Textos, 2011.]

Barkin, David y Blanca Lemus, (2011), *La Economía Ecológica y Solidaria:*

Una propuesta frente a nuestra crisis, <http://www.sustentabilidades.org/revista/index.php?>

Bonefeld, Werner y Michael Heinrich, (2011), *Kapital & Kritik. Nach der „neuen“ Marx-Lektüre*, Hamburgo, VSA.

Bourdieu, Pierre (2005), *Die verborgenen Mechanismen der Macht*, Hamburgo, VSA.

Braudel, Fernand (1977), “Die lange Dauer”, en: Schieder, Theodor y Kurt Gräubig (eds.), *Theorieprobleme der Geschichtswissenschaft*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 164-204. [“La larga duración”, en: Revista Académica de Relaciones Internacionales, Núm. 5, noviembre de 2006, Madrid, UAM-AEDRI, pp. 8-9 (www.relacionesinternacionales.info/ojs/article/view/53.html); tercer capítulo del libro de Fernand Braudel *La historia y las ciencias sociales*, traducción de Josefina Gómez Mendoza, Madrid, Alianza, 1979.]

_____ (1986), *Sozialgeschichte des 15.-18. Jahrhunderts*, Vol. I-III, Munich, Kindler. [*Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVII*, Tomos I- III, traducción de Isabel Pérez-Villanueva Tovar, Madrid, Alianza, 1984.]

Brennan, Teresa (2000), *Exhausting Modernity. Grounds for a new economy*, Londres/Nueva York, Routledge.

Bruschi, Valeria, Antonella Muzzupappa, Sabine Nuss, Anne Steckner e Ingo Stütze, (2012), *PolyluxMarx. Bildungsmaterial zur Kapital-Lektüre*, Tomo 1 (con CD), Berlín, Dietz. [*PolyluxMarx. Material educativo para la lectura de “El capital”*. Primer tomo, traducción de Dorothea Hemmerling Galuschka, México, Oficina Regional en México de la Rosa-Luxemburg-Stiftung, en Internet: <http://www.polyluxmarx.de/es/inicio.html>]

Burkett, Paul (2009), *Marxism and Ecological Economics. Toward a Red and Green Political Economy*, Chicago, Haymarket.

Canfora, Luciano (2006): Eine kurze Geschichte der Demokratie. Von Athen bis zur Europäischen Union, Colonia, PapyRossa. [La democracia. Historia de una ideología, traducción de María Pons, Barcelona, Crítica, 2004.]

Cortez, David y Heike Wagner (2012), “Zur Genealogie des indigenen „Guten Lebens“ („Sumak Kawsay“) in Ecuador”, en: Gabriel, Leo/Berger, Herbert (eds.), Lateinamerikas Demokratien im Umbruch, Viena, Mandelbaum, pp. 167-200.

Dahrendorf, Ralf (1957), Soziale Klassen und Klassenkonflikt in der industriellen Gesellschaft, Stuttgart, Enke. [Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial, traducción de Manuel Troyano de los Ríos, Madrid, Rialp, 1979.]

Dalla Costa, Mariarosa y Selma James (1973), *The Power of Women and the Subversion of the Community*, Bristol, Falling Wall. (en Internet: <http://libcom.org/library/power-women-subversion-community-della-costa-selma-james>). [*El poder de la mujer y la subversión de la comunidad*, traducción de Isabel Vericat, México, Siglo XXI, 1975.]

Dath, Dietmar y Barbara Kirchner (2012), *Der Implex - Sozialer Fortschritt: Geschichte und Idee*, Fráncfort del Meno, Suhrkamp.

Demirovic, Alex (2000), “Erweiterter Staat und europäische Integration”, en: Bieling, Hans-Jürgen y Jochen Steinhilber (eds.), *Die Konfiguration Europas. Dimensionen einer kritischen Integrationstheorie*, Münster, Westfälisches Dampfboot, pp. 51-72.

Diamond, Jared (2006), *Kollaps. Warum Gesellschaften überleben oder untergehen*, Fráncfort del Meno, Fischer. [*Colapso. Por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*, traducción de Ricardo García Pérez, Barcelona/Madrid, Debolsillo, 2007.]

Eucken, Walter (1959), *Grundsätze der Wirtschaftspolitik*, Reinbek, Rowohlt. [*Fundamentos de política económica*, traducción de José Luis Gómez

Delmas, Madrid, Rialp, 1956.]

Foster, John Bellamy (2002), *Ecology against Capitalism*, New York, Monthly Review Press.

Foucault, Michel et al. (1993), *Technologien des Selbst*, Fráncfort del Meno. [*Tecnologías del yo y otros textos afines*, traducción de Mercedes Allendesalazar, Barcelona, Paidós, 1990.]

Fraser, Nancy (2000), “Die Gleichheit der Geschlechter und das Wohlfahrtssystem: Ein postindustrielles Gedankenexperiment”, en: Braun, Kathrin, Gesine Fuchs, Christiane Lemke y Katrin Töns, Katrin (eds.), *Feministische Perspektiven der Politikwissenschaft. Lehr- und Handbuch der Politikwissenschaft*, Munich/Viena, Oldenbourg, pp. 195-215.

Fraser, Nancy y Axel Honneth (2003), *Umverteilung oder Anerkennung? Eine politisch-philosophische Kontroverse*, Fráncfort del Meno, Suhrkamp. [*¿Redistribución o reconocimiento? Un debate político-filosófico*, traducción de Pablo Manzano, Madrid, Morata, 2006].

Friedman, Milton (1976), *Kapitalismus und Freiheit*, Munich. [*Capitalismo y libertad*, traducción de Alfredo Lueje, Madrid, Rialp, 1966.]

Geiger, Margot (2010), *Umkämpftes Territorium. Markt, Staat und soziale Bewegungen in Argentinien*, Münster, Westfälisches Dampfboot.

Gesell, Silvio (1920), *Die natürliche Wirtschaftsordnung durch Freiland und Freigeld*, Rehbrücke, Freiland-Freigeld. (en Internet: http://coforum.de/index.php4?Silvio_Gesell). [*El orden económico natural por libremoneda y libretierra*, traducción de la 7ª edición alemana, editado por E. F. Gesell, Buenos Aires, 1936 (en Internet: www.silvio-gesell.de/el-orden-economico-natural.html)]

Görg, Christoph (2003), *Regulation der Naturverhältnisse. Zu einer kritischen Theorie der ökologischen Krise*, Münster, Westfälisches Dampfboot.

Gramsci, Antonio (1967), *Philosophie der Praxis*. Eine Auswahl, Fráncfort del Meno, Fischer.

_____ (1948/1991 ss.), *Gefängnishefte*, Editados por Klaus Bochmann y Wolfgang Fritz Haug, 10 tomos, Hamburgo, Argument. [*Cuadernos de la cárcel*, edición crítica completa a cargo de Valentino Gerratana, 6 tomos, traducción de Ana María Palos, México, Era-Universidad Autónoma de Puebla, 2001.]

Harvey, David (2005), *Der neue Imperialismus*, Hamburgo, VSA. [*El nuevo imperialismo*, traducción de Juan Mari Madariaga, Madrid, Akal, 2004.]

Haug, Frigga (1996), *Frauen-Politiken*, Berlín/Hamburgo, Argument.

_____ (2009), “*Ein gutes Leben*”, en: *Freitag* del 15.10. (en Internet: z)

Heinrich, Michael (1999), *Die Wissenschaft vom Wert. Die Marxsche Kritik der politischen Ökonomie zwischen wissenschaftlicher Revolution und klassischer Tradition*, Münster, Westfälisches Dampfboot.

_____ (2004), *Kritik der politischen Ökonomie. Eine Einführung*, Stuttgart, Schmetterling. [*Crítica de la economía política. Una introducción a El Capital de Marx*, traducción de César Ruiz Sanjuán, Madrid, Escolar y Mayo, 2008.]

_____ (2008), “*Weltanschauung oder Strategie? Über Dialektik, Materialismus und Kritik in der Kritik der politischen Ökonomie*”, en: Alex Demirovic (ed.). *Kritik und Materialität*, Münster, Westfälisches Dampfboot, pp. 60-72.

Hilferding, Rudolf (1910/1968), *Das Finanzkapital*, Fráncfort del Meno, Europäische Verlagsanstalt. [*El capital financiero*, traducción de Vicente Romano García, Madrid, Tecnos, 1985.]

Hobsbawm, Eric (1995), *Das Zeitalter der Extreme. Weltgeschichte des 20. Jahrhunderts*, Viena/Munich, Carl Hanser. [*Historia del siglo XX, 1914-1991*, traducción de Juan Faci, Jordi Ainaud y Carme Castells, México, Paidós, 2014.]

Holloway, John (2002), *Die Welt verändern ohne die Macht zu übernehmen*, Münster, Westfälisches Dampfboot. [*Cambiar el mundo sin tomar el poder*, traducción de Marcela Zangaro, Barcelona, El Viejo Topo, 2003.]

Kalecki, Michael (1987), “Politische Aspekte der Vollbeschäftigung”, en: id., *Krise und Prosperität im Kapitalismus*, Marburgo, Metropolis. [*Aspectos políticos del pleno empleo*, en: Kalecki, Michael, *Sobre el capitalismo contemporáneo*, traducción de Ana Goldar y Juana Robles, Barcelona, Crítica, 1979, pp. 25-34.]

Kant, Immanuel (1795/1964), “Zum ewigen Frieden. Ein philosophischer Entwurf”, en: *Werke in 6 Bänden* [Obras en 6 volúmenes], Vol. VI, Wiesbaden, Insel, pp. 191-251. [*Sobre la paz perpetua*, introducción y traducción de Kimana Zulueta Fülcher, Madrid, Akal, 2012, p. 71.]

Keynes, J.M. (1936/2009), *Allgemeine Theorie der Beschäftigung, des Zinses und des Geldes*, traducción al alemán de Fritz Waeger [The General Theory of Employment, Interest and Money], Berlín, Duncker& Humboldt [*Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, traducción de Eduardo Hornedo, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2015.]

Lefèbre, Henri (1991), *The Production of Space*, Oxford, Blackwell. [*La producción del espacio*, traducción de Emilio Martínez Gutiérrez, Madrid, Capitán Swing, 2013.]

Lenin, W.I. (1917/1960), “Der Imperialismus als höchstes Stadium des Kapitalismus. Gemeinverständlicher Abriß”, en: *Lenin-Werke* [Obras de Lenin], Tomo 22, Berlín, Dietz, pp. 189-309. [*Imperialismo: la fase superior del capitalismo*, traducción de Fundación Federico Engels, Madrid, Taurus, 2012.]

Lipietz, Alain (1985), “Akkumulation. Krisen und Auswege aus der Krise. Einige methodische Überlegungen zum Begriff der ‘Regulation’”, en PROKLA 58, pp. 109-137. [“Acumulación, crisis y salidas a la crisis: algunas reflexiones metodológicas en torno a la noción de ‘regulación’”, traducción de Thérèse García, en *Estudios Sociológicos* IV, 11, pp. 241-280, El Colegio de

México, 1986.]

Luxemburg, Rosa (1913/1966): *Die Akkumulation des Kapitals*, Fráncfort del Meno, Neue Kritik [La acumulación del capital, Madrid, Ediciones Internacionales Sedov, 2011 (en Internet: <http://grupgerminal.org/?-q=system/files/LA+ACUMULACION+C3%93N+DEL+CAPITAL.pdf>).]

Maddison, Angus (2001), *The World Economy. A Millennial Perspective*, París, OECD Publishing.

Musil, Robert (1978), *Der Mann ohne Eigenschaften* (Obras reunidas, 1), Reinbek, Rowohlt. [El hombre sin atributos, 2 volúmenes, traducción de José María Saenz, Feliu Formosa y Pedro Madrigal, Barcelona, Seix Barral, 2004.]

Paschukanis, Eugen (1924/1966), *Allgemeine Rechtslehre und Marxismus* (original: Moscú, 1924; en alemán 1929), Fráncfort del Meno, Neue Kritik. [Pashukanis, E. B., *La teoría general del derecho y el marxismo*, traducción de Carlos Castro, prólogo de Adolfo Sánchez Vázquez, México, Grijalbo, 1976.]

Pogge, Thomas (2010), “Weltarmut, Menschenrechte und unsere Verantwortung”, en: Horster, Detlef (ed.), *Welthunger durch Weltwirtschaft*, Weilerswist, Velbrück.

Polanyi, Karl (1978), *The Great Transformation. Politische und ökonomische Ursprünge von Gesellschaften und Wirtschaftssystemen*, Fráncfort del Meno, Suhrkamp. [La gran transformación. Crítica del liberalismo económico, traducción de Julia Várela y Fernando Álvarez-Uría, Madrid, La Piqueta, 1989, p. 79]

Poulantzas, Nicos (2002), *Staatstheorie*, Hamburgo, VSA. [Estado, poder y socialismo, traducción de Fernando Claudín, Madrid, Siglo XXI, 1991.]

Rachman, Gideon (2012), *Nullsummenwelt. Das Ende des Optimismus und die neue globale Ordnung*, Londres/Berlín, Edition Weltkiosk.

Reheis, Fritz (2012), *Wo Marx Recht hat*, Darmstadt, Primus.

Schumpeter, Josef A. (1908), *Das Wesen und der Hauptinhalt der theoretischen Nationalökonomie*, Leipzig, Primus.

Silver, Beverly (2005), *Forces of Labor. Arbeiterbewegungen und Globalisierung seit 1870*, Hamburgo/Berlín, Assoziation A. [*Fuerzas de trabajo. Los movimientos obreros y la globalización dese 1870*, traducción de Juan Mari Mada-riaga, Madrid, Akal, 2005.]

Silver, Beverly J. y Lu Zhang (2010), „China als neuer Mittelpunkt der globalen Arbeiterunruhe“, en: *PROKLA 161*, pp. 605-618.

Smith, Adam (1776/1976), *An Inquiry into the Nature and Causes of The Wealth of Nations*, Chicago University Press (repr. 1976, Chicago; en alemán Jena 1923 (repr.: Gießen 1973). [*Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones, traducción y estudio preliminar de Gabriel Franco*, México, Fondo de Cultura Económica, 1958.]

Ten Brink, Tobias (2008), *Geopolitik. Geschichte und Gegenwart kapitalistischer Staatenkonkurrenz*, Münster, Westfälisches Dampfboot.

Thompson, Edward P. (1968), *The Making of the British Working Class*, Harmondsworth/Londres, Victor Gollancz Ltd. [*La formación de la clase obrera en Inglaterra*, traducción de Elena Grau, Barcelona, Crítica, 1989].

Vinz, Dagmar (2005), *Zeiten der Nachhaltigkeit. Perspektiven für eine ökologische und geschlechtergerechte Zeitpolitik*, Münster, Westfälisches Dampfboot.

Wallerstein, Immanuel (1979), *The Capitalist World Economy. Studies in Modern Capitalism*, Nueva York/Cambridge (Mass.), Cambridge University Press.

Werlhof, Claudia von, Maria Mies y Veronika Bennhold-Thomsen, (1983), *Frauen, die letzte Kolonie. Zur Hausfrauisierung der Arbeit*, Reinbek, Rowohlt.

“La teoría marxiana vive cuando se practica y moriría si se cubre de polvo dentro de los libros de pasta azul oscuro en los estantes. Así que [...] no se aconseja guardar las grandes teorías como la de Marx en el baúl de los viejos recuerdos del siglo XIX.”

Por eso, este pequeño volumen de la colección azul claro sigue un orden diferente que otras introducciones a la obra marxiana.

“[...] se plantean algunos problemas candentes de la actualidad, en particular lo relacionado con las causas, el desarrollo, las perspectivas y soluciones de la gran crisis, y se trata de debatir estos temas y encontrar respuestas a partir de la teoría marxiana.”